Colección
SOCIEDAD Y SALUD HOY
Directores
Dolors Colom
Miguel Miranda



www.miraeditores.com

ISBN:84-8465-097-9


GONZALO GARCÍA PRADO

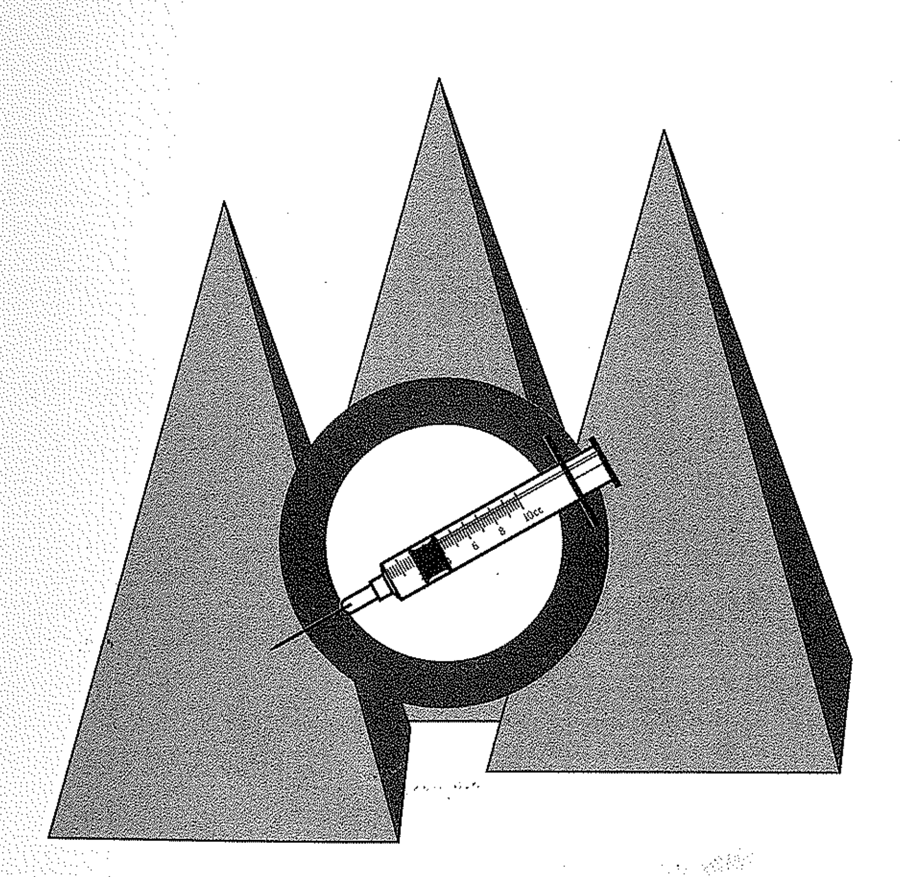
LOS AÑOS DE LA AGUJA



GONZALO GARCÍA PRADO

LOS AÑOS DE LA AGUJA

Del compromiso político a la heroína





Gonzalo García Prado (Zaragoza, 1971) es diplomado en Trabajo Social y postgraduado en Trabajo Social Psiquiátrico. Desde 1991 desarrolla labores de investigación y enseñanza en el campo de las drogodependencias. Publica varios artículos sobre psiquiatría y toxicomanías en la revista *Trabajo Social y Salud*. En la actualidad forma parte del equipo de intervención de la Comisión Ciudadana Anti-Sida de Aragón.

El final de los años 70 y el principio de los 80 fueron años de convulsión interna en nuestro país: fin de la dictadura de Franco, la llegada de la nueva democracia, la legalización de partidos censurados y prohibidos, la crisis económica, el mundial de fútbol del año 82, la marcha madrileña... pero entre los renglones de la historia escrita se desarrollaron las vidas de aquellos que pudieron formar parte de ella con letras mayúsculas pero que quedaron soterradas, parafraseando a Allen Ginsberg, por la "búsqueda del pico rabioso". *Los años de la aguja* es una historia real que ya había nacido y muerto antes de que fuera escrita, donde la heroína, el deambular de un lado para otro, los amigos muertos, la cárcel, una cura tras otra, la aparición del SIDA... son los elementos que configuran una historia de drogas de dos amigos a principios de los 80 y su lento discurrir hasta finales de los 90. Zaragoza es la ciudad de referencia y los personajes Jancho y Javi, un escenario concreto y unos protagonistas que podríamos situar en cualquier parte de la geografía española y volveríamos a escuchar el mismo relato.

Cada una de las páginas de esta historia nace de la boca o de las líneas de aquellos que vivieron la historia del desencanto que produjo la llegada de aquella tan esperada democracia, jóvenes que se tomaron demasiado en serio la realidad cuando aún sólo eran adolescentes y la vida en agradecimiento les mostró su cara más amarga.

GONZALO GARCÍA PRADO

Prólogo: Oriol Romaní

LOS AÑOS DE LA AGUJA

Del compromiso político a la heroína

Colección
SOCIEDAD Y SALUD HOY
Directores
Dolors Colom
Miguel Miranda



ÍNDICE

Todo ciervo sabe morir
pero que al hombre le cuesta
lo sabe el lento dibujo
de la aguja por mis venas

L. M. Panero

PRÓLOGO

Los relatos que cuenta este libro, que tengo el placer de prologar, abarcan de lleno las dos décadas en las cuales se desarrolló en España el llamado «problema social de la droga», es decir, todos los conflictos alrededor de «la droga», que tuvieron una gran relevancia social desde finales de los setenta hasta la segunda mitad de los noventa... ¡del siglo pasado! (ojo con las trampas del lenguaje: si bien con esta expresión convencional denoto una cierta distancia histórica realmente existente, tampoco hay que exagerar, pues todas estas historias tan sólo hace cuatro días que ocurrieron y, aunque el problema en cuestión se está transformando de manera significativa, muchos de sus elementos todavía andan por ahí...). Jancho y Javi, los protagonistas principales de esta historia, crecen como jóvenes (¿adultos?) con los golpes del final del franquismo, y las emociones de la transición son el cuadro en el que arrancará la que será la parte central de su drama, desarrollado ya en la década siguiente; quizás como una herencia (¿otra más?) de una transición en tantos aspectos mal resuelta.

En efecto, los miles de folios hagiográficos que sobre esta «transición modelo» se han escrito, la misma insistencia sobre su «ejemplaridad», creo que han contribuido a ponernos en guardia

contra esta interpretación tan simplista e interesada de la misma. Tanto, por un lado, el análisis cultural, la microhistoria, las historias personales y locales como las de Javi y Jancho, como, por otro lado, la perspectiva geopolítica mundial cada vez más utilizada para situar dentro de ella la transición española a la democracia, permiten —y exigen— un análisis más crítico de este período histórico. Análisis que quizás sirva para entender mejor, no sólo como es posible que una derecha tan roma y casposa como la que domina en España en estos momentos sea capaz de acrecentar sus negocios sobre lo que considera como su finca sin excesivas resistencias, sino, de forma más amplia, las características hispánicas de la crisis general de la política en el mundo actual; aspecto del que también se habla en el presente libro.

Si, como he dicho, Jancho y Javi son los protagonistas principales de este relato, lo fueron también, aunque ni mucho menos de manera absoluta (tal como a veces sugieren, por ejemplo, ciertas visiones de medios de comunicación social), del mencionado «problema de la droga», llevándose al final la peor parte de él: Javi, la muerte; Jancho, la enfermedad, como tantos y tantos otros como ellos. Precisamente este libro nos ayuda a comprender, y no con grandes palabras sino de forma vivencial, las condiciones socioculturales concretas y cotidianas en las que dichos protagonistas iban tomando sus decisiones. De entre ellas, creo interesante destacar: la brutal represión con que se cierra el franquismo y se abre el posfranquismo; la «voracidad» de una militancia política que exige una total dedicación tal que, cuando llega la crisis, muchos ex militantes parecen querer ganarle tiempo al tiempo, dedicándose con la misma intensidad a otros aspectos vitales de su existencia descuidados hasta el momento; el papel de los medios de comunicación social en la configuración del fenómeno «droga»; la reflexividad existente entre el discurso oficial de las grandes instituciones sobre «la droga» y el «actuar en consecuencia» respecto al de muchos «yonquis»; la emergencia de la heroína como paradigma de «la droga», por encima de todas las

demás, aunque no sea la más consumida; las condiciones políticas (prohibicionismo) en las que florece el llamado «mercado negro», mecanismo que asegura la permanencia y expansión de la figura del consumidor-vendedor; la criminalización, tanto de grupos políticos que no entran en el consenso hegemónico y llegan a ser marginales, como del propio «mundo de la droga», que propicia que sus actores acaben fusionándose con el mundo del hampa y la delincuencia común; la emergencia del modelo cultural del consumismo y el enriquecimiento —económico— a toda costa, con el que unos triunfarán, mientras que a otros les quedará al final un saldo negativo —y no sólo económicamente—; las dificultades de sobrellevar en el núcleo familiar todas las transformaciones que le afectarán profundamente...

Así, a través de esta doble y única historia podemos conocer, por un lado, las características básicas del «mundo de la droga» y de sus principales protagonistas, los «yonquis», del último cuarto de siglo en España. Pero, por otro lado, conocemos las vidas, sentimientos, actitudes, acciones, proyectos, frustraciones, etc., de unas personas muy concretas, la idiosincrasia de unas existencias personales e intransferibles.

He dicho al principio que tengo el placer de prologar este libro y esto no es cierto del todo. Es un placer porque el libro está bien construido; me parece un acierto que el autor contraste la entrevista en profundidad que realiza con Jancho con el diario de Javi, así como con otros escritos de carácter menos personal escritos por ambos. Creo que hace una buena utilización de la metodología antropológica y, aunque parezca que casi no esté presente, su autoría denota conocimiento y sensibilidad en la forma de ordenar y tratar los materiales que son la base del libro. Conocimiento y sensibilidad de persona comprometida en el trabajo cotidiano con personas que tienen dificultades, tal como he podido comprobar en nuestros contactos directos, principalmente en unas jornadas sobre Trabajo Social y drogas realizadas en la Escuela Universitaria de Estudios Sociales de Zaragoza. Un pla-

cer también porque con esta dinámica escuela, nuestro departamento de Antropología Social y Filosofía de la URV mantiene unas buenas relaciones personales e institucionales, de las que un fruto más es este mismo prólogo. Y también porque un público amplio e interesado en estos temas, a través de la colección en la que se publica el libro, podrá tener ocasión de reflexionar sobre aspectos cruciales no sólo de nuestra historia reciente, sino de la vida humana en general.

Lo que no resulta un placer es el drama vivido por Javi, Jancho, Pili, Ramón, los familiares respectivos y muchas más gentes que salen en esta historia. En este sentido, preferiría no haber escrito un prólogo de un libro que no hubiera sido necesario escribir. Pero ya que los hechos ocurrieron, y a pesar del drama que representaron, también es cierto que en esta historia se reflejan sentimientos, actividades, emociones, actitudes, etc., que considero muy positivas y valiosas. Viene a demostrar la variada y contradictoria gama de colores en que consiste la vida misma, y la necesidad de ser capaces de captar toda esta complejidad para analizarla y, en definitiva, contribuir a hacerla un poco mejor. Y el hecho de que, después de toda su historia, su principal relator mantenga el espíritu crítico (y no sólo cínico) con la sociedad en la que vive y con él mismo, creo que nos habla de incertidumbre, ciertamente, pero también de esperanza. Esta historia, al fin y al cabo una historia de amores, creo que puede ser evocada también con las palabras que el poeta desgrana en su canción:

Cierto que no prescindí
de ningún laberinto
que amenazara
con un callejón sin salida.
Ante otro «más de lo mismo»
creí en lo distinto
porque vivir
era búsqueda y no una guarida
[...]

Pero quiero que me digas, amor,
que no todo fue naufragar
por haber creído que amar
era el verbo más bello.
Dímelo, me va la vida en ello.

L. E. Aute

Oriol Romaní
Mediona, abril de 2001

PREFACIO

El relato que a continuación presento narra la vida de Jancho, un ex toxicómano que inicia su andadura en el campo de las drogas a principios de los años 80. Una época en la cual España está inmersa en una serie de transformaciones a nivel socio-político y económico que influenciaron directamente en la población y que dejaron un notable malestar y descontento en aquellos que creyeron en un concepto de la democracia distinto y diferente al que se les presentaba. Una época en la que el «problema droga» comienza a gestarse, así como a tener una repercusión social provocada por el aumento de delitos.

A través de esta vida se pueden observar los distintos cambios en torno al tema de la droga que se van dando a lo largo de más de quince años en nuestro país. Creemos que esta vida explicita muy bien el desarrollo de actitudes, de respuestas, de nuevas interpretaciones, etc., que se han dado, y se dan, alrededor de la cuestión de la droga.

Durante esta narración aparecen todos aquellos elementos que en algún momento han caracterizado a la figura del toxicómano más habitual; sin embargo, como podrá observarse, esta historia está llena de situaciones tan particulares que la hace dis-

tinta y diferente a cualquier otra, y no porque el *leit motiv* de su toxicomanía sea distinto (ponerse-buscarse la vida-ponerse-y volver a buscarse la vida) al de cualquier toxicómano, sino porque aquellos que trabajamos diariamente con esta población observamos cómo cada persona adicta refleja y recoge un mundo distinto, ya sea en sus experiencias, sus intenciones, sus razonamientos y, sin duda alguna, a todas aquellas circunstancias previas a la adicción.

Esta historia comenzó a ser recogida en noviembre de 1997 y finalizó a principios de 1999, con más de veinticuatro horas de grabación. En el inicio de este proyecto la única persona objeto de estudio era Jancho; sin embargo, al iniciarse las entrevistas, Jancho se refería constantemente a un amigo suyo que había muerto hacía menos de un año y al cual situaba constantemente en el día a día de su vida de adicción. En estas reuniones de trabajo me dijo que tenía recogido algo que había escrito su amigo durante su vida. Al leer estas páginas no dudé en introducirlas dentro de la historia como una vida paralela a la del protagonista. La calidad de la redacción de lo escrito y su expresividad creo que enriquecen enormemente la historia. Por lo tanto, como podrá observarse, existe una letra más clara que es la correspondiente a Jancho y otra más oscura que corresponde a Javi.

Los textos pertenecientes a Javi están reflejados íntegramente, a excepción de nombres y apellidos, los cuales son todos ficticios (incluyendo estructura, gramática, faltas de ortografía, etc.), tal y como los dejó escritos, e incluyen material autobiográfico y cartas propias. También aparecen otros textos como: «Notas para una historia de la Zaragoza yonqui», que es un texto común de Javi y de Jancho y que lo he distribuido a lo largo de varios capítulos, y otro texto, bajo el epígrafe de «Los gitanos», también común a ambos.

(Se inicia la grabación.)

INVIERNO DE 1974

«Toc, toc». Llaman a la puerta.

Aún no debían de ser las tres de la mañana y aquella llamada debió de despertar a mis padres, porque fueron los que abrieron la puerta.

—Buenas noches. Brigada político-social. ¿Vive aquí Ramón Baños?

Entraron rápidamente. Yo no me desperté hasta que sus voces empezaron a acercarse a través del pasillo, y recuerdo que mi hermano Ramón, que estaba durmiendo en la misma habitación que yo, abría en la oscuridad la ventana buscando algún sitio por donde pudiera escaparse. Yo en absoluto sabía lo que estaba ocurriendo, sin embargo, él lo sabía perfectamente y temía lo que iba a pasar. Entraron sin llamadas en la puerta, sin pedir ningún tipo de permiso. Eran cuatro y dos de ellos se quedaron en nuestra habitación pidiendo a mi hermano que se vistiese y les acompañara mientras ellos buscaban información, panfletos de propaganda «subversiva» o algún libro. Los otros dos se dedicaron a pasear por toda la casa en busca de algún zulo o algo similar, o por lo menos esa era la impresión que nos dio a toda familia. Yo desde mi cama lo observaba todo, sin decir nada. Como siempre. Mis padres debían de estar tras ellos, tan atónitos como todos los demás por todo lo que estaba sucediendo. Mientras mi hermano se vestía, uno de aquellos hombres recogió de la estantería que estaba situada enfrente de su cama una de las octavillas que él tenía allí puestas. Cuando mi hermano terminó de vestirse y ellos acabaron de registrar

salieron de la habitación y, camino de la calle, con mi hermano detenido, se volvieron diciéndoles a mis padres:

—No se preocupen, que no le va a pasar nada. Sólo queremos hacerle unas preguntas.

Todo ello era falso.

Por lo visto, aquella noche había tenido una reunión política en la calle de María Moreno de la gente izquierdosa de Zaragoza y por lo visto alguien se fue de la lengua, así que los de la brigada arrestaron a varios de los que habían participado. Al día siguiente salió en el *Heraldo de Aragón*: «Desmantelado el Partido del Trabajo y la Joven Guardia Roja», con las fotos de mi hermano y unos cuantos compañeros más, con unos comentarios sobre el peligro de estos grupos comunistas en la sociedad en que vivíamos, tratándolos de terroristas. Por toda esta historia le aplicaron la ley antiterrorista: diez días de estancia en comisaría, con paliza por la mañana y paliza por la tarde y bocadillo de sardinas para comer. Entre todas las cosas que les hicieron estaba lo de la bañera y lo del pozal lleno de mierda donde les metían las cabezas hasta que se medio asfixiaban. Joder, si hasta un chaval de aquel grupo se quedó cojo. Tardamos más de quince días en poder verle y cuando lo logramos fueron mis padres los que le visitaron. Por lo que nos contó mi madre, a Ramón se le podía ver la cara llena de cicatrices y moratones que lo habían «dejao desfigurao». Apenas tenía diecisiete años.



I 1959-1973

Recuerdo que cuando nos trasladamos aquí, a Zaragoza, yo tendría tres o cuatro años, corría el año 62 ó 63 y aquella casa de principios de siglo, que mi padre había alquilado en la calle Don Jaime, era muy grande, de ciento cincuenta o doscientos metros. Él había aprovechado una exclusiva de máquinas de café —de esas que ahora hay en todos los bares— para poder trasladarnos desde Lérida hasta aquí. Este pensó que, tal vez, al ser Zaragoza una ciudad más grande, con universidad y todo eso, nos daría mayores oportunidades.

El primer recuerdo que tengo de aquella casa es lo grande que era y que, cuando entré, a mano izquierda estaba colocada la televisión que en aquel mismo momento retransmitía el entierro de Kennedy. Luego, mi familia me ha dicho que no era así, pero supongo que sólo la historia tiene respuesta para ello.

* * *

¿Mi infancia?, fue normal, con un padre muy autoritario y con seis hermanos mayores que yo, en total, cuatro chicos y tres chicas. De todos ellos, con el que más tuve relación fue, sin duda, con Ramón. Era el que me precedía y con el que iba al mismo colegio, con amigos comunes y haciendo las mismas trastadas en casa. De aquellas recuerdo una vez que se rompió un cenicero, oyéndolo mi padre, y, cómo no, ¿a quién les echa-

ron la culpa?, pues a Ramón y a mí, que éramos los más pequeños. Así que llegó mi padre, se sentó en el sillón, nos cogió por turnos a cada uno, tumbándonos en sus rodillas, y nos pegó con unos «pulpos» de esos para fregar los coches; cuando terminó, nos fuimos a nuestra habitación y empezamos a morirnos de risa, sin embargo, no sabíamos que él nos había seguido y nos descubrió, cuando abrió la puerta de la habitación, tirados en el suelo partidos de risa. Jamás nos volvió a pegar.

Al primer colegio que fui era de monjitas, en la plaza de Santa Cruz, en donde estuve unos dos cursos hasta que me llevaron a Maristas, que por aquel entonces estaba situado en la plaza de San Pedro Nolasco. De aquellos «hermanos» recuerdo los inmensos campos en los que colocábamos las porterías, a un tal «Teresito pisahuevos» —un franquista que nos daba la FEN (Formación del Espíritu Nacional) y que nos hacía cantar *el caralsol*—, las hostias a la orden del día y la «chasca», una bola de madera maciza con mango y un palito que servía tanto para golpear en los dedos como para ser lanzada a través de la clase en dirección al que hablaba o al que le tocaba.

Muchos de aquellos «hermanos» de esa época se metían en la orden porque no tenían recursos y así podían sacarse una carrera. Una vez que la tenían, les mandaban a los demás a hacer morcillas y se iban con la carrera a donde ellos querían. Es lo que ocurre hoy en día con estas personas que la Iglesia va a buscarlas, engañándolas —a lo que ellos llaman el tercer mundo—, para traerlos aquí, porque por lo visto no existen vocaciones y deben dirigirse a ellos. Estos que han visto sufrir a su pueblo y quieren ayudarles se dan cuenta de que la única manera es adquirir un poco de cultura y luego el funcionar.

Estoy aburrido, en valencia, haciendo la mili.

No es la primera vez que me pongo a escribir sobre mi vida. En casa tengo hojas sueltas en las que hablo de diferentes épocas, de cosas que he hecho y de ideas o actitudes que tengo ante algunos problemas de la sociedad.

A veces, cuando pienso en el futuro, me da miedo o pena ver la posibilidad de que, entonces cuando hayan pasado decenas de años, no me acuerde de cosas que para mi son ahora importantes.

O, simplemente, me gusta recordar lo que han sido los veintiún años que he vivido, pensando que dentro de otros tantos también me gustará recordarlo.

Sin duda, la pérdida de memoria a causa de la droga ... ás determinante que me ha impulsado a escribir.

De mi infancia tengo un recuerdo general muy claro. Tod... cariños, mimos y un abrir de puertas a cualquier cosa que viera ... Una infancia sin traúmas de ningún tipo. Tengo una conciencia c... ber sido el niño mimado de mi madre. El amor que me ha dado y me sigue dando todavía, creo que no se podría superar de ninguna forma.

Mi padre, considerado como un profesional de prestigio dedicado a la enseñanza, siempre se ha propuesto dar a la familia todo tipo de comodidades y facilidades. Nunca he visto que faltara nada en mi casa.

En el colegio al que fuí hasta los diez años, y del que mi padre fue director, era un niño absolutamente normal, sin notas extremadamente altas ni bajas y sin sobresalir en ningún aspecto, que yo recuerde. Lo único que me podía diferenciar era la melena que ya entonces llevaba; era el que llevaba el pelo más largo y eso provocaba desde los insultos de profesores y compañeros hasta gente desconocida, en la calle, me dijera: «¿eres chico o chica?». De todas formas, eso nunca me traumó.

Hasta los 7 u 8 años, mi hermana Pili fue mi mejor amigo. Siempre jugabamos a los mismo los dos juntos: ni juegos de niños ni de niñas —como se suele clasificar—, sino juegos mixtos originados por nosotros dos. Recuerdo el juego de «Sanders», que consistía en que teníamos una granja llena de animales con los que convivíamos y nos divertíamos. O una imaginación permanente de que teníamos dos caballos (el de Pili era «Ardiente» y el mío «Blanco y negro») con los que solíamos salir cuando íbamos a la calle.

Mi atracción por las pistolas y juguetes bélicos era la normal de cualquier niño, es decir, grandísima.

De los 8 a los 10 años experimenté mi primer cambio: empezaba a sentirme «mayor», haciendo cosas distintas: pantalones largos, vaciles con las niñas, salir sólo de casa o con amigos. Mi hermana ya no era «mi mejor amigo», porque yo era un chico y tenía que ir con chicos.

Mis amistades con algunos compañeros del colegio y mis ganas de hacer «cosas de mayor» me introdujeron en el ambiente de los chavales rabaleros y futuros delincuentes. A la salida del colegio nos íbamos a hacer hogueras, robar chiclés en alguna farmacia, tirarles piedras a las chicas, meternos con algún viejo, o hacer guerras con tirachinas. Estuve metido en una banda infantil, «La banda Jau-Jabalíu», que a los pocos años fue famosa por sus «palos» y desarticulada por la policía, encontrándoles gran cantidad de dinero, aparatos de música,

y armas de aire comprimido. Cuando yo estuve, sólo llegué a participar en una acción importante: era un ajuste de cuentas, una cuestión de honor o algo parecido. Nos íbamos a enfrentar a una banda de la otra orilla del Huerva. Había cita acordada por ambas partes. No sé como fue, pero el caso es que de todos los del «Jau-Jabalíu» sólo estábamos disponibles tres esa tarde. Hicimos lanzas con ramas de árbol, envolviendo las puntas con trapos impregnados en gasolina (que tuvimos que robar de la gasolinera de al lado de mi casa).

Cuando llegamos a la cita y vimos al primer enemigo, nos pusimos a lanzar las flechas de fuego, con una táctica de lo más pobre. En cinco segundos estábamos completamente rodeados por un amplio grupo de críos armados con tirachinas, que se centraron en nuestro jefe, dejándonos escapar a los otros dos, que no dudamos un segundo en salir corriendo. Al día siguiente apareció «el wil» —nuestro jefe— con el cuerpo lleno de contusiones y —según decía— un enemigo se encontraba con quemaduras en un brazo —¿—. Desde entonces ya no tuve nada que ver con aquella banda.

Fue una época en que descubrí el encanto del fuego, las explosiones y la aventura callejera. Me acuerdo de haber pasado horas en casa haciendo prácticas con azufre y clorato potásico, tirando petardos por la ventana o quemando gasolina en la fregadera.

Allí estuve hasta los trece o catorce años, y como no era bien visto porque era un poco revoltoso (el típico chico malo), me ofrecieron el chantaje de aprobarme con la condición de que me fuera. Realmente aquello no me importó, porque estaba hasta las narices de los curas estos y me resultaba mucho más atrayente la opción de entrar en el primer instituto mixto de Zaragoza: el Pignatelli. En casa no me dijeron nada porque mi hermano Ramón ya había estado allí. Era, simplemente, otra opción.

Esta fue una de las suertes que tuve al ser el pequeño, no me podían decir nada por hacer o no hacer algo, al fin y al cabo, mis hermanos ya habían pasado por ello, y, aún así, cuando me decía mi padre: «No», yo siempre buscaba algo para darle la vuelta.

El instituto se encontraba en una situación ruinosa, me parece que anteriormente había sido un hospicio, las aulas se encontraban separadas por tabiques de madera y las estufas, que eran de carbón, tenían que ser cargadas por los propios alumnos. Entre los profesores había de todo e

incluso —hay que ver las vueltas que da la vida— me volvería a encontrar a alguno de ellos en alguna de las organizaciones políticas.

El ambiente del instituto era majo, existía más libertad, era mixto y si no querías ir a clase no ibas y no pasaba nada. Mi paso por él sería fugaz, había escogido letras, así que me obligaban a estudiar toda una serie de asignaturas, como el griego, que no servían para nada, así que alrededor del año lo dejé.

A los 10 años entré en el instituto Goya. Fué una edad importante para mi sexualidad, ya que descubrí por mí mismo el placer de la masturbación, sin saber lo que era, sin comprenderlo y sin que nadie me lo pudiera explicar, ya que ningún amigo mío llegaba al orgasmo.

Mas tarde me enteraría de que aquello había sido una «paja» y que era algo normal en los mayores de doce o trece años. Me sentí muy precoz.

El ambiente que había respirado siempre en casa era el de una familia progresista. Mi abuelo paterno fue fusilado por tener unas ideas moderadas republicanas y mi abuelo materno murió a causa de una bomba falangista colocada en la calle Ponzano. Así que resulta fácil comprender que mis padres nos facilitaron a los tres hermanos una actitud de rechazo a la Dictadura de Franco que entonces imperaba, de rabia ante la policía, la represión, los curas, las injusticias, la derecha... y de simpatía hacia las izquierdas, el comunismo, la cultura, el arte, la democracia, la libertad. Y todo esto tenía que cuajar en mí de alguna forma.

Mi madre siempre me impulsó hacia la pintura, ayudándome —desde los siete años— en hacer cuadros al óleo.

Pero fue al cumplir los 13 años cuando desarrollé un interés grande por la pintura, el cine y el arte en general. Esa edad supuso para mí el inicio de mi auténtica responsabilidad, el comienzo de la etapa de mi vida en la que me planteo por vez primera «voy a hacer cosas responsables. voy a ser consciente». Ya no era un crío y, precisamente por las cosas que me interesaban y hacía, empezaba a ser siempre «el más joven» en cualquier actividad. Sin duda Jorge, mi íntimo amigo y casi único en aquella época, influyó de alguna forma en el desarrollo de esa responsabilidad de esa personalidad adulta, consciente y responsable. Los dos nos hicimos socios del cine-club Saracosta, prestándole cantidad de tiempo y dedicación. Siendo los más jóvenes al lado de lo más avanzado del cine en Aragón —aquel era el cine-club de vanguardia— llegamos a formar parte de la comisión directiva, con nuestros 13-14 años, asumiendo las tareas de propaganda, cobro de cuotas, ayuda en oficina, etc...

Semanalmente, nos dábamos una ronda completa por todas las salas de exposiciones de pintura de Zaragoza, y tratábamos de perdernos el menor número posible de películas de cine-clubes, esforzándonos siempre en desarrollar una actitud crítica, no sólo ante la pintura o el cine, sino ante la vida en general.

También sentí atracción por escribir, en general con una prosa de lo más abstracta e indirecta, aunque llegué a redactar trabajos extensos y todas mis escrituras se podrían agrupar en un pequeño montón de cuartillas.

Paralelamente, los 13 años fueron para mí la asunción de otra responsabilidad. En el instituto y en compañía de Jorge, empezaba a adquirir un fuerte compromiso político, participando en acciones, pintadas, manifestaciones, asambleas y otras formas de lucha clandestinas.

Muchos popes me decían que era «el político más joven» de la ciudad, y creo que debía de ser verdad. Al menos, en las acciones nunca veía nadie más joven.

Mi labor política en el instituto (en Comités de Estudiantes) la compaginaba con el trabajo en el barrio de San José, que aunque me caía a más de media hora de casa, participaba allí en sus acciones y asambleas porque mi nuevo amigo-político, Manuel Torrado, vivía allí.

14 años cumplidos tenía cuando me detuvo la Policía por primera vez, precisamente participando en una acción de ese barrio. Al ver la placa del inspector, los maderos —entonces «grises»— al lado, y escuchar el famoso «acompañarnos a comisaría», sentí algo de miedo. Eran tiempos en los que la Pasma podía hacer lo que quisiera, en la calle y en comisaría.

Después de un interrogatorio, en el que no faltó el comentario acerca de mi padre («de tal palo tal astilla»), me dejaron en libertad. La verdad es que no sé qué iban a hacer con un crío en comisaría durante más de dos horas.

II 1974-1975

Este año conocí a Mamen en el parque Bruil. Era el lugar donde se juntaban los chicos que vivían alrededor, gente de Las Fuentes, de Sementales, etc. Allí hacíamos un poco el gamberrete, como subirnos a las terrazas de los edificios con globos llenos de agua y cuando pasaba algún amigo: ¡plaf!, se lo tirábamos. También estaban las batallas con piedras, de una orilla a otra del Huerva.

Mamen era una chica morena, normal, ni muy guapa ni fea; con ella podía hablar de forma natural, sincera y tranquilamente. Fue mi primer amor, un amor adolescente (teníamos catorce años) con el cual hice proyectos de futuro. Con ella conocí las primeras experiencias sexuales. Para ello, junto con otra pareja de amigos, decidimos alquilar un piso que estaba situado por la calle de Las Armas, Predicadores..., o alguna de estas, nos costaba unas tres mil pesetas al mes. De aquello recuerdo que ambos estábamos muy entusiasmados con el rollo de ser padres, comprándonos revistas sobre el tema y demás. Aquella relación no era en absoluto algo pasajero, era algo en lo que creíamos.

Durante este año no hice nada... Bueno, aún estuve trabajando un par de meses en una tienda de muebles, un trabajo que conseguí a través de mi familia, pero eso...., un par de meses. Como te decía, este año estuve disfrutando de la vida, estando con Mamen, saliendo por ahí, divirtiéndo-

me..., haciendo un poco lo que me apetecía. Por otro lado, no tenía muy claro lo que quería, pero seguro que estudiar no era.

Mientras, en casa nadie me decía nada; al fin y al cabo, no hacía nada nuevo que no hubieran hecho ya antes mis hermanos.

Durante esta época recuerdo un episodio gracioso que me ocurrió: tenía que pasar por el quirófano para operarme de fimosis y aquello no suponía ningún problema, pero cuando estuve allí, sobre la camilla, ya en el quirófano, recuerdo que no sentía nada en absoluto por la anestesia local, sin embargo, cuando parece que cortaron y empezó a brotar la sangre, su temperatura caliente me llamó la atención y me pinchó la curiosidad de ver lo que ocurría entre las cabezas de los médicos, yo intentaba mirar para ver qué es lo que hacían, mientras, ellos intentaban echarme para atrás para que me relajara; bueno, no tuve ningún problema y lo único que me recomendaron fue reposo y calma, así como que si en algún momento sufría alguna «alteración», me levantara y pusiera los pies descalzos sobre el suelo. La advertencia, aunque había sido anterior, no pudo evitar lo lógico en una visita que me hizo Mamen que supuso que sufriera una de esas «alteraciones» —tan normales en la adolescencia— y uno de los puntos saltara y... Sobre cómo llegué a Urgencias y cómo me lo volvieron a poner, ya no recuerdo nada.

En aquel mismo tiempo fue cuando conocí a Patricia, una nena idealista de mi misma edad —14 años—, «progre» —como se decía entonces—, muy sensible, que necesitaba cariño a toneladas. En poco tiempo empezamos a salir juntos enamorándonos fuertemente.

La evidente timidez de ambos hizo retrasar algunos días, con ilusión y ansiedad, nuestro primer beso (que era el primer o que dábamos en nuestra vida).

Pasamos momentos felices, algunos maravillosos, pero siempre existió un problema básico que acumuló choques y más choques cada vez. Patricia era la fantasía, el idealismo, el poder de los sentimientos y de los deseos, y yo era el realismo, el materialismo, el cerebro político, el militante que lo da todo a la causa. Al principio, éstas diferencias no iban más allá de discusiones teóricas o enfados por actitudes distintas ante un mismo hecho. Pero con el paso del tiempo, conforme iba adquiriendo un mayor compromiso político y una mayor dedicación al partido, el problema fué tomando otro cariz.

Pasaban semanas enteras sin que apenas nos pudiéramos ver. Mis contínuas e interminables reuniones, mis actividades en la calle, mis agotadores viajes a

Madrid (a temporadas, todos los fines de semana), hicieron plantearme en más de una ocasión hasta qué punto Patricia y Política se podían compaginar en mi vida. Estaba enamorado hasta el extremo de llorar cuando valorábamos nuestra situación comprendiendo que no había solución posible, a no ser que uno de los dos dejara de ser él mismo.

Durante los 5 años largos que estuvimos saliendo juntos, rompimos en varias ocasiones y siempre por el mismo problema de fondo, aunque la gota que desbordara el vaso fuera distinta cada vez.

Pero el amor y la necesidad mútua eran tan fuertes que al poco tiempo volvíamos a enrollarnos, con más o menos entusiasmo. A pesar de esto, Patricia no veía nunca con optimismo nuestro futuro. Al menos yo no recuerdo ni una sola vez en la que dijera con seguridad que tenía confianza en que las cosas se arreglaran y acabáramos juntos de forma estable y sin traumas.

Por el contrario, yo, mucho más ciegamente que ella, veía con claridad la luz de mi doctrina ideológica y política que me dotaba de un optimismo generalizado y de las esperanzas precisas para creer que todo problema tiene solución si se analiza científicamente y se ponen las medidas adecuadas.

Patricia llegó a incorporarse a la política, aunque nunca se la llegara a tomar de una forma tan seria y obsesiva como yo. Como buen marxista-leninista convencido, veía el futuro con una clarividencia absoluta. Una cuestión de principios, indudable, era que la existencia de las clases sociales y la lucha originada entre ellas desde su misma creación, desembocaría irresistiblemente en el Comunismo. Es decir, pensábamos que estábamos condenados a triunfar, que nuestros objetivos al final se harían realidad. Toda mi vida iba a ser una entrega a ésta causa, a la lucha por mejorar y crear las condiciones necesarias para avanzar en la Revolución.

Los militantes con un grado de compromiso como el mío sabíamos que éramos piezas claves en el partido. Si ahora desempeñaba una responsabilidad tan importante como son las Juventudes, en el futuro podría ocuparme de tareas culturales, de organización, de dirección o como «liberado» (especie de funcionario pagado por el partido), lo que podría compaginar, si era útil políticamente, con una profesión u otra dedicación. Abogado y periodista eran dos posibilidades que me atraían porque, al márgen de que me gustaran, serían de un gran interés para el partido.

Y tan claro como mi futuro veía el de mi relación con Patricia. Pensaba que, con el paso de los años, progresando en política Patricia podría comprender y

asimilar mi dedicación plena a la organización, con lo que nuestros problemas esenciales quedarían zanjados. Veía claramente un futuro en el que viviríamos los dos juntos de una forma feliz y equilibrada, con los únicos inconvenientes de la vida de un hombre público. Inconvenientes que quedarían ampliamente superados por la realización personal y el amor mútuo.

Pero las cosas no fueron así, ni mucho menos. La fui quemando día tras día, año tras año, acudiendo tarde a citas, no pudiendo atenderla en los momentos en que más me necesitaba, cortándole siempre con mis cerebrales argumentaciones cuadriculadas que pretendían fríamente razonar, analizar y resolverlo todo.

El 1° de Mayo del 79 tenía una cita con ella, a media tarde en la calle Bolonia. En ese momento me encontraba en un acto festivo de unidad sindical —era el día de los trabajadores— y llegué a la cita con bastante retraso. Discutimos con agresividad los dos, y, como fórmula para romper el hielo y olvidarlo todo, nos acostamos en su casa. La tensión era difícil de superar y, en poco rato, la situación empeoró hasta estallar. Los dos estuvimos de acuerdo en dejarnos de ver, ya que así no podíamos continuar. Al cabo de unas semanas nos volvimos a ver y lo normal hubiera sido, como en tantas otras ocasiones, que hubiéramos vuelto a enrollarnos. Eso deseaba yo, pero a Patricia ya no le quedaban fuerzas; después de todo, era ella quien más sufría las consecuencias de mi dedicación plena a la política.

Desde entonces nos venimos viendo una, dos o tres veces al año, en plan de muy buenos amigos.

En Patricia sobresalía su sensibilidad e inteligencia, pero, sobre todo, su enorme personalidad.

Es muy difícil ver una mujer que se le parezca y —tal vez por eso— me cueste tanto aceptar la relación íntima con ninguna mujer, porque todavía no he encontrado a ninguna que se le acerque a su altura. Creo que en todas las aventuras que he tenido en éstos últimos años siempre me he preguntado: «pero, ¿qué coño hago yo con esta tía?». Después de haber estado tantos años con Patricia, los defectos de las demás las veo agigantadas, y muy especialmente en la cama. Después de las últimas noches amorosas me he encontrado con pocas ganas de repetirlo y me trato de animar con la ilusión de que algún día encuentre a la mujer de mi vida.

1975

Aquel año sabático se terminó cuando me ofrecieron y acepté un trabajo de aprendiz en un taller de joyería (*hobby* que aún sigo practicando para algún amigo y de forma gratuita). Yo soy una persona que no valora el dinero y aunque sé que es imprescindible para vivir, somos nosotros mismos quienes creamos nuestras propias necesidades.

Sí, sin duda fue en aquel momento cuando entré en otra fase de mi vida. Seguía manteniendo mi relación con Mamen, trabajaba en la joyería de 9 a 13 y de 16 a 20 y volví al instituto, pero esta vez fue en el Santo Domingo de Silos y en horario nocturno junto con Mamen e incluso, por aquel entonces, me apeteció comprarme una moto (otra de mis aficiones, la de «ir rodando por la vida»), que, por supuesto, una vez que lo planteé en casa de mi padre, dijo: «No». Así que después de salir del trabajo, después de ir a las clases nocturnas del instituto, me puse a hacer cestas de Navidad en un taller que estaba en la calle de Alfonso, desde las 11 de la noche hasta las 2 de la mañana, y al día siguiente, vuelta al taller.

Fue por aquella época cuando estando ya en el taller me introduje en las Juventudes Comunistas de Unificación. La detención de mi hermano, en aquella noche de 1974, siempre me marcó; de hecho, le volverían a detener al año siguiente. Esa última vez recuerdo que mientras se lo llevaban mi madre les decía:

—Sobre todo, no le peguen como la otra vez —respondiéndole un cabrón de esos de la policía:

—No se preocupe, que esta vez no le vamos a tocar.

Claro, aquella vez no tenían motivo real, se lo llevaban, simplemente, porque había muerto «el Paquito».

También estaba todo ese ambiente de mediados de los setenta, con los movimientos estudiantiles en los institutos, en la universidad y de las organizaciones obreras. El ambiente estaba caldeado. Así que esta vez me introduje dentro de esta organización política. Mi propia independencia y autonomía me hizo meterme en esta y no en la misma que mi hermano, aunque casualmente, unos años más tarde, se llegarían a unir las Juventudes Comunistas y la Joven Guardia Roja. Supongo que también tuvo que ver en ello las ganas de conocer más gente, no encerrarme dentro de un cír-

culo tan clásico como es el trabajo, la mujer, el compartir casa... Estos no eran ni son mis alicientes. En esta iniciativa me siguió Mamen y me encontré con antiguos amigos del parque, pero, sobre todo, con gente nueva que amplió mi círculo de relaciones. Aquello supuso un cambio muy claro, comenzando a relacionarme con mucha mayor variedad de gentes, abriéndoseme las puertas mucho más.

III 1973-1980. La política

Mi vida en el periodo comprendido entre 1973 y 1980 es, prácticamente, la vida de mis actividades políticas, con el telón de fondo del amor frustrado. No me costó tiempo entrar en el mundo político y desde que entré la política lo fué todo para mí. No había pregunta sin respuesta, el materialismo lo explicaba todo. Me consideraba una persona consciente de la realidad social, de la injusticia, de los problemas de fondo de la sociedad... y por ello veía obligado un compromiso social, una responsabilidad personal de cara a hacer todo lo posible por cambiar el mundo, de aportar mi granito de arena en la lucha por la libertad.

Eran tiempos difíciles, de una represión brutal. La dictadura de Franco y su terrorismo de Estado hacían que la lucha —o la simple ideología— democrática, tuvieran que existir bajo la más estricta clandestinidad, y siempre con el grave riesgo de ser atrapado o encerrado por el sistema. En cada reunión, en cada acción, en cada actividad, siempre tenía que haber una coartada perfecta, extremando al máximo las medidas de seguridad. En varias ocasiones, en situaciones de excepción, tuve que dormir fuera de casa por temor a que vinieran a buscarme.

Cronológicamente, así se desarrollaron mis siete años de actividad política:

1973

Estudiando 4ª curso de bachiller en el Instituto Goya, entré en unos seminarios teóricos sobre educación y sexualidad, programados por la organización

«Larga Marcha hacia la Revolución Socialista» (LM-RS), de ideología marxista-leninista. Tenía 13 años y compaginaba los seminarios (en los que se hablaba sobre la Ley de Educación, los problemas de la Enseñanza y de la sociedad, la revolución sexual en la línea Wilhelm Reich, etc..) con acciones puntuales de propaganda subversiba. Mi primera acción consistió en una pegada de pegatinas con militantes de Comités de Estudiantes —CC.EE— y del Frente Revolucionario Antifascista Patriota —F.R.A.P—, grupo que, entre sus actividades, contaba con la lucha armada.

En seguida participé en comandos callejeros (manifestaciones reducidas convocadas en secreto) en los que gritaba contra la Dictadura y la represión, exigiendo siempre Amnistía, Democracia y Libertad», al márgen de los motivos iniciales con que se hubierán convocado. Los comandos se disolvían cuando aparecían las fuerzas antidisturbios de la policía, que actuaban con una represión feroz. En muchas ocasiones hubo enfrentamientos directos muy violentos y contínuamente debíamos levantar barricadas con coches, containers de basura o lo que fuera, para dificultar la acción policial.

Participé en las asambleas estudiantiles y en algunos conflictos de trabajadores, como observador en unos casos y como «agitador de masas» en otros.

1974

En el verano estuve trabajando en la Asociación de Vecinos de San José, junto con otros activistas que luego pasarían a desempeñar papeles de importancia en la ciudad, como Ramón Benito y Mónica García (dirigentes del MC), Juan Luis Torrado (entonces miembro Larga Marcha-RS y ahora prestigioso periodista de Heraldo de Aragón), Luis Murcia y otros dirigentes de las Juventudes Comunistas, etc...

En esa época fuí detenido junto a Manuel Torrado, hermano de Juan Luis, por la Brigada político-Social, por recoger firmas en la Avenida de San José por la mejora de los transportes públicos, acción organizada por la Asociación de Vecinos del barrio.

En Octubre, empiezo el 5ª curso en el Goya y, a los pocos meses —después de Navidad— entro a militar en Comités de Estudiantes (CC.EE), organización influída y apoyada por LM-RS y otros grupos de extrema izquierda, que fué implantándose rápidamente hasta adquirir un fuerte peso en los institutos.

1975

Cada vez me voy responsabilizando más de la organización CC.EE., hasta convertirme en el responsable de la coordinadora de centros (máximo organismo de Enseñanza Media).

Al poco tiempo me permitieron la entrada en L.M.-R.S. Alicia Barrios fué quien me introdujo en el grupo.

Este año se producen dos hechos de una gran trascendencia para el país: El 27 de septiembre son fusilados legalmente cinco anti-fascistas, militantes de ETA y del FRAP, lo que provocó grandes movilizaciones de repulsa, no solo en España si no también en gran parte del extranjero. Y el 20 de noviembre muere Francisco Franco, lo que suponía el primer paso para la liquidación de la Dictadura.

1976

en Junio, recién cumplidos los 16 años, soy detenido por agentes del Servicio de Información de la Guardia Civil, después de una larga y angustiosa persecución desde la margen izquierda del Ebro, pasando por el puente de piedra, hasta llegar casi a la entrada del puente de Santiago. El «delito» fué una tirada de hojas firmadas por LM-RS, acerca de las muertes producidas en Utebo por la explosión en la factoría de Butano. Me pusieron en libertad por las gestiones e influencias de mi padre, ya que vino personalmente a visitarme Ramón Sáinz de Varanda —entonces Decano del Colegio de Abogados—, y el Teniente Coronel Jefe del acuartelamiento le debía algún favor a mi padre, antiguo amigo suyo.

En Julio se crea el P.C.U. (Partido Comunista de Unificación) con sus juventudes (las JCU), fruto de la fusión de LM-RS y otros grupos similares. A los pocos días soy detenido nuevamente, de madrugada, junto a Ernesto Lahoz «el Poto-to», por hacer pintadas del PCU. Esta vez me detuvo la Policía nocturna Municipal, que nos trasladó a la Comisaría de la calle Ponzano.

Desde su misma creación, soy designado mienbro de los máximos organismos de dirección de las J.C.U. (Buró político o secretaría, Comité Central, Ejecutivo, Regional y Provincial), figurando como portavoz público de la organización. El ser «público» en aquella época de clandestinidad conllevaba una enorme responsabilidad, porque suponía ser el primero que caería en caso de represión, además de ser el que da la cara ante los medios de comunicación.

El día 15 de Octubre aparezco por primera vez en la prensa como responsable de las Juventudes, en Andalán, Heraldo de Aragón y Esfuerzo Común, con

motivo de la presentación pública de la «Comisión de Fuerzas Políticas Juveniles de Aragón».

Tras la muerte de Franco, en España se estaba produciendo la «Apertura Democrática», una inteligente maniobra política del Gobierno de Arias Navarro que pretendía «abrir» la Dictadura a determinados modos democráticos, para detener, entorpecer y frenar el creciente movimiento por la Democracia que estaba levantando la oposición, ilegal, de izquierdas. Por eso se permitía (a medias) la aparición pública de dirigentes izquierdistas en los medios de comunicación, cosa impensable unos meses atrás.

La apertura tomó cuerpo con la denominada «Reforma Democrática» de Adolfo Suárez, que se presentaba como la transición entre dictadura y democracia programada y protagonizada en su totalidad por hombres que fueron de Franco. Con la aprobación de la Reforma en el referéndum de diciembre, las cosas empezaban a cambiar algo en España. Comenzaba a respirarse un clima de Democracia tan esperanzador como inseguro; la Dictadura agonizaba, pero la Democracia naciente estaba en manos de la derecha que cambiaba de chaqueta.

Cuando yo me introduje dentro de la organización, esta ya estaba consolidada a nivel estatal. Teníamos en Zaragoza una sede en la calle de Prudencio que daba a una de las ventanas de la calle de Manifestación, justo donde tenían su sede los de Fuerza Nueva. Los fachas estos se encargaron muchas veces de rompernos los cristales y de esperarnos armados con bates —o lo que fuera— cuando volvíamos de alguna manifestación, encorriéndonos calle abajo hasta nuestra sede, en la cual ya no se atrevían a subir.

Las JCU eran el producto de la unión de la LM-RS y de otros grupos similares. Su máximo representante era una tal Pilar López-Gracia, que por aquel entonces era la hija del gobernador civil de Sevilla y que años después estaríamos en bandos opuestos, ya que fue una de las organizadoras del 500 aniversario de las Américas y yo me encontraba en los grupos contra los rollos del hermanamiento. Allí conocí a Javi. Él, a sus dieciséis años, era quien llevaba la dirección del buró político, comités centrales, etc. Quiero decir que estaba metido dentro de los altos niveles de dirección.

Javi era precoz en todos los aspectos. Estaba metido de lleno en la política, seguramente influenciado por su padre, el cual fue un alto cargo de una de las instituciones de Aragón, en el momento en el que estaba el

Bolea, aunque se desmarcó de la organización del PSOE cuando vio todos los manejos que había.

Fue a la escuela de artes aplicadas e incluso, años después, estaría trabajando en publicidad para varias empresas, pero visto la forma de trabajar que tenían estas decidió montar su propio estudio. Su activismo político le llevó a ser invitado, junto a otros, por el gobierno iraquí a «intercambiar ideas y realizar un protocolo de colaboración mutua».

El inicio de mi amistad con él surgió como otra cualquiera, a través del contacto directo, no solamente por las reuniones del partido, sino también porque quedábamos los fines de semana con más gente en la plaza de España y nos íbamos todos por ahí; unas veces, de marcha a alguna zona, otra, a las fiestas de los barrios, e incluso en algunas ocasiones fuimos nosotros los que las organizábamos, montábamos un tablao, llevábamos grupos o cantautores y ya todo circulaba. En una de estas fiestas, creo que fue en el barrio Oliver, en el campo de la Camisera, llegamos a contratar al grupo de Carlos Mejía Godoy, aunque en aquel momento no eran tan famosos como posteriormente lo serían. Junto a la actividad política comenzamos a ser los primeros en fomentar el deporte popular frente a la constante actividad deportiva de carácter competitivo.

1977

Mis ocupaciones políticas me obligaban a dejar los estudios en un segundo plano. Haciendo COU como oyente en el Colegio Santo Tomás (tenía pendiente la «Formación del Espíritu Nacional» de 6ª curso), entro en contacto con Eloy Fernández, Mariano Hormigón, José Antonio Labordeta y otros profesores de un peso específico en la intelectualidad aragonesa,

En Abril se produce la unificación del Partido del Trabajo de España con el P.C.U., y de sus respectivas juventudes (J.G.R.E-J.C.U), adquiriendo el nombre del primero.

El 1 de Mayo soy elegido Secretario General de Aragón de la nueva JGRE, cargo que ocuparía hasta mi abandono de la política, en 1980. También soy elegido mienbro de sus comités de dirección de Aragón del nuevo P.T.E.

Aprovechando el respaldo estudiantil con que contaba en el Colegio de Santo Tomás (era el delegado del centro y protagonista de importantes mejoras

en el curso 76-77), promoví un proceso asambleario en favor de la creación de un sindicato de Enseñanza Media, objetivo marcado por la Joven Guardia Roja a nivel central. Con la postura en contra del resto de organizaciones juveniles, conseguí la definición absoluta a favor del Sindicato, de todos los cursos del centro. A propuesta del Santo Tomás, se fueron definiendo, poco a poco, gran cantidad de centros, con lo que el 5 de Mayo quedaba constituído el Sindicato Democrático de Enseñanza Media de Zaragoza, —S.D.E.M.—, donde fuí elegido como máximo responsable. Fué mi primera victoria política de relativa envergadura.

El 15 de Junio, una vez legalizado el PSOE y el PCE, se celebran las primeras elecciones generales, con mi partido todavía en la ilegalidad. El pueblo da la mayoría a los que protagonizaron la «Reforma Democrática» desde el franquismo: la U.C.D.

Al poco tiempo se produce la legalización del PTE y de la JGRE, poco después de ser detenido por la Policía Armada —ahora Nacional— cuando vendía ejemplares de la revista «Venceremos» en la Plaza España.

Aprobada la F.E.N. de 6ª, me matriculo en octubre en el Instituto Pignatelli para hacer COU, aunque —en realidad— lo único que iba a hacer ahí era activismo político, movilizaciones y proselitismo. Dirijo una huelga general con el objetivo de hacer dimitir al director, Hernández. La campaña fué un éxito, logrando la dimisión y, por ello, dando una fuerza moral muy importante al movimiento estudiantil del instituto.

Las formas de lucha empleadas en la clandestinidad (acciones violentas, grupos reducidos, consignas radicales, etc...) no tenían sentido. En la Democracia se imponía un estilo diferente: actos amplios de masas, juego electoral permanente, programas con alternativas concretas elaboradas por expertos..., lo que suponía abordar profundas transformaciones en la organización, emprendiendo una democratización de abajo a arriba con las clásicas formas de dirección stalinista (rígida disciplina, funcionar a golpe de consigna, poco debate, etc.) que solo en la clandestinidad tenían justificación.

La política se estaba convirtiendo en algo cada vez más complejo. La lucha contra la Dictadura siempre «subversiva», se resumía en la simple exigencia de la democracia, algo que la gente aceptaba o, al menos, comprendía. Pero la lucha política una vez llegada la democracia empezó a abarcar un sinfín de artimañas, pactos, elaboraciones, debates, congresos, infiltraciones, crisis, hechos confusos,... que fueron la base del actual desencanto o absentismo político.

1978

Y en ésta situación, mi papel de dirigente luchador en plan «guerrero» se tuvo que transformar en el de ejecutivo, relaciones públicas, preparado en temas políticos, económicos y sociales, al menos con una mínima base. Debía asumir por igual la dirección de movimientos juveniles (sobre todo, el estudiantil), con la responsabilidad de toda mi organización y su representación pública.

En aquel tiempo adquirimos una fuerte conciencia regionalista, llegando incluso a considerar el Partido y la Joven como federaciones aragonesas estatales respectivas, suprimiendo en la denominación la «E» de España y añadiendo la «A» de Aragón —PTA y JGRA—.

Un día normal en éstos años podía ser así: A las 9, a clase para preparar asambleas, coordinadoras, huelgas, comités o manifestaciones. Concluído mi trabajo político y sindical en el instituto, acudía a la sede de la JGRA. Reunión del Comité Ejecutivo, preparación de algún acto, escribir algún artículo para la prensa... Llegaba a comer muy tarde y me marchaba al poco rato. Después, por ejemplo, reunión con los responsables de las fuerzas juveniles para planificar un acto unitario; asamblea para explicarla última táctica del Comité Central a los mienbros de alguna célula de base; reunión con el responsable de Finanzas para tratar de la economía de la organización; sobre las 8 de la tarde, acudir a un barrio para apoyar y cohesionar las actividades de los militantes de esa zona; después, pegada de carteles y, para terminar, reunión del Comité Ejecutivo del PTA, que —por cierto— no solía durar menos de 5 o 6 horas. Otros días podía tener rueda de prensa, mitin, conferencia, entrevista en alguna radio, reunión secreta con algún infiltrado de nuestra organización en otras juventudes, citación con el Presidente de la Diputación de Aragón, con el Alcalde, con el Delegado Provincial de la Juventud, con parlamentarios de derecha o de izquierda, con el Juez de Instrucción por alguna denuncia policial, o con responsables de la Asamblea Ecologista, de Acción Católica o de la Asociación de Amigos del Sahara.

Redacté infinidad de panfletos, informes, y hasta una revistilla que llamé «BOUM-Exprés».

Por aquel entonces (estamos en 1978) la Joven Guardia se había convertido ya en la primera fuerza política juvenil, tanto numéricamente como en actividad, capacidad y peso real entre la juventud. En Aragón llegamos a contabilizar 2.000 colaboradores con ficha y alrededor de los 100 o 150 activistas, mientras que el resto de la de juventudes no pasaban de ser grupos reducidos aislados de la juventud y vinculados estrechamente a sus respectivos partidos. Nuestro

secreto fué la independencia que manteníamos respecto al Partido, teniendo en cuenta que el jóven pasa de tutelas y busca la independencia de los mayores, la permanente labor de masas entre los núcleos juveniles en torno a los problemas y actividades que más les atraían. Mientras las juventudes del PCE, del PSOE, o de la UCD hablaban a los jóvenes con discursos de partidos, nosotros organizábamos recitales de rock, charangas o fumadas de porros para hacer proselitismo y difundir nuestras ideas. Este estilo que tantos frutos dió y que nos caracterizó durante años a la J.G.R., fué criticado al principio por el resto de organizaciones, aunque después algunas lo imitaron desafortunadamente y sin ningún éxito.

Entre las múltiples campañas realizadas destacó la lucha por la mayoría de edad a los 18 años cuando estaba fijada a los 21. En una de las acciones de ésta campaña, un encadenamiento unitario de las fuerzas juveniles de izquierda —en la Diputación—, fui detenido por la Policía Armada junto a Alvaro Llamas, que representaba a las juventudes trotskistas —JCR—, por no llevar el carnet de identidad encima. La broma me costó 10.000 pesetas.

Mientras, paralelamente a esta frenética actividad, mi relación con Mamen empezó a romperse. ¿Las razones?, no sé. Cuando entré en la organización empecé a conocer a gente y a chicas que veía más interesantes, más adultas y liberales; ello, junto a la rutina de hacer siempre lo mismo, me hizo desmotivarme y comprender que lo que había sentido por ella hacía un año ahora no lo sentía. Sí, también estaba otra chica que se llamaba Concha por la cual me sentía atraído, pero no de una forma brusca, sino con el tiempo y el trato. Llegó un día en que acompañé a Mamen a su casa y le conté lo que me sucedía. De aquella ruptura lo que más me importó es que le hice daño; después de aquello, Mamen se fue de la organización. La relación con Concha apenas duró unos dos o tres meses. Ella había estado saliendo con otro componente de la organización, Emilio, el cual siempre estuvo presente para ella; ello llevó a que nos separáramos.

* * *

Todo seguía, la política, nuevas chicas, el taller. Justo delante, en frente de donde yo trabajaba, había un edificio donde tenían alquilado un piso varias chicas —Rocío, Carol y Mari— del pueblo de San Mateo. Estas estaban estudiando aquí a la vez que también estaban dentro de las Juventudes. Entramos en relación con ellas varios chicos de la Joven, entre ellos,

Ignacio y yo, que fue durante un tiempo inseparable de Javi y de mí, así como otros tíos. Nos solíamos reunir en la casa de estas chicas y también pasábamos la noche con ellas. Cuando yo me levantaba por la mañana para ir a currar, entraba en la misma cama otro amigo con la ocupante que fuera para no tener problemas en casa, me iba corriendo en la moto hacía allí, deshacía la cama para disimular que había estado durmiendo y luego me dirigía directamente a trabajar. La sobrecarga de trabajo y de fiesta era exagerada, de tal manera que en el taller aprovechaba las salidas del jefe, a despachar en la tienda, para dormir, avisándome el compañero con el que trabajaba cuando el jefe volvía. Fue precisamente en esta casa donde probé por primera vez el hachís.

Durante ese tiempo conocí a Sisa, con la cual mantendría una relación de casi dos años, dejándolo justo cuando yo estaba en la mili.

1979

En febrero, recibo una llamada telefónica de Madrid: Lourdes Lemona, secretaria de relaciones internacionales de la J.G.R.E., me comunica que he sido designado para asistir a una invitación del Gobierno de Irak para intercambiar ideas y realizar un protocolo de colaboración mútua. Al principio casi no me lo podía creer.

Las juventudes del partido en el Gobierno Irakí, el Partido Baas Arabe Socialista, mantenían unas estrechas relaciones con la Joven Guardia roja de España. Asistieron a nuestro Congreso de noviembre del 78 y se quedaron asombrados de la fuerza y capacidad que demostramos, además de las coincidencias en los planteamientos políticos.

Y por fin llegó el 2 de febrero, día en que Pilar López-Gracia —Secretaría General—, Lourdes Lemona, Conrado Gómez —Secretario Político de Madrid— y yo nos montamos en el «Iraquí Airways» destino a Bagdad, con la despedida del embajador de Irak en España, que nos acompañó hasta la subida al avión. En nueve horas de vuelo, contando una hora de parada en Roma, llegamos al aeropuerto de Bagdad, donde nos esperaba toda la plantilla diplomática encabezada por un delegado del Gobierno y un dirigente de la Federación General de la Juventud de Irak, las juventudes del Partido Baas. En un salón reservado del aeropuerto nos sirvieron té y se efectuaron las presentaciones con el más extricto régimen protocolario. Durante toda nuestra estancia estuvimos siempre

acompañados por dos interpretes, uno muy cachondo que hablaba malamente el castellano y una mujer jóven con la que hablábamos en francés. En las reuniones más importantes actuaba como intérprete un viejo español que llevaba media vida como funcionario del partido Baas en aquel país, con lo que los debates se agilizaban de una forma mucho más clara.

Nos instalaron en el Diana Hotel, el más lujoso de la capital, situado en la Avenida Nuvas St.Karradah que recorre el río Tigris a lo largo de la ciudad, naturalmente con todos los gastos pagados. El panorama que se contemplaba desde el hotel con la vista al Tigris era realmente encantador. Bagdad es una ciudad maravillosa, sobretodo si se ve con los ojos de un español afincado en la Zaragoza del Pilar y los Monegros.

Tenían un programa apretadísimo, detallando todo lo que íbamos a hacer desde el primer día hasta el último. Por un lado esto era un inconveniente, puesto que no podíamos hacer nada por nuestra cuenta, pero también tenía la ventaja de que, no perdimos ni un solo minuto de nuestro tiempo.

Visitamos los museos más importantes, de arqueología, de arte, de historia... Conocimos las refinerías de petróleo hablando con los operarios —con la ayuda de los interpretes— que nos exponían su situación y cómo veían el país. El paro, por ejemplo, es algo que allí no solo no se conoce, sino que existe exceso de puestos de trabajo, reuniendo así a gran cantidad de inmigrantes. Fuimos a Babilonia, paseando entre las ruinas y las calles de hace más de 3.000 años. Algo impresionante.

También conocimos otras ciudades, pero sobre todo Basora fué la que más impacto me causó. Es apasionante encontrarse en la primera ciudad del mundo, en la afluencia del Tigris y el Eúfrates, donde nació la primera civilización de la Historia, Mesopotamia, y donde —según la leyenda bíblica— se encontraba el Paraíso Terrenal de Adán y Eva. Sentado justo en el vértice donde se unen los dos ríos, pude ver la imágen más preciosa que jamás haya visto: a la izquierda, el Tigris, con las aguas de color azul; a la derecha, el Eúfrates, reflejando un tono completamente verde; detrás, el tronco antiquísimo de un manzano vallado, donde un rótulo explica en árabe que se trata del árbol del Edén; y de frente, lo más bello, el río donde han confluído los otros dos, que —por razones que desconozco— mantienen sin mezclar los colores de ambos: la mitad izquierda se ve azul y la derecha verde. Si hubiera ido de «ácido», hubiera pensado que estaba alucinando.

Y, a las orillas, el paisaje tal y como se dibujaba en los libros de religión que estudiaba de pequeño, cuando trataban de representar el Paraíso Terrenal:

una vegetación muy frondosa de un verde intenso, con infinidad de palmeras, hiervas gigantes y plantas exóticas. Esa imagen nunca la podré olvidar.

En Basora (conocida también como Basra, Basora o Bashra) existe un mercado en la calle que se mantiene intacto tal y como se ha visto en cantidad de películas de las Mil y Una Noches, de Simbad el marino, Alí Babá, las alfombras voladoras, la lampara de Aladino... los mercaderes con sus túnicas y sus chilabas, las mercancías sin precio fijo, con el valor que se acuerde en el regateo, las mujeres envueltas en telas de los pies a la cabeza, las tinajas de las que parece que vayan a salir los 40 ladrones, las anguilas, las lámparas... todo igual que pudo haber sido hace miles de años. Naturalmente, esto no es más que una zona de la ciudad. La mayor parte del país se desenvuelve como corresponde a una nación árabe de finales del siglo XX.

A la vuelta a Zaragoza, y ya durante el viaje de regreso, se me despertaron unas ganas increíbles de viajar y conocer mundo. Irak me había fascinado.

Por aquel entonces la amistad con Jancho e Ignacio, que veníamos cultivando desde hacía varios años, era ya muy consistente. Formábamos un trío inseparable.

El de marzo de ese mismo año se celebraron las segundas elecciones generales democráticas, que volvió a ganar la U.C.D. y en las que fuí presentado como candidato juvenil del P.T.A. por Zaragoza. Poco después, el 1 de abril, se elegirían los Ayuntamientos democráticos en las primeras elecciones municipales desde la muerte de Franco, consiguiendo la izquierda —el PSOE, sobre todo— un gran éxito. El PTA logramos 2 concejales en éste municipio.

Motivados principalmente por el fracaso electoral en las Generales, el 1 de julio se unifican el PTE y la ORT (Organización Revolucionaria de los Trabajadores), formando un nuevo y gran partido que nunca llegaría a cohesionarse y que se denominó «Partido de los Trabajadores de España» (en Aragón, «Partido de los Trabajadores de Aragón»).

En la unificación regional soy elegido mienbro de los máximos organismos de dirección del nuevo PTA (el Comité Central y su Comité Ejecutivo) aunque sigo dedicándome de lleno a la dirección de la JGRA.

El nuevo partido surgió en medio de una crisis abierta en la que distintos proyectos, ideas y corrientes de opinión se batían en un combate interno cada vez con menos posibilidades de acuerdo y solución. La derrota electoral, que frustó considerablemente nuestras previsiones, la salida contínua de militantes y la existencia de distintas posiciones políticas enfrentadas, tanto en el seno de la

O.R.T. como en el del P.T.E., fueron el mejor caldo de cultivo para que la unificación de ambos naciese en una crisis progresiva condenada a producir la dispersión y la disolución del grupo.

En aquel tiempo, entre 1979 y 1980, fuí detenido 2 veces por la Policía Nacional: la primera en un encadenamiento-concentración de la J.G.R.A. contra las redadas policiales que se venían repitiendo en la «zona». Tras encadenarnos varios enfrente del pub «Búfalo 2», de semáforo a semáforo cortando al circulación del camino de las Torres, aparecieron cantidad de vehículos anti-disturbios que disolvieron la concentración que les abucheaba, cortaron las cadenas y nos condujeron a la comisaría a Javier Luis Pérez, a un independiente y a mí. Y la otra detención, se produjo cuando tratábamos de organizar una fumada de porros en la Plaza de España, convocada públicamente en petición de la legalización de las drogas blandas. Esta vez me detuvieron junto a Emilio, Miguelón, J.Carlos Lagares («Juan») y Manuel Carbajosa («El Ponzoñas»), con quienes tuve que comparecer en un juicio. Poco antes había tenido otro juicio, acusado de propaganda ilegal, a raíz de unas Jornadas Anti-represivas.

Y entre ambas detenciones, el 3 de noviembre del 79, se celebraba el Congreso de la JGRA, donde fuí reelegido como Secretario General, y donde se aprobó una política de radicalización y nacionalismo aragonés para la organización.

Pero, mientras en el Congreso de las Juventudes aprobábamos una política clara y definida, en el Partido lo único claro que había era la existencia de distintas corrientes dificilmente compatibles.

Creo que fue sobre mayo de 1979 cuando me tocó hacer la mili, la hice aquí, en Zaragoza, en la aviación, entrando en muy buenas condiciones gracias a un amigo militar de mi hermano mayor. Me habían destinado a cartería, por lo que tenía un pase permanente para entrar y salir del cuartel cuando quisiera; lo único que debía de hacer era repartir la orden del día por cada una de las casas de los oficiales. Incluso a los furrieles los conocía a todos, me daban los permisos para que los llevara a firmar por el oficial de turno, así que de vez en cuando colaba uno mío para que lo firmara entre el montón.

Así transcurrió la mitad de la mili hasta que tuve un problema. Como te he contado, siempre he ido en moto, la cual la aparcaba en mi misma calle y donde, casualmente, había aparcada allí otra idéntica a la mía. Esta llevaba allí puesta sin tocar meses o años, al parecer, el dueño pasaba totalmente de ella, así que un día le quite el parabrisas y una rueda, colocándosela a la mía. Al fin y al cabo estaba abandonada. Unos días después cuando volvía del cuartel para dejar ropa o algo así, ya me estaban esperando la policía por una denuncia que había puesto el dueño de la moto abandonada. Mi condición de militar hizo que todo fuera por esta vía encarcelándome en el cuartel durante quince días. Allí conocí a Rogelio, un tío que se pegó un montón de años en la cárcel por una historia de desaparición de armas, pero que por lo visto estaba siendo utilizado como cabeza de turco. Siempre el que tiene menos medios paga el pato. Cuando pasaron los quince días del arresto me destinaron, dentro del mismo cuartel, a la cocina, que debía de ser el sitio más marginal. Allí estaba de «agregao cubano», que era un puesto como de suplente, pero que, como todos los turnos estaban ocupados, hacía lo que me daba la gana, si quería trabajar lo hacía y, si no, no. A veces nos sentábamos a fumar un porro, otras, cogíamos una caja de cervezas y almorzábamos lo que se nos apetecía, sin contar ni dar explicaciones a nadie. Llegó el día del juicio militar por lo de la moto, pero no te vayas a creer que estuve delante del juez militar y todo lo demás, debió de haber algún rollo entre el defensor y el coronel —uno que casualmente mataría la ETA— condenándome a cuarenta días más de arresto, aunque casualmente salió una amnistía en aquel momento y no los cumplí, pero la responsabilidad civil continuó, así que además de ponerle la rueda y el parabrisas le tuve que poner toda la moto a punto.

En aquella época mi consumo de hachís y de alcohol era igual que el resto de mis colegas de allí, es decir, lo haces por puro aburrimiento de no hacer nada, por echarte unas risas y liberarte un poco. Justo cuando estuve en el calabozo vino Sisa a anunciarme que me dejaba, que se había enamorado de otro. Al igual que yo había hecho tiempo atrás con Mamen, esta me hizo lo mismo a mí. La verdad es que no fue algo súbito, sino algo que iba coleando desde meses atrás. Luego, con el tiempo, aquel tío terminaría casándose con la hermana de Sisa.

En julio de aquel año (1980) se acabó la mili después de quince meses, aunque había aparecido una orden que reducía el tiempo de mili a doce meses para todos aquellos que no hubieran tenido arrestos. Así que volví al taller, aunque sólo estaría unos meses.

* * *

La mili no había supuesto ninguna ruptura con la vida cotidiana, así que todo seguía igual, a diferencia de que en esta época se produjo el gran descontento político. Las elecciones no habían alcanzado las previsiones esperadas y sólo habíamos obtenido dos concejales, teniendo estos más intereses particulares que colectivos. Uno de estos era abogao, un tío muy agarrao al dinero y que sigue hoy con sus historias: un buen chalet en la zona rica de Zaragoza, pasta y etc. Sin embargo, en su mismo despacho estaba otro tío muy majo que estuvo en la cárcel por una cosa que hizo de joven: habían matado, sin querer, al cónsul francés, eran el colectivo «hoz y martillo»; por lo visto, después, hizo la carrera en la cárcel. Del otro concejal, ya no tengo ni idea. Junto a esta insatisfacción de perspectivas estaba el concepto de democracia, que para nosotros era una «pseudodemocracia», un fascismo disfrazado. Todo este descontento se manifestó en nuestro partido con diversas diferencias que intentamos superar a través de un congreso por la unidad en Madrid, allí fueron autobuses de toda España, acampando por ahí y amenizado con conciertos, actuaciones... No sirvió para nada.

1980

Una corriente era partidaria de continuar en la línea electoralista y moderada que habíamos mantenido en los últimos años, con posturas que hacían del Partido una versión de izquierda del P.C.E.

Otras corrientes proponían distintas alternativas para abordar un cambio profundo, tanto a nivel político —radicalización, giro la izquierda, desdogmatización,etc...—, como, organizativo —asambleismo, desjerarquización, etc..—. Entre éstas alternativas figuraba la tesis de transformación en un Partido Radical a la italiana, o Verde a la alemana.

La corriente más reducida, que en Zaragoza la formábamos un grupo de mienbros de las áreas juvenil y sindical, sobretodo, nos íbamos inclinando en posiciones cada vez más radicales, planteándonos incluso los principios más elementales del Partido: ¿por qué una estrategia perfecta?, ¿quién es el enemigo?, ¿por qué el comunismo?, ¿por qué un partido?, ¿luchar para qué?...

En las reuniones de ésta corriente propuse la tesis de mayor ruptura en el debate, abarcando planteamientos como: la disolución del Partido y de la Joven Guardia (oponiéndome a cualquier motivo que justificara la existencia de un partido revolucionario); el inicio de una «lucha autónoma» con metas en la destrucción del Estado y la independencia de Aragón; la formación espontánea de grupos autónomos clandestinos que practicasen y propagasen esa «lucha autónoma» e independentista a través del sabotaje, la lucha violenta y armada, el rechazo frontal al trabajo como forma de explotación humillante, alienante, degradante y corrupta, la defensa de la delincuencia (robo, atracos, contrabando, tráfico, secuestros...) como forma justa y digna de ganarse la vida en una sociedad como la nuestra...

Mi tesis estaba inspirada e influenciada por varios factores: la filosofía de los grupos autónomos italianos; las victorias de la lucha armada de E.T.A.; sobre algunas teorías sobre la «nacionalidad aragonesa» mantenidas por el propio P.T.A.; mi reciente introducción en el mundo de la droga; la situación internacional —y, por lo tanto,española— tendiente a la nuclearización, los estados-policía, la deshumanización irreversible, el control y manipulación de las mentes populares, la guerra mundial y el futuro apocalíptico.

Mi último informe político, que presenté en el último congreso del PTA y que supuso mi abandono del partido y la disolución de la JGRA, venía a resumir los argumentos de nuestra contra-alternativa, cayendo como un bombazo en el seno del Partido. Titulado «la lucha autónoma por la destrucción del Estado y la independencia de Aragón», fué firmado por la mayoría de los mienbros de la célula de la juventud del PTA (los dirigentes de la JGRA) y apoyada por muy pocos militantes de otros frentes. Durante su debate se produjeron discusiones violentas reflejando la gran distancia existente entre nuestras posturas y las del resto del Partido. Era como si hablásemos lenguajes diferentes, se nos criticó duramente insultándonos, y abandonamos el Congreso con un adios agresivo a lo que durante años y años había sido mi vida.

Entonces todavía esperaba continuar en política luchando con la nueva línea «autónoma», pero en realidad aquel «adios» fué el «adios» a la política, el «adios» a una etapa que inicié a los 13 años y que estaba concluyendo ahora a los 20, porque las ilusiones de esa lucha autónoma se quedaron en seguida en agua de borrajas.

Preparé varias acciones detalladamente organizadas: la quema de la Diputación General de Aragón, iniciando un incendio en los ventanales de la Plaza España; rotura de cristaleras y quema de bancos con cócteles molotov ante el 1ª de Mayo; incendiar vehículos yanquis, en torno a la renovación del tratado hispano-americano; y hasta organicé un ataque directo a un vehículo de la Unidad de Vigilancia Especial —U.V.E.— al poco tiempo de su creación, con cócteles, tirachinas y el suelo de la calzada impregnado de gasolina por el lugar donde circulaban a diario para hacer el relevo. Todo ello fracasó, y siempre por las excusas de algunos miembros claves que alegaban mil motivos, escondiendo el

miedo a realizar una acción de riesgo y responsabilidad. Entonces comprendí que era imposible realizar una lucha autónoma, sin partido, frontal contra el sistema establecido. El ejemplo de los grupos autónomos italianos («Indios metropolitanos», etc...) o de los Comandos Autónomos de Euzkadi, era algo irrealizable en Zaragoza por dos motivos: las condiciones sociales, que en ese momento me importaban poco, y —sobretodo— el miedo y la indecisión de algunos de los que podían estar en mi línea. Me quedé prácticamente solo. Recuerdo en una manifestación, de las últimas que acudí, en la que se preveían enfrentamientos con grupos violentos de Fuerza Nueva y con los antidisturbios de las brigadas especiales de la Policía Nacional, en la que llevaba escondida una porra de hierro con agarradera y una bolsa con un casco de motorista y una botella de disolvente envuelta en un trapo empapado en el mismo líquido. Cuando los ultras vinieron formados hacia nosotros, con cascos, porras y trajes paramilitares por el centro del paseo de la Independencia, mi grupo —que pasaría de los 500 o 600— se echó a correr sin hacer frente de ningún tipo.

Cuando devolví el casco y tiré la botella y la porra, sentí una gran frustración. Comprendí que los radicales de izquierda, «mi gente», no eran más que unos teorizoides huidizos de la acción práctica, al menos en general. Porque 500 hombres, muchos de ellos armados, podíamos haber dado una buena lección a esa cuadrilla de fanáticos facciosos, aunque nosotros hubiéramos recibido lo nuestro también.

Las únicas excepciones fueron la ayuda prestada a los trabajadores de SABECO, que nos solicitaron romper las lunas de los establecimientos de la empresa. Así lo hicimos y, al menos, fué una satisfacción.

En parte, yo creo que con esa «lucha autónoma» estaba buscando una válvula de escape, al igual que con los «porros» que empezaba a fumar frecuentemente, para compensar los sacrificios de la militancia comprometida, electoralista y oportunista del PTE desde los años del post-franquismo.

Quizás echaba de menos la lucha contra la Dictadura, con los comandos clandestinos, los cortes de circulación con cadenas de semáforo a semáforo (a los 14 años llevé mi primera cadena —con guantes de cirujano para no dejar huellas— para cortar la avenida de San José), las tiradas de octavillas con coartadas perfectas, las pintadas rápidas a spray, las lluvias de piedras sobre las «tocineras» —furgones— de los «grises», las pancartas con «Fraga, asesino de Vitoria», o «Franco criminal»...

En definitiva, ésto no era más que agua pasada, y el presente no podía ser más que una decepción sin remedio.

IV

1980-1...

Había terminado la mili y estábamos en el verano del ochenta. Aprovechando que mi hermana vivía en Menorca —llevaba allí un tiempo— decidimos ir para allí Javi, Quino y yo. Yo por entonces sólo conocía la heroína de oídas y, por supuesto, nunca había visto las consecuencias a las que llevaba. Cuando llegamos y vi a mi hermana, las conocí de golpe. Yo no sabía que Pili, mi hermana, consumía heroína y me resultó muy triste ver como cada mañana se levantaba hecha polvo y se iba zumbando a pasar el tiempo fuera, a casa de algún amigo, camello o tal..., eso varias veces al día. Aquello resultó muy duro. Cuando ella estaba bien nos íbamos todos juntos por ahí, a conocer la isla: estuvimos en Mahón, en el puerto y en alguna que otra cala en la que había cuevas que estaban habitadas por gente; pero, claro, cuando se le pasaba el efecto de la dosis tenía que volver a irse corriendo a buscar material.

Yo no soy de planteamientos muy fijos, pero viendo la perspectiva que había en aquel momento de la heroína..., bueno, me era una cosa totalmente inapetente; además, el caballo saca a flote lo peor de cada uno, lo primero es arreglar tu malestar y si por ello tienes que engañar a quien sea, le engañas, por ejemplo le dices a alguien: «Oye, déjame dos mil pelas que mañana, seguro, seguro, te las devuelvo», aunque sabes perfectamente que no lo vas a hacer. Eso es lo normal cuando estás metido en el caballo, si tienes que robar a quien sea, se lo robas, todo es egoísmo y mentiras. A mi hermana también le ocurría, para ella todo el mundo era muy chungo. Ella

se sobrevaloraba y todos los demás se enrollaban fatal, y eso pasaba con sus amigos, familia y todos nosotros. Ella se creía que era la mejor y que todos los demás le querían hacer la puñeta o aprovecharse. Si a todo esto le sumas el enganchón que llevaba —teniendo en cuenta lo pura que era en aquel momento la heroína— eso se acentúa.

Por esta época ya había comenzado a frecuentar diversos lugares, como el Búfalo y algún otro sitio, donde el consumo de hachís era habitual, así como alguna que otra cosa: tripis, anfetas... Por allí había gente que procedía del partido y que también encontraba adulterada la democracia y sufría el mismo descontento que yo. Después de trabajar, salía por las tardes por allí para fumar, y fue con Javi con quien empecé a trapichear con hachís en las puertas del Búfalo.

Los fines de semana eran de juerga continua, comenzábamos los sábados por la tarde hasta el domingo por la noche. Para aguantar tomábamos anfetaminas y tripis, acabando las noches bañándonos en pelotas en las piscinas del parque grande, hasta que nos cortó el rollo la UVE cuando tuvimos que salir corriendo desnudos de allí. Después de tantos años dentro de la política ahora pretendíamos descansar y disfrutar de la vida y de las drogas. Queríamos vivir más intensamente, más horas, con menos represión propia. Hacer cosas prohibidas y que por lo tanto tenían más aliciente.

Del chocolate al caballo

Un año antes, en el verano del 79, durante las fiestas de Calatayud, probaba por primera vez un canuto de hachís. No supuso nada para mí; en aquellos momentos iba completamente borracho y ni siquiera debí notar los efectos del «costo». Pero, al menos, sí me supuso romper la barrera moral llena de argumentaciones políticas, que hasta ese momento me había impedido acceder a fumar. Aunque ya no tenía la férrea actitud anti-droga de la ideología stalinista de los años anteriores, puesto que la organización había asumido una nueva orientación en la «comprensión» de los problemas juveniles, todavía seguía considerando a las drogas como «un mal mayor de la juventud, al servicio del capitalismo», lo cual —por muy cierto que sea, si se quiere— me llevaba a una interpretación de lo más cerrada y dogmática sobre el tema.

El otoño fué una época en la que mi desengaño por lo político empezaba a darme llamadas; estaba «quemado» y, por primera vez, empezaba a pasar de

disciplinas, horarios y compromisos de partido, aunque de una forma muy inconsciente y contradictoria.

Hacía unos meses que había roto con Patricia y empecé a circular por la zona de «El Rollo», el «Tío Lucas», «Búfalo 2», «Pacha», etc.. compaginaba la dirección política de la J.G.R.A. con la borracheras y colocones de «la zona», que empezaba a ser mi única válvula de escape.

Fué entonces cuando tuve un pequeño enrolle con Olimpia, una chica de 16 años con la que pasé unos días encantadores.

Se abrían ante mí nuevas costumbres, nuevas amistades, un nuevo argot, nuevas actitudes ante la vida. Conocí a los «camellos» que vendían costo, algunos de ellos antiguos militantes de la JGR, y —a principios de 1980— nos hicimos a medias Jancho y yo nuestra primera movida: nos pasaron unas barritas fiadas, por 5000 pesetas, vendimos algunas y no sacamos en limpio mas que un poco para fumar. A partir de ese momento, empezamos a pillar placas de 25 gramos (a 5000 pts.) cada vez más a menudo; aprendimos a prensar, cortábamos los talegos.. y a vender en la puerta del «Búfalo 2».

Cada vez iba perdiendo más el compromiso con la organización, y el trío inseparable que formaba con Jancho e Ignacio empezaba a romperse, muy lenta y amigablemente, ante la nueva carrera que, con excesivo entusiasmo y rapidez, estábamos iniciando a la par Jancho y yo. Ignacio no lo veía tan claro como nosotros y, ante la duda y la falta de esa excesiva atracción, se mantuvo al márgen del mundo de la droga, aunque a veces nos acompañaba probando un poco de todo.

Hacia marzo-abril probé las anfetaminas. Fué una etapa de liberación y diversión desenfrenada: todas las semanas, a una hora determinada en la puerta del «2», nos juntábamos un grupo que oscilaba entre los 6 y los 20, dispuestos todos a disfrutar colectivamente de la noche y los fármacos.

César, Antonio «el hippy», «Yes», Quino, J.Luís Garrido, Jancho, Simón, Mariano, Ramón, Fran, Bambi, y unos cuantos más,nos repartíamos las pastillas conseguidas normalmente en las farmacias periféricas, donde no exigían receta médica. Bustaid, Centramina, Dexedrina, Maxibamato... o lo que fuera, siempre con priva y chocolate de contínuo. A los 3/4 de hora empezaba la marcha imparable en nuestro cuerpo. Verbenas, conciertos de rock.. siempre había algo de lo que disfrutar.

Y después, hacia las 3 o las 4 de la madrugada, charlas eufóricas típicamente anfetamínicas, en el Parque, en un árbol, en el cesped, en un piso, en el Campus o en lo alto de la puerta de entrada a la Ciudad Universitaria. Nunca faltaban las emociones y las aventurillas.

También empecé a tomar barbitúricos y otros fármacos, aunque la anfeta y el costo seguían siendo «lo mío».

En esos momentos —Junio'80— se celebró el último congreso del PTA, donde el grupo de jóvenes, a propuesta mía, abandonó el partido anunciando la disolución de la JGRA en pro de la lucha «autónoma» anti-sistema de la que he hablado antes y que nunca llegaría a cuajar. Desde ese momento y tras los frustrados intentos de organizar grupos y acciones «autónomas», la política empezaba a ser para mí un conjunto de recuerdos cada vez más lejanos y nada más.

Ese mismo verano, nos fuimos Jancho, Quino y yo a Mahón (Menorca) con la intención de pasar una temporada en casa de una hermana de Jancho —Pili—, conocer algo la isla y disfrutar de unas vacaciones tranquilas y agradables.

Cuando fuimos, la única idea que teníamos de la heroína y del drogadicto es la que puede tener cualquier persona que no conoce el tema mas que por lo que ha visto en las películas policiacas americanas. También desconocíamos los tres que Pili era «yonqui». Por eso fue un «flash» grandísimo ver que, nada más abrirnos la puerta y antes de preguntarnos por el viaje, nos pidió que le perdonásemos pero se tenía que pinchar. Se chutó delante nuestro y —con el tiempo— nos fué explicando qué es un «yonqui», que es el «caballo», qué ocurre con la droga dura por excelencia. Todo nos resultó muy extraño. Fué el gran descubrimiento de lo terrible de la droga, aun sin probarlo.

Yo me quedé allí, con ella, durante un mes y cuando volví a Zaragoza tenía una serie de ideas muy claras: «el caballo es una mierda que va matando lentamente las raíces y cualidades de la personalidad, aniquilando poco a poco al drogadicto; te quita todas las ilusiones, te hace egoísta, con mal genio, te hace perder la apetencia sexual, la capacidad para tocar un instrumento musical, las ganas de vivir... Jamás lo probaré.»

Pili siempre me habló muy mal del caballo, me alertaba para que nunca lo probara, incluso diciéndome que si lo probaba algún día, ella ya no me hablaría más. Ví lo que era una persona hecha polvo por la heroína, una persona que —además— se hizo muy amiga mía, aunque por poco tiempo.

Recuerdo que se metía un pico al levantarse, otro a media mañana, otro al medio día, varios por la tarde y alguno para dormir, y eso que viera yo. Llevaba un enganchón muy fuerte, de varios años sin parar, y la veía sin futuro,sin una ilusión, desorientada sobre lo que querría hacer, constantemente irritable, con contínuas broncas con colegas suyos, entre los que se daban «palos» y se hacían las putadas mas asquerosas. De cada colega suyo nos contaba una lista de cabronadas y palos que le habían dado; no nos habló bien, que yo recuerde, de ningún amigo suyo. Tal vez no tenía ninguno de verdad.

Jancho opinaba lo mismo que yo y, acabado el verano, continuamos con nuestra vida normal de aquel tiempo: movidas de costo, trapicheos a pequeña escala, marcha anfetosa, porros y más porros durante todo el día (bueno, Jancho en realidad no se dedicaba todavía de lleno como yo porque trabajaba en una joyería),.. y unas ganas locas de descubrir cosas nuevas, disfrutar de nuevas experiencias y sacarle todo el jugo posible a la vida. Lo único que no queríamos probar era el caballo.

Por aquel entonces estuve enrrollado con la Mari «la francesa», una viuda de 25 años madre de 2 hijos, que me quería atar a toda costa, incluso intentado tener un hijo conmigo, para hacerme responsable de su situación. La cosa duró poco y la verdad es que me quedaron pocas ganas de volver a verla.

Un día tuve una experiencia de lo más insulsa con la coca. Conocí a unos hippys madrileños con los que tuve un negocio casual: fueron a robar «maría» a unos campos de Lérida (propiedad del Estado, según creo) y me lo entregaron en su totalidad —más de 10 kilos— para que lo moviera con Jancho y les pasáramos «algo» de lo que fueramos ganando. Era de una calidad pésima y tuvimos que regalar casi toda en bolsas gigantes, vendiendo el resto a precios ridículos. Total, a nosotros no nos costaba ni un duro. Y fueron ellos los que tuvieron la idea de pillar coca, que tenía un antiguo compañero del PTA, al que compramos una pequeña papela para repartir entre varios. Fué el primer pico de mi vida y me decepcionó totalmente. Tanto oir hablar de «drogas duras», «picos», «vuelos» y esas cosas... para luego no sentir absolutamente nada.

Mi relación con Javi se estrecha en este ambiente de fiesta, soliendo tener una actitud conjunta. Cuando a uno se le ocurría algo lo hacíamos los dos, como ir al cine, comprar tripis... Lo del LSD nos unió mucho. Las sensaciones se amplían, las amistades y demás cosas se ven multiplicadas, aunque en los tripis hay que tener en cuenta el estado de ánimo en que estás; si te encuentras mal, seguramente, vas a tener un mal rollo.

La primera vez que tomé tripis, iba con Javi en la moto y a la vez que iba conduciendo yo iba vomitando; pero todo era muy agradable, iba todo muy bien. Me acuerdo que nos dirigíamos a casa de Javi y nada más que llegamos a donde estaba la señora portera, comenzamos a partirnos de risa, subimos a su casa y seguimos riéndonos delante de su familia, incluso encerrándonos en el cuarto de Javi seguíamos riéndonos; así que tuvimos que salir, yéndonos a reír a otro lado. No sé qué pensaría la familia de Javi, seguramente creerían que no estábamos muy bien.

Dentro de los alucinógenos, más tarde, probé la mescalina; fue la experiencia..., el sentimiento de felicidad que jamás he conseguido. Era el estar bien, toda la gente que te rodea es perfecta, hay una alegría que se transmite. Es la única droga con la que he conseguido la felicidad. Satisfacción absoluta y total.

Por aquella época había ya de todo, pero lo que generalmente se veía era hachís; las anfetaminas, los tripis y los barbitúricos rondaban en una menor cantidad, aunque siempre había alguno que tenía algo que lo conseguía, vete a saber dónde, o del médico de la familia que lo recetaba sin saber muy bien para qué servía.

Está allí, en el entorno y siempre te pica la curiosidad.

Totalmente contraria fué mi primera experiencia con el ácido, una experiencia que jamás podré olvidar.

Jancho y yo estábamos en casa de Bambi, fumando y hablando, cuando sonó el teléfono y un colega suyo le ofreció «tripis buenos». Con las ganas de experimentar cosas nuevas que teníamos los dos, no dudamos en comprar tres, pensando que sería algo flipante, por lo que habíamos oído del L.S.D. Nos comimos uno cada uno y no subía nada al cabo del rato. Nos extrañó mucho que el Bambi nos dijera que tendría que acompañarnos porque «el que toma ácido debe de ir acompañado de otro que no lo ha tomado». Quedamos con él y nos fuimos Jancho y yo en la Lambreta. Al cabo de media hora, yendo en la moto, nos entró una risa casi histérica; creo que nunca me había reído así, sin motivo alguno. Empezó todo a ser muy divertido y —a continuación— muy extraño. La verdad es que no teníamos ni idea de lo que era un ácido. Como nos estaba gustando, nos comimos a medias el tercero que compramos y ya, con uno y medio cada uno (eran micropuntos rojos) la cosa empezó a variar. Perdimos la noción del tiempo, nos parecía increíble la hora que decían los relojes de la calle.

Era una risa contínua, sin parar, y con miedo a encontrarnos a algún conocido porque no sabíamos cómo íbamos a responder ante él. Vimos a alguno y se debió de mosquear el ver que nos reíamos sin sentido delante suyo. La cita con el Bambi la olvidamos.

Descubrimos infinidad de cosas: a mí me daba la impresión de haberme metido en un cuento, entre personajes, ambientes y viñetas fantásticas. Comprendí a la perfección infinidad de misterios: qué es el Yin-yang, cual es el mundo real y cual el irreal, comprenderlo todo a la perfección y no entender nada

de nada. Todo era precioso, pasaba por calles viejas y conocidas, y me resultaban nuevas y maravillosas. Vimos a mi portera y no pudimos evitar el retorcernos de risa en el suelo al verla con la fregona, ante el asombro de la pobre señora. Luego vino alguna paranoia: gente que pasaba por la calle con aspecto terrorífico, de asesinos, maniacos psicópatas y criminales esquizofrénicos.

La inseguridad que tenía era completa: veía posible desde tirarme delante de un autobús hasta llegar a casa y empezar a decir y hacer cosas extrañas, incontroladas y hasta peligrosas.

Fuimos a un recital y, al ver unos antiguos amigos, nos entró nuevamente esa risa incontrolada. Naturalmente, se quedaron estupefactos. El recital, que debió de ser mediocre, fué el que más me ha entusiasmado en mi vida, creyendo comprender y compenetrarme con cada uno de los músicos. Fué algo fantástico. Una simple cuerda de guitarra podría tener tanta humanidad como el propio guitarrista.

Ver con simpatía lo que está fuera de la ley y del orden establecido. Los yonquis me producían un respeto —y hasta temor— porque sabía que jugaban con algo muy serio y peligroso. Quizás por el complejo marginal, me llegué a sentir como un indio de las praderas en medio de la ciudad. En concreto me identifiqué con los Cheyennes y me puse a leer y comprender sus costumbres y las del resto de tribus, sus modos de vida... y sy etnocidio.

El Yin-Yang y las plumas (símbolos del ácido y de los indios) fueron mi auténtica señal. Lo dibujaba por las calles en pleno vuelo de tripi, con colegas que llevaban mi misma onda, hasta formar los «Cheyennes del Acido», o «Cheyennes del LSD». Este grupo, en realidad, no era más que yo y —en ocasiones— algún colega íntimo, pero daba la impresión de ser una organización, a juzgar por las abundantes pintadas, dibujos y hasta panfletos a fotocopia que tiramos por las calles de la zona, y de los cuales hay un ejemplar en el mencionado Anexo 2ª.

Nuestro lema era: «Hazte indio, cómete un tripi y córtale la cabellera a un borde de la U.V.E.» (la UVE es la Unidad de Vigilancia Especial de la Policía Municipal).

Esta temporada intensa de lisérgico me alteró bastante mi sistema nervioso y mi situación emocional. Las últimas «bajadas» —cuando el tripi esta dejando o ha dejado de actuar— fueron muy depresivas. Empecé a tener miedo porque llegué a una situación que califiqué ridículamente de «pre-locura». Perdía memoria en temas recientes, me descentraba en cualquier actividad, me ponía papel en los cristales de las gafas, con un agujerito muy pequeño, para no ver la realidad pero evitar el tropezarme o el caerme. Cosas simples y sin interés me

parecían grandes hallazgos... Y todo ello sin estar bajo los efectos de ninguna droga.

Sobre el LSD
(Parte primera)

Reproducción de lo que escribí en una hoja de revista, durante mi primera experiencia con Acido, en un momento en que me estaba empezando a «bajar», pero todavía sentía fuertes síntomas lisérgicos.

«No sé qué poner. No me entero de nada. Me río.

Vamos a ver: dónde ha empezado todo ¿eh? Estaba oyendo "Weather Report" ahora mismo, y nada. Jancho se ha dormido.

Me estoy comiendo el coco, pero descarado, así, por toda la jeta. No entiendo nada, pero me doy cuenta de que todo es fruto de los tripis, porque estoy totalmente sereno.

ESTO ES UNA PARANOIA.

Me llamo Javi — DNI: 25. 158. 439 — Gran Vía, 55, 3° Derecha. Tno: 256137. Zaragoza.

Paranoya

Paranoia

No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Tengo sueño. Me acuerdo de que hemos dado un espectáculo en mi casa.

Portera

Madre

?

Pero yo, ¿por qué estoy aquí ? —Lo sé: porque me he comido un tripi y medio y conozco a Bambi. Estoy en su casa, en el cuarto de su hermana. Aquí estamos Jancho (en una cama) y yo en otra. En el cuarto de al lado está durmiendo Bambi, y no hay nadie más en ésta casa. Y mañana vendrán sus padres.

Me doy cuenta de que me como el coco, nunca había sentido ésta sensación.

¡¡¡ VIVA EL L.S.D. !!! ¡¡John Acid´s for president!! ¡Tripis baratos, yin-yang de la temporada (no me estoy riendo ahora) *micropuntos rojos* a topeeeeeeeee-ee——————

BOUM No entiendo nada, pero es que nada ¡¡¡mentira!!!

PLAF me doy cuenta de todo pero me como el coco.

Estoy intentando leer un *Víbora* —n° 6— y no me entero de nada. No entiendo lo que estoy leyendo, no sé que me quieren decir éstos tíos del cómix. Me quieren comer el coco pero descarado, así, por toda la jeta.

Mientras escribo esto no me acuerdo de lo que he escrito antes y me lo tapo con el «Víbora» para no ver lo que he puesto antes.

En un momento dado, PLAF, y qué sé yo ¿no? TRIPI——————

He llamado por teléfono al 093. Son las 5 horas, no sé cuantos minutos, 20 segundos.

Lo dejo ya, y a ver cuándo leo ésto...

No me puedo dormir, enciendo la luz. Si empiezo a leer ésto por éste lado, tengo que darle la vuelta, porque empieza en el otro lado. YA ME ESTOY COMIENDO EL TARRO OTRA VEZ:

Tengo 20 años, conocí las drogas hace un año, —MENOS—. Primero Hachís, la segunda fué la anfeta, he comido Bustaids, Dexedrinas, Minilips, Centraminas, y me dejo alguna que no me acuerdo. Después he conocido Marihuana, Grifa, Valium, Coricidrín, Cocaína, Estramonio,..... Tengo que dormir algo. He comido Nolotil, Oftalidón, Biodraminas, Paliatín, Librium,... y yo qué se. Y con priva, todo demasiao.

Estamos a 13 o 14 de Septiembre de 1980. El día 19 tengo un juicio. En noviembre me abro a la mili.

Me acaban de decir por teléfono que son las 6 y 5 de la mañana...»

Sobre el LSD
(Parte segunda)

A continuación; reproduzco un antiguo escrito de la época del ácido, en el que narraba algunas experiencias vividas bajo los efectos del LSD. Y, seguidamente, añado una fotocopia de una hoja difundida en la «zona», de la época de los «Cheyennes del Acido» escrita también por mí.

Algunos momentos que he vivido en vuelo de ácido.

—Yendo de tripi, Jancho, Igancio y yo, con un fuerte descontrol respecto al tiempo que iba pasando, preguntamos la hora en la calle de San Juan de la Cruz. Nos dieron las 9,45 de la noche.

Para tratar de conectar con la realidad nos pusimos a comer el tarro sobre esa hora en concreto: que es «el principio de la noche», «la hora de prepararse para ir a cenar»,... Después de dar varías vueltas en lo que debió ser una hora, aproximadamente, volvimos a preguntar la hora, en el mismo punto exácto de San Juan de la Cruz eran las 8,45. En ese momento, yo al menos, viví con total realismo una situación en la que el tiempo iba hacia atrás. Al cabo de una hora de haber pasado por un sitio, era una hora antes.

La respuesta lógica, viéndolo una vez pasado el efecto de la dosis, sería que nos dieron —o entendimos— las 9,45 en vez de las 7,45, que era la hora real.

(Esto fué yendo de Ying-Yang)

—En sobredosis (un secante y medio de una estrella negra sobre fondo rojo) nos encontrábamos una noche Jancho y yo, con «la andaluza», que se había comido solo uno, en el recinto de la Ciudad Universitaria. Los dos llegamos a creernos que no nos iba a bajar nunca el efecto, viéndonos irremediablemente en el manicomio. Sólo teníamos un polo de referencia con la realidad y lo resumíamos en una frase que repetíamos contínuamente para tratar de coger el hilo: «Estamos en la Universidad, hay una valla que rodea el recinto por todas partes, por ello no nos podemos perder y —mientras no salgamos de ésta situación— lo mejor será no ir al otro lado de la valla». «Tenemos suficiente terreno para movernos toda la noche sin claustrofobia». En un momento dado, valoramos la situación como «el tripi del tripi», es decir, lo irreal de lo irreal, algo así como «hay tanta diferencia entre lo real y lo fantástico, como entre lo fantástico y lo que estamos viviendo ahora».

<u>Irrealidad</u>

realidad lo que vivimos entonces

Pensábamos que el siguiente paso era ya la locura desenfrenada.

Y en esa situación de descontrol total, existía contradictoriamente el control más absoluto.

Ejemplo: Hacía mucho frío y estábamos tiritando; entonces yo alucino voluntariamente y la esplanada verde (del desped) con arbolitos, la veía blanca (de nieve) con higlús. Cuando entendí que eso me producía más frío, aluciné voluntariamente viendo la esplanada de color arena (del desierto) con pirámides. En ese momento sentí el calor perfectamente. El cesped se transformó en mi mente —y ante mis ojos— en hielo, primero, y en arena, después; y los árboles en higlús, primero, y en pirámides, luego. Fue una alucinación perfecta.

—He creído poseer, expontánea e involuntariamente, la mayor fuerza mental que nadie haya tenido nunca, concentrada en milésimas de segundo. Me produjo una especie de «shock» mental que me tuvo atontado durante varios minutos. El hecho se produjo mientras jugaba a una máquina electrónica, de las llamadas «de marcianos», cuando estaba alcanzado un récord de puntuación que nunca antes ni después pude igualar.

(El tripi creo que fue una estrella naranja bordeada de oro, con fondo blanco).

Yo no quería pegarme toda la vida currando en la joyería, quería algo más, así que cuando me ofrecieron trabajar con unas amigas de mi hermana en la venta de ropa usada, acepté; además decidí irme de casa, sin que ello supusiera ningún problema para nadie. Tenía un nuevo trabajo y mi estancia en casa de aquellas chicas, Olivia y Teresa, sería solamente temporal, ya que yo iba a tener mi propia casa: una parcela en Garrapinillos que había conseguido alquilar a través de unos amigos de mi hermano. Mientras vivía con estas chicas arreglaba mi parcela con la ayuda de algunos amigos. Íbamos arreglando lo que se podía y hacíamos reformas, como, por ejemplo, una barra de estas americanas, muy chula, donde íbamos a comer y cosas por el estilo... El asunto de la ropa vino a través de unos amigos de Madrid que conocían un sitio donde vendían ropa a peso, bueno, no era ropa exactamente, eran cortinas y cosas de estas. Nosotros íbamos, las comprábamos, las lavábamos, planchábamos y luego las vendíamos los fines de semana en el rastro o cualquier día a algún amigo también nos dirigíamos a Barcelona a comprar ropa fuera de temporada.

Sin embargo, la cosa se complicó. Olivia y Teresa tenían relaciones; bueno..., eran lesbianas, hecho que no fue problema para que yo me enrollara con la primera. Recuerdo que yo dormía con ella y de vez en cuando, esta se iba en mitad de la noche a la cama de Teresa. Esta se lió conmigo simplemente para utilizarme. Bueno..., pero que, aparte de eso, lo que te contaba de la ropa: los domingos a las ocho de la mañana plantábamos —otro tío y yo— el tenderete en el rastro, se suponía que el negocio lo llevábamos Olivia, yo y el tío este (Cristina tenía trabajo en un bingo) pues bien nosotros nos dábamos el madrugón, lo montábamos todo, estábamos allí y la tía se presentaba al mediodía tan tranquila. Este tipo de cosas solía hacernos y otras por el estilo. La última que nos hizo fue irse a Barcelona con una amiga suya al sitio donde comprábamos la ropa, viniendo con muy pocas prendas y habiéndose gastado un montón de pelas, y eso que la furgoneta

nos la había dejado a un amigo... Mi hermana, que era amiga de Olivia, fue la que se dio cuenta de todo, de como me estaba manejando, al fin y al cabo, yo tenía unos veinte años y ella veinticinco o veintiséis. Sí, es verdad que mi hermana era un poco paranoica y alucinaba con cosas que no existían, pero esta vez tenía razón. Al final dejé lo de la ropa y me largué.

Entrevistador: Jancho, ¿consumía heroína Olivia?

Jancho: Bueno, se estaba desintoxicando, pero consumía alguna que otra vez.

* * *

Los *business* de hachís los seguía manteniendo a la puerta del Búfalo, nunca los llevé a casa, luego con el caballo, sí, pero con el hachís, no. La clientela nos la habíamos currao a base de pasar costo a la peña constantemente, ellos saben que tú tienes y vienen a comprarte. El hachís nos lo traían en cantidades mayores otra gente, entre ellos, mi hermano, que bajaba al moro y lo traían empetao o se lo tragaba en forma de caramelos o también en los fondos de las bolsas; también, por medio de unos amigos de Alicante que nos dejaban dos o tres kilos para venderlos y cuando lo hacíamos nos daban más; al principio fue el hachís, porque los tripis y demás historias por esa época los traían gente que hacían viajes a Holanda y a lo mejor llevaban alrededor de unos cien y no rentaba comprárselos para luego revenderlos tú. Es por esta época cuando tuvimos nuestra primera movida con la ley. Fue una vez que habíamos quedado con un chico y una chica para venderles hachís, en concreto cien gramos, y la chica se chivó a la Guardia Civil. Habíamos quedado en un bar y antes de eso habíamos dejado el costo apalancao en una casa abandonada al lado del bar. Así que estábamos allí, sentados, esperando a que llegaran, cuando de pronto entró un guardia civil de paisano que nosotros conocíamos, inmediatamente pensamos: «aquí estamos vendidos», y justo, cuando salíamos, ya estaban en la puerta seis u ocho guardias civiles esperándonos. Nos empezaron a registrar de arriba a bajo, buscando un paquete de cien gramos, como no lo encontraban nos metieron en el coche y nos llevaron al cuartel, ese que años más tarde explotaron los de la ETA. Allí nos dieron unas cuantas hostias, pero teníamos unas coartadas hechas anteriormente en caso de que nos cogieran: decíamos que nosotros éramos los intermediarios, que el tío que llevaba el material era de una manera determinada (una descripción que nos habíamos inventado). Nos dejaron salir. Por suerte no hicieron ningún registro en casa de ninguno, porque en una de nuestras casas habíamos guardado aproximadamente cerca de un kilo. El recuerdo del paso por aquel cuartel quedó en forma de agujetas durante una semana ya que nos obligaron a hacer flexiones hasta que no podíamos más y nos caíamos, momento en el cual te daban un par de hostias que te forzaban a hacer alguna más.

Este rollo de los trapicheos empieza siempre igual, hay alguien que te pasa algo para vender y luego tú te quedas de eso un poco para tu consumo. Es la dinámica del trapicheo con el hachís, la heroína o cualquier otra cosa... Un camello te deja un gramo, lo cortas en porciones más pequeñas, lo mezclas y de ahí sacas para tu consumo y para vender.

Lo de la ropa apenas duró un mes, al igual que mi estancia en casa de estas chicas. Mi parcela de Garrapinillos, que se encontraba en el camino de la Abeja, estaba ya preparada para ser habitada. Habíamos hecho un montón de reformas: unos arcos, el mostrador típico americano, un salón muy grande que lo recubrimos de colchones con madera debajo y luego cojines, también había un par de habitaciones, etc. Todo en mitad del campo. Al principio me trasladé yo solo —hecho que no me importó— y apenas un mes después vino a vivir conmigo Raquel.

A ella la conocí a través de Carmelo, otro colega del rollo político. Se había largado de casas de sus padres, en Rentería, cuando la echaron del colegio. La habían pillado pinchándose en el váter con otra compañera; aunque cuando yo la conocí, lo que es la heroína, sólo la consumía de forma ocasional y más que nada eran fármacos, que era a lo que más acceso se tenía por aquel entonces. Pero sus padres la cogieran y la encerraron en casa, pero ella se escapó, yéndose a vivir a la calle. Conoció a Carmelo, ya viviendo por ahí, en un concierto de Los Ramones; este la cogió y se la trajo a vivir aquí, a Zaragoza, al barrio de Torrero. De ella me atrajo que era una tía superguapa y con un gran carácter, teniendo en cuenta que sólo tenía quince años. Lo de venir a vivir conmigo surgió y no creo que al Carmelo este le importase.

La vida en la parcela era muy tranquila: nos levantábamos, desayunábamos, dábamos de comer a los perros y gatos que teníamos con los despojos que nos daban en las carnicerías y con arroz hervido que hacíamos

en una perola grande y nos íbamos a comprar al centro comercial que hay por ahí. También recogíamos la fruta de los campos que había alrededor y hacíamos mermeladas, ensaladas y otras cosas. Recuerdo que Raquel sufría de epilepsia —seguramente por algún ácido, porque, según dice es hereditario y nadie en su familia tenía los ataques—; estos se producían de noche mientras dormía, comenzando a ponerse el brazo rígido, los ojos en blanco, luego a morderse la lengua, etc.; yo por si acaso tenía siempre, debajo de la almohada, un trapo para ponérselo en la boca. Después de cada ataque se quedaba inconsciente. Ella me contaba que cada ataque comenzaba cuando durmiendo le llegaba una imagen concreta; si se despertaba, el ataque no seguía. Llegó un momento en que por estos ataques me asusté, ya que en una misma noche llegó a sufrir hasta seis ataques, así que llamé a su familia en Rentería para contarles lo que ocurría, viniendo rápidamente a buscarla.

En aquel momento vivíamos únicamente del trapicheo de hachís. Bajábamos en moto a Zaragoza donde habíamos quedado y allí hacíamos los *business*. Los contactos venían por el lado de un amigo y también por cosas que iban surgiendo. Te venía algún amigo y te decía: «Mira, que tengo un kilo de chocolate, te lo vendo a tal precio», y decías: «Vale, lo quiero», lo cogía, lo guardaba y luego lo iba vendiendo. Así era como íbamos funcionando, teníamos algo de pasta y costo para fumar.

La vida allí era muy tranquila. Cuando necesitaba pelas bajaba por la tarde al Búfalo, donde yo había quedado con un cliente, y allí hacía la compra-venta. Todo eran buenos rollos y muy buenas amistades, sin ningún problema con nadie, totalmente distinto al rollo del caballo.

Por aquel entonces, paralelamente a la zona del Búfalo, el Rollo y estos, también íbamos por la zona de Casta Álvarez, por un bar llamado Picolos y tres o cuatro más de aquella zona. Allí estábamos en la calle, por las noches, sentados y fumando en un ambiente de fraternidad, de amiguismo total. Por allí ya se movía de todo, aunque la base era el costo. El tráfico de hachís aumentó en el momento en que la gente que bajaba al moro a por chocolate vio que era más fácil ir a Amsterdam y traer heroína, que era mucho más rentable y eso que al principio era supercara, más del triple de lo que vale ahora, pero tenía calidad, con mayor grado de pureza.



1981

Notas para una historia de la Zaragoza yonqui[1]

A la inmensa mayoría
de los yonquis zaragozanos,
iniciados en la heroína
después de la despenalización de 1983

Introducción

Como queda reflejado en la dedicatoria, la presente historia de la Zaragoza yonqui va especialmente dirigida a la mayor parte de ese inmenso grupo de jóvenes zaragozanos adictos y que ahora son considerados yonquis. Son la inmensa mayoría de los heroinómanos actuales y tienen en común, no sólo su característica generacional (se iniciaron en el polvo después de 1983, lo que aquí denominaremos «3.ª generación»), sino también su concepción del enganche, diferente al de las dos generaciones ante-

[1] El siguiente texto, escrito en caracteres *courier*, ha sido extraído de un texto común realizado conjuntamente por Jancho y Javi. Al igual que en los textos de Jaime, este se reproduce de forma literal e íntegra.

riores, su relación con el caballo, el carácter de su adicción y su propia conciencia de heroinómanos.

Son los «yonquis de nuevo cuño», dotados de unas peculiaridades comunes que les sitúan muy lejos del yonqui clásico, como se expone a lo largo de estas páginas.

No haría falta decir que cuando se habla en términos generales siempre hay excepciones que confirman la regla; excepciones que, normalmente, no se harán constar aquí de una manera expresa, por lo que todo debe entenderse con un razonable margen de relatividad. Así, cuando se habla, por ejemplo, de las características de una generación, debería quedar sobreentendido que hay yonquis de la misma con unos rasgos distintos a los de la mayoría.

Junto a las interpretaciones personales, opiniones, suposiciones o comentarios parciales que se exponen, lo que aquí se da son, fundamentalmente, datos objetivos sacados de una condensada experiencia real, individual y colectiva.

El capítulo relativo a la 1.ª generación («los yonquis de fármacos y el "brown-sugar" de la guitarra») ha sido elaborado gracias a la colaboración de varios de los heroinómanos más veteranos de Zaragoza.

> Yonqui (*junkie*): Dícese de «el que se pincha» (Del vocablo inglés *junk*-junco, transformado en su significado para el viejo argot drogata de EE UU: «lo que se pincha»).
>
> Así pues, *junkie* es «el que usa lo que se pincha» (las drogas que se pinchan).
>
> Afinando un poco más, se diría que «el que se pincha heroína u otras drogas de tipo opiáceo, naturales o sintéticas, aunque más exactamente y ateniéndonos a la definición que más peso ha tenido y durante más tiempo, sería «el que depende física y psicológicamente de una substancia estupefaciente administrada por vía inyectable(intramuscular, subcutánea o endovenosa)».

Sin embargo, en una acepción más cotidiana, *yonqui* es sinónimo de heroinómano, por lo que a una persona adicta al caballo por vía nasal se le considera yonqui (sin serlo), mientras que a un adicto a la dexedrina por vía inyectable no se le considera (siéndolo).

No obstante,como veremos más adelante, la palabra *yonqui* ha ido sufriendo distintas interpretaciones a lo largo de su historia, abriéndose en su significado en los últimos años hasta el extremo de que hoy se considera yonqui a «el que consume», aunque nos sea adicto o la consuma por vía nasal o pulmonar, en rayas o en chinos.

PRIMERA ETAPA: los yonquis de fármacos y el «brown-sugar» de la guitarra

Aunque el tráfico de heroína y, por ende, su consumo internacional comenzó en 1898, año en que fue comercializada legalmente por la casa Bayer (la madre de la criatura y suegra de todos los yonquis del mundo), en Zaragoza no aparecen datos que atestigüen su presencia hasta finales de los años sesenta, lo que no quiere decir que antes no hubiera habido algún zaragozano que, excepcionalmente, hubiese consumido morfina o éter diacético (heroína) por distintas causas, principalmente médicas. Pero, casos excepcionales aparte, vamos a centrarnos en lo que fue el primer grupo de esta ciudad.

A principios/mediados de los setenta aparece lo que podría calificarse como la primer generación de yonquis zaragozanos (la 1.ª etapa de esta historia).

Realmente, antes de 1970 no se puede hablar de yonquis, pues, como mucho, lo único que había en esta ciudad era algún tío que se había pinchado en algún viaje hippy por las capitales europeas o asiáticas de la droga, habiéndose traído alguna papelina de estas ciudades extranjeras o de las españolas de Madrid o Barcelona, donde sí había heroína y algunos yonquis.

Pero, a poco de comenzar la década, un grupo muy reducido y marginal de *hippies* que frecuentaban La Taguara y el Búfalo I comenzaron a pincharse fármacos de muy distinto tipo, tanto en ampollas como en pastillas trituradas y disueltas en agua. Eran unos jóvenes, en su mayoría de clase media, muy aficionados a la lectura y con un gran interés por la respuesta filosófica a sus interrogantes vitales.

Habían buscado afanosos el encuentro consigo mismos, empujados por las meditaciones del LSD y por una mística oriental en la que esperaban —convencidos— encontrar la Verdad. No es por ello casualidad que el momento de la gran decepción, el momento de la frustración ante esa búsqueda infructuosa de la Verdad, coincida en el tiempo con el momento de la transición del agotador tripi a las experiencias del fármaco pinchado, tranquilizador y relajante.

Estos *hippies*, desencantados ya del Guru Maharahchi, empezaron a pasar de valores, de principios y de comeduras de coco, volcándose en la evasión y el sosiego que les proporcionaban el Hipecopán (un inofensivo analgésico para resfriados del que extraían pequeñas cantidades de opio por un procedimiento artesanal muy sencillo), el Nolotil, la Dolantina o el Sosegón. Evasión y sosiego que sólo podía llegar de forma fulminante mediante la aguja.

El Hipecopán pronto lo consiguieron en mayores cantidades, con lo que la proporción de opio inyectado aumentó también.

Aunque ahora suene extraño, aquella fue una época de atracos a farmacias. En muy poco tiempo hicieron un montón de robos con el único proposito de conseguir fármacos y más fármacos.

Así pues, los primeros pinchetas de Zaragoza fueron «yonquis de fármacos», enganchados al pico del tranquilizante hasta que llegó la primera morfina, allá por 1974.

Este reducido grupo del que hablamos, que no pasaba de la decena, había empezado viajando al sur en busca del rollo, después, a Ibiza y, por último, a Amsterdam, desde donde trajeron los primeros tripis y, más tarde, alguna papela de «brown sugar». Este «brown sugar» no era ese caballo marrón al que después llamaríamos de la misma forma; era más bien una morfina muy sucia que proporcionaba un flash superconcentrado muy distinto al de un buen caballo marrón.

La primera onda de morfina que llegó a Zaragoza la trajo uno de esos ex-*hippies* desde Amsterdam, camuflada en el interior de una guitarra, que después llegaría a entrar en el talego con la misma misión.

Entonces nadie podía imaginar lo que representaba aquella guitarra. Porque en su interior no sólo había una bolsa de plástico llena de polvo marrón oscuro; lo que esa guitarra traía a Zaragoza era la llave que abriría las puertas al mundo de la heroinomanía. Unas puertas que se abrieron de una forma tan fácil, pero que nunca habra dios que las cierre.

Los componentes de este minúsculo grupo, desconocido por la prensa, por la sociedad y por sus propias familias hasta que, en octubre de 1972, fuera creado el Grupo Regional de Estupefacientes (que, con sus primeras detenciones —especialmente en 1973—, sacó a la opinión pública la existencia de «drogadictos» en nuestra ciudad, aunque estos en realidad no fueron más que fumadores de grifa), tenían todos en común, no sólo el haber llegado, unos años más tarde, a los picos tras la carre-

ra del cannabis y del místico ácido, sino también y sobre todo el haber llegado a un grado de enganche fortísimo, motivado principalmente por la calidad del material de la época. Ese «brown-sugar» procedente de Holanda había provocado unos enganches mucho más serios que los del inofensivo Hipecopán y, pasado 1975, los enganchados a la morfa o a las primeras heroínas que iban llegando (de gran pureza en relación a los actuales) pasaban ya de la docena.

El tráfico, dado lo reducido del grupo, no suponía problemas de trascendencia social, y en los medios de comunicación era muy extraño ver algo sobre el tema, como no fueran exóticas informaciones del entonces lejano extranjero o curiosos artículos de alarma ante la llegada de un nuevo problema nacional.

Esta situación se mantuvo hasta el 77/78, momento en el que el número de enganchados empieza a aumentar por momentos.

Esta situación creada por el ácido, que me tenía ya algo cansado, las ganas de seguir experimentando cosas nuevas y la proximidad de mi reclutamiento —me faltaba un mes para ir al CIR— creo que fueron las causas que me llevaron decididamente a querer probar el «caballo».

Jancho estuvo de acuerdo, y un día de noviembre lo probamos. A mí me lo metió Raquel en mi propia casa. Fué algo muy bueno, pero no tanto como esperaba: tranquilidad absoluta, ausencia total de preocupaciones, depresiones y problemas, y una gran seguridad en mí mismo. Eso fué todo. Quizá, un relajamiento que me indujo ligeramente a un sueño muy agradable. Picores en la nariz y otras partes del cuerpo, y abundante sudor en la frente. Lo describimos «como un ciego muy fuerte de costo, pero más limpio; completo y perfecto».

En aquellas semanas me volvía a chutar varias veces, con la única excusa de aprovechar a tope los pocos días que me quedaban para ir a la mili. Dos días antes de hacerlo, escribí:

«.... En pocos meses me he desengañado totalmente de la política .. Me he convertido en un «pasota» auténtico; paso realmente de casi todo lo que me rodea y de lo que no me rodea. Mi futuro no me importa.

.... Mi relación relación con Jancho se ha convertido en algo perfecto, sobretodo desde que nos metimos en el mundo del ácido. Estoy fuertemente enamorado de Patricia, sin saber si hay posibilidades de que algún día volvamos a enrollarnos. Puedo asegurar que lo daría «todo» porque nos pudiéramos enrollar en serio otra vez; incluso dejaría las drogas y la mili por ella.

.... Siento un aprecio muy fuerte por mis padres. Pocas veces me doy cuenta de lo que los quiero y los valoro en realidad...

.... Me voy a la mili dentro de dos días. Cuando vuelva, es posible que haya cambiado todo, o casi todo, tremendamente.

.... Mi futuro es una interrogación total.»

(Fechado el 24 de noviembre de 1980.)

Escribiendo mi realidad en aquel momento, liberaba en parte la angustia y el miedo que me producía la incorporación a filas. Veía que, en un año, todo iba a ser posible en el Ejército, desde cambiar de ideas o de forma de ser, hasta enfermar o morir por mi delicada situación física y las brutalidades que había oído sobre el servicio militar. Difícilmente se podía dramatizar más una situación tan simple y cotidiana en el mundo como es la incorporación a filas de un jóven de 20 años.

El día anterior a mi presentación a Caja de Reclutas para dirigirme a mi destino, Alicante, me metí un pico sucio que me produjo mi primer «pelo» (infección provocada por una mala filtración de la heroína, introducción en la jeringa de alguna partícula extraña o un simple hilillo del algodón para filtrar). Yo no sabía qué era aquello y me asusté. Me entró fiebre, sudores fríos, un dolor de cabeza muy fuerte, taquicardia y síntomas alérgicos —inflamación de labios, etcétera—. Por la taquicardia y la arritmia tan fuertes, tuve que ir a las tres de la madrugada al servicio de Urgencias de la Seguridad Social. Me excusé alegando que antes había tenido problemas de alergia, sin mencionar el pico para nada, naturalmente, y con una inyección de no sé qué, me fuí encontrando cada vez mejor. Allí me dijeron por primera vez que tenía en el corazón un soplo, al parecer sin demasiada importancia.

Al cabo de unas horas, me presenté en la Caja de Reclutas y —por alegar «soplo»— me llevaron al Hospital Militar en vez de enviarme directamente al CIR. Estuve internado 15 días, con la posibilidad de que, cuando me viera el tribunal médico, me dieran la «inutilidad» tan deseada para liberarte de la mili. El tribunal dijo «apto» y, a los pocos días, estaba ya en mi destino de Rabasa (Alicante).

El CIR lo pasé relativamente bien. Pensaba mucho en mi familia y allí comprendí hasta qué punto los quería. Después de jurar bandera —que, por cierto, no juré, ya que grité «¡ no juro!» cuando había que decir (dos mil voces a la vez) «¡juro!»—, nos tomamos unos tripis, en la nochevieja de 1980, Jancho, Ignacio y yo. Fué un tripi muy especial,ya que, por 1° y única vez en mi vida (hasta ahora) logré una capacidad telepática que me permitió ver la mente de Jancho y él la mía, sin ofrecer lugar a dudas. Sin mediar palabra, concentrándonos con una fuerza mental que nos parecía sobre-humana, fuimos viendo una sucesión de colores en el lugar que ocupa el cerebro. Después comprobamos que la experiencia había sido idéntica para los dos, que vimos los mismos colores en la frente y sus mismos cambios a la vez. Cuando yo veía que el cerebro de Jancho se transformaba de rojo a verde, él veía lo mismo en mí. Y, desde luego, sin engaños de ningún tipo. Tuvimos alguna experiencia telepática más, como por ejemplo unas ideas que tuvimos a cerca de ir a casa de Pili, la hermana de Jancho, insistiendo en ellas con nuestra desbordante fuerza mental. Ana nos diría al día siguiente que soñó con nosotros y con esas ideas en concreto, despertándose y mirando la hora, que resultó ser la hora en la que nosotros habíamos hablado de ello concentrándonos. En ésta ocasión tampoco creo que hubiera posibilidades de casualidad.

La primera vez que decidimos meternos un chute de caballo Javi y yo fue con Raquel, una tarde en el altillo de la casa de Javi. El recuerdo de aquel primer chute, para mí, fue una decepción, no me produjo ningún placer, o sea, que todo el morbo este que existe de los primeros picos..., vamos, yo, desde luego, me río mucho porque para mí no fue así.

El rollo del caballo fue lo que te digo, de forma ocasional, durante aquel año del 81; estando Javi en la mili, nos pinchábamos algunas veces, pillándolo unas veces a unos, que habían hechos *business* en Holanda y tenían durante una temporada, otros días a otros... Era la misma gente que conocíamos por la zona del Búfalo y Casta Álvarez.

Fue sobre el mes de abril cuando fuimos a ver a Javi a la mili durante un día. Él lo pasaba muy mal allí, incluso estuvo a punto de pegarse un tiro. Por lo visto, estaba solo en la garita y le dio como un semiataque cardiaco, se puso a llamar a la central para que le relevaran y tal. A raíz de eso le tuvieron que trasladar a otro lado.

En aquel momento la heroína era su única vía de escape.

Acabado el permiso, me dirigí al cuartel donde debía de pasar una año, en la calle San Vicente Mártir, de Valencia. Allí lo pasé lo que se dice muy-muy mal. Los tres primeros meses me provocaron una crisis depresiva muy angustiosa, de la que fuí saliendo poco a poco.

A los ocho meses, en una carta a mi padre, trataba de profundizar en lo que habían sido esos ocho meses para mí, intentando además explicarle mis ideas con toda la sinceridad posible. He aquí un extracto de esa carta:

«... Cuando entré en éste «prostíbulo» (me refería al cuartel) tenía miedo de cambiar. Eran muchos los que había visto entrar con unas ideas y salir con otras bien distintas. Siempre se dice que en la mili «te comen el coco», y suele ser cierto. Sin ir más lejos, cuando estuve de permiso en Zaragoza, me encontré con un antiguo miembro de la Joven Guardia Roja —de los que hace dos o tres años estaban tirándoles piedras a los «grises» en las manifestaciones— que me contó que en diciembre entra en la Academia de la Policía Nacional; se l. licenciado en Julio. Y aquí, dos amigos míos (hasta ahora) van a hacer lo mis mo. Otro se va a reenganchar y matricular en la Academia de Suboficiales del Ejército.

En la mili se cambia, de eso no hay duda. Pero si se entra con unas ideas muy determinadas, como pienso que entré yo, los cambios se reducen a cosas insignificantes.

Aquí yo no aprendo nada. Tal vez a tener más motivos para odiar a la raza de los cerdos profesionales con uniforme. Ni consigo encontrar algo positivo, algo que me pueda servir para el futuro, algo que no sea negativo, humillante o inexplicable. He conseguido una fuerte y sólida amistad con los que considero «las mejores personas» del Parque. Una amistad que me daría una pena terrible perder. Pero ¿qué ocurrirá cuando vayan pasando los meses y los años, y desarrollemos cada uno nuestra vida a cientos de kilómetros de distancia? Seguramente, no los veré más y, si los veo, será algo totalmente distinto.

Hasta ésta cosa buena quedará diluída en nada.

... Aquí me he dado cuenta (más cuenta que antes) de lo diferente que soy de los demás, de la personalidad tan distinta que tiene la inmensa mayoría respecto a mí. He llegado a sentirme un ser extraño y marginal en medio de una colección humana hecha en serie.

Ya hace años me sentía diferente, aunque entonces, guiado por la educación «consciente frente a la masa inconsciente», me planteaba «cambiar, educar... a las masas». Ahora no me planteo nada de cara a la gente; sólo que debo

de ignorarlos, que no hay posibilidad de producir cambios sustanciales en la mentalidad de la mayoría.

A veces, cuando veo cómo enfocan la vida o con qué criterios se mueven, me quedo absorvido por la desmoralización más deprimente. Otras veces, me provocan un intenso desprecio. Los veo a casi todos como unos seres ignorantes teledirigidos por control-remoto. Unos seres acríticos que desconocen toda posibilidad racional y que sólo aspiran a planificar su vida en base a lo que les ha ordenado: trabajar bajo alguien, consumar un matrimonio, comprar el coche y la TV, y confeccionar la imágen externa de que son «alguien» en la sociedad, sin pararse a pensar ni un instante en el por qué de todo eso. No les cabe en la cabeza poner en cuestión lo que hace todo el mundo, precisamente porque todo el mundo lo hace. Son como robots mecanizados, sin creatividad, con el cerebro lavado —manipulado— por obligación... y con una sensibilidad cuadriculada, encajonada y amorfa. Solo les gusta hablar de fútbol, de discotecas, de lo que le han tocado a la fulanita, de la película de los martes y de otras tonterías por el estilo. No puedo verlos como unos perfectos ignorantes cuando, hasta los más «cultos» (con carrera) son incapaces de comprender cosas tan simples como el por qué del Golpe del pasado 23 de Febrero.

A todas horas están oyendo mentiras, exageraciones, chulerías.. encaminadas a aparentar una personalidad de mayor importancia. Todos quieren aparentar «más» de lo que son, todos han hecho «más» cosas que los demás. A lo mejor me encuentro con un tío que, en un momento de depresión, me ha confesado que nunca ha ido con una mujer. Y luego lo ves con un grupo contando sus increíbles y supuestas aventuras como conquistador de amores.

Según el momento y la situación, dicen una cosa u otra contraria, pero siempre de cara a aparentar «más», a quedar mejor ante la gente, a ganar puntos en un extraño juego que para ellos es la vida cotidiana... Cuando ellos exageran o mienten es para crear la imágen de que son «alguien», siendo que no son nadie.

Y si la gente se acostumbra a planificar su vida, yo antes llegaba a superplanificarla. No solo pensaba en mi futuro sino que llegaba a tener la convicción absoluta de que mi vida entera iba a ser una dedicación constante a la lucha por el comunismo...

... Y eso me llevaba a pensar que mi dedicación al partido sería, con el tiempo, una forma de ganarme la vida, la forma más rentable para el partido.

... Así de claro veía yo antes mi vida. Pero ahora lo veo todo muy diferente.

Respecto a la política, me parece dificilísimo que algún día vuelva a participar en algo así. Hasta me siento orgulloso de que la Joven Guardia Roja, a nivel estatal, se disolviera a raíz de una propuesta mía personal, haciendo de palanca para la posterior disolución del partido.

Y no me arrepiento, ni mucho menos, de haber dedicado cinco años enteros —o más— a eso, porque los dediqué porque yo quise, porque estuve mucho tiempo pensando con relativa libertad que eso era la mejor. A mí nadie me obligó nunca a nada y siempre tuve una actitud dedicada, analizada y optimista para desempeñar mi papel como político. Y por ello, si ahora pienso de una forma distinta, tengo que asumir los perjuicios de mis ideas anteriores. No fueron cinco años perdidos —o 6— porque aprendí infinidad de cosas importantísimas que espero no olvidar nunca, como son el funcionamiento práctico de la dialéctica, la visión materialista del mundo, qué pinta una democracia como ésta en un mundo como éste, la forma efectiva de organizar las cosas (desde una revista hasta un festival o una gira por la Costa), la facilidad para moverme en cualquier esfera, desde una banda de gitanos hasta una cumbre de diplomáticos, o la vida, costumbres, situación y cultura de la antigua Mesopotamia (Irak). Son muchas las cosas inolvidables que viví en la Joven.

Pero también me acarreó una serie de problemas que ahora estoy padeciendo. Sin duda, lo que más me duele es que mi anterior forma de pensar tirara por la borda el amor madurado durante 5 años con Patricia. Pero no me puedo arrepentir de nada porque pienso que en cada momento debo de hacer lo que creo oportuno, sin pensar que con el tiempo puedo ver las cosas distintas. Cuando corté con Patricia ponía la política —los intereses del partido— por encima del amor y los sentimientos. Hubiera sido artificial —irreal— compensar mi amor con Patricia con una dedicación menor al partido. En aquel momento hice lo que creía que tenía que hacer, de acuerdo con mi personalidad racional-política.

Por eso ahora no pienso en el futuro. No puedo hacer las cosas en base a lo que piense dentro de unos años; ahora creo que debo vivir como pienso ahora, aunque ésto me vaya a suponer problemas para un futuro en el que tendré que asumirlos.

Actualmente siento un rechazo frontal hacia todo lo que conlleva el órden establecido.

Rechazo hacia la vida «planificada», la monotonía de la sociedad, el saber que tal o cual día harás ésto a las 7 y aquello a las 2.

Y me atrae la aventura, conocer experiencias útiles nuevas, vivir más o menos «al día», viajar, hacer cosas nuevas, componer un tema completo para el piano...

No quiero verlo todo asegurado, medido y garantizado; quiero vivir la vida intensamente, sin atenerme a moldes ni decretos, experimentando las cosas con libertad y afrontando un obligado riesgo que no me dá ningún temor.

Desde luego, todo tiene un límite. No puedo, por ejemplo, ignorar absolutamente la ley en un país en el que, precisamente por la ley, puedes ir a la cárcel. La vida en la ilegalidad no sólo no tiene ningún aliciente, sino que —además— se convierte poco a poco en una vida paranóica. No, no voy a ser delincuente, drogadicto ni terrorista, eso está muy claro...

(La verdad es que eso no lo tenía nada claro, pero me sentía obligado a ponerlo para dar un márgen de confianza a mi padre, esforzándome en que viera las cosas con optimismo y con comprensión.)

Y el final de la carta también me parece importante de cara a entender mejor mi forma de entender las cosas en mi época de militar:

«...Cuando salga de la mili, me buscaré un trabajo que concuerde con mi forma de ver las cosas. Un trabajo sin grandes miras de futuro, sin jefes, sin alienación, con creatividad y posibilidades de conocer y aprender. Tengo ganas de buscarme la vida trabajando en esa línea con trabajos que ya existen o que pueda organizar yo mismo.

... También tengo ganas de hacer un viaje largo. Cuando estuve en Irak descubrí el placer de conocer un país distinto, con una cultura y una forma de actuar diferente. En Suiza y Francia me aumentaron mucho más mis ansias de conocer mundo...

... También veo posibilidades de estudiar música, invirtiéndole tiempo a un instrumento....

... De todas formas, lo que vaya a hacer cuando me licencie, es algo que todavía no puedo saber en concreto, por muy clara que tenga la línea a seguir y al concepción de las cosas en general. Estoy seguro de que cambiaré, en unos meses, en unos años, o cuando sea, porque con el tiempo lo normal es ir perdiendo el espíritu aventurero, (idealista, si quieres), buscando cada vez más la tranquilidad, la seguridad y el tener el futuro bién garantizado. Yo no me veo a los cuarenta años diciendo lo que pongo en ésta carta. La vida quema, apaga, erosiona.... y tarde o temprano, hay que sentarse en un sillón y decir: «aquí voy

a plantar mi árbol». Pero, como te decía antes, ahora no puedo actuar en base a mi futuro, aunque con esa actitud ponga, posiblemente, piedras en mi propio camino...

... Sé y comprendo lo que tú querrías que hiciera......Y se también que algún día veré las cosas como tú, porque nuestras diferencias están en el tiempo, en el hecho de que hayamos nacido a 40 años de distancia. Cuarenta años que separan dos situaciones, dos épocas, dos aprendizajes, dos mundos distintos. (...)

... Y para mí, muy por encima de esas diferencias en el tiempo, están nuestros sentimientos. Algo de lo que debemos de estar orgullosos y sacarle mucho más jugo del que sacamos.

Un abrazo muy fuerte,
(Firma)
Jueves, 20 de Agosto de 1981.»

Hasta el verano seguimos con lo mismo. Empezamos a meternos todos días, porque siempre tienes dos mil pesetas. Empiezas metiéndote porque te llama, luego, porque te encuentras bien y...

Llegó el verano y al igual que el año anterior nos fuimos a Menorca.

Menorca era lo que no estaba quemado; Mallorca era más en plan turista e Ibiza era la que seguía guardando los últimos vestigios *hippies*. En Menorca había cuatro calas, con hoteles de estos para turistas alemanes, pero todo lo demás estaba bastante bien e incluso había gente que vivía en cuevas y tal.

Nos fuimos, esta vez, Raquel, yo y José Luis, que era un amigo publicista, pero no a casa de mi hermana, sino a una casa que tenía alquilada un amigo nuestro que trabajaba allí en el hotel Caravaldana. La primera noche que llegamos no encontramos el sitio este, así que nos pusimos a dormir al aire libre, al fin y al cabo, hacía buen tiempo, entonces fue cuando comenzaron a llorarme los ojos y a gotearme la nariz y demás, como si tuviera la gripe. Yo conocía el mono porque lo había visto en mi hermana, pero jamás en mí. Nos cogió a mí y a Raquel de improviso; por supuesto, no llevábamos nada de material encima porque no lo necesitábamos para nada.

Aquel mono duró un par de días y sin meternos nada. Como ya te he dicho, simplemente lo tomábamos de forma ocasional, así que no tenía-

mos un cuelgue gordo. Estuvimos unos quince días de turistas totales conociendo una parte de la isla, la cual no conocíamos (mi hermana vivía en la otra parte) y no nos metimos nada, simplemente estuvimos de vacaciones, tranquilos.

Sin embargo, a través de Luis conocimos a Rafael, el típico «listillo», que se aprovecharía de nosotros todo el año siguiente. Este tío, junto con otro amigo suyo, regentaban uno de los chiringuitos de estos de la playa, el cual pertenecía al padre del amigo este de Rafa. Tanto Rafa como su amigo se dedicaban también al trapicheo de jaco.

Se acabó el verano y volvimos otra vez a los trapicheos de siempre, de hachís y a comernos algún tripi, aunque no muchos, porque a mí me daba muy mal rollo, más que nada por Raquel, por los ataques de epilepsia y tal. Javi seguía en la mili y sus malas historias. Fue por aquella época cuando cogí una hepatitis bastante gorda, con mil y pico de transaminasas. En esa época, en concreto, la peña compartía jeringuillas, no había llegado aún el 84 y 85 con la ola del SIDA, y el pasarte la chuta no implicaba nada. Era la tónica general; incluso recuerdo que una vez yendo a San Sebastián —aquí fuimos varias veces— había un sitio donde la gente iba a chutarse y cogimos una chuta del suelo. Sí, sí que recuerdo haberlo hecho, pero eso lo hace mucha gente, y habitualmente, en casas abandonadas, o debajo del puente, donde sea..., cogen una del suelo, una que funciona y se pinchan con esa.

Yo, desde el momento que contraje la hepatitis, que sería a finales del 81, no volví a compartirla.

La hepatitis la pasé en casa de mi hermano, en la cama, con descanso absoluto y régimen durante todo un mes. Por supuesto que a casa de mis padres no iba a ir, no me entendía con mi padre y si iba ligaría lo de la hepatitis con que me estaba pinchando. Mi hermano sí lo sabía y me cubría un poco. Teníamos más confianza.

Aquel mes Raquel estuvo en casa de unos amigos y también fue a San Sebastián a ver a sus padres. Más tarde, cuando yo ya me hube repuesto, nos fuimos a San Sebastián a hacer negocios y a divertirnos. En aquel momento mi hermana había vuelto y tenía una amiga, la cual tenía un contacto —estas cosas siempre son así— que le enviaba heroína blanca de la India o Tailandia de una pureza buenísima. Por lo visto, el material lo pasaban en un mosaico de piedra, el cual estaba hueco por dentro y

allí era donde metían la heroína, también la metían en tallas de madera... Allí hay gente que se dedica únicamente a eso, a hacer huecos para meter la droga.

Fueron nuestros primeros *business* con jaco.

Primero comenzamos a venderlo en Zaragoza por los bares de la calle de Ram de Viu, pero luego nos los llevamos a San Sebastián. Allí recuerdo que le cambíamos a un tío un par de gramos por unos micropuntos. Imagínate, ¡le cambiamos heroína cojonuda por unos tripis! Por eso te digo que llevábamos un enganche ligero. Si tú vas a un yonqui con mono y le dices que le vas a dar un par de tripis, es capaz de tirártelos a la cara. No sólo hicimos ese mal trato, sino que además aquel tío nos había dado el palo con aquellos micropuntos.

En la mili el caballo me comió mucho el coco. No estaba enganchado físicamente, pero me pinchaba cuando podía y me entraba una sensación de más familiaridad con los colegas que lo habían probado. No me podía enganchar del todo por el problema «pasta», pero veía muy posible que cuando terminara el servicio militar acabara adquiriendo dependencia.

Me pinchaba muy a menudo extracto de opio, disolviendo y filtrando unas pastillas contra la diarréa que tenían en cantidad en el Botiquín. En una tarde me podía estar metiendo un pico detrás de otro hasta la hora de Retreta. Y el caballo lo veía prácticamente todos los fines de semana. En Valencia lo pillaba barato en la zona de Pelayo y en Zaragoza me invitaban colegas, sobretodo Jancho. Cuando venía de permiso me metía bastante caña diariamente, pero —en un permiso— afortunadamente no me daba tiempo a engancharme.

Sin estar enganchado, pensé durante la mili que ese año, 1981, sería en mi vida «el año del caballo». Diariamente pensaba en él, dibujaba jeringuillas en las garitas de guardia, algunos me llamaban «yonqui» y me gustaba enseñar a los colegas los pinchazos marcados en mis brazos.

Pero, realmente, el año del caballo ha sido 1982.

Cuando me licencié, el 11 de diciembre, estaba llegando a Zaragoza una onda de polvo thailandés de una pureza muy superior a la habitual.

Jancho estaba todavía, como yo, sin enganchar del todo, y los dos tuvimos prácticamente la exclusiva del tráfico de esa movida.

Nos chutábamos diariamente, varias veces, y ganábamos dinero. Compramos cantidad de cosas, desde tocadiscos hasta una televisión, además de un

buen amplificador, bafles, una licuadora... y siempre en taxi de un sitio para otro. No nos privábamos de nada.

Las Navidades y la Nochevieja las pasamos cieguísimos en San Sebastián. Fué en ésta ciudad a principios del nuevo año, cuando se agotó el último miligramo de nuestro caballo thailandés. Por la noche, no pudimos dormir y notamos algunos pequeños síntomas del síndrome de abstinencia (o «mono», para entendernos): dolor de espalda, ansiedad y sudor... sobretodo.

De enero a mayo mantuvimos con el caballo un «tira y afloja» que evitaba el enganche absoluto, pero cuando no me pinchaba notaba molestias en la espalda y necesitaba somníferos para poder dormir. Entonces me dedicaba al tráfico de chocolate, tripis y —a menudo— al de caballo en pequeñas cantidades.

SEGUNDA ETAPA: la violencia y el problema social

La lenta expansión del caballo es, a partir de entonces, mucho menos lenta. Empieza a haber pequeños núcleos de yonquis en distintos puntos de la ciudad y los centros de distribución se van extendiendo desde el Pachá al Piccolos, pasando por el Dufo, el Gancho, el Búfalo 2 (y todavía el 1)... empezando a apreciarse ya un cierto movimiento en algún barrio obrero.

Y es que a finales de los setenta y hasta 1982, se produce un fenómeno importante: un montón de jóvenes relacionados con el mundillo del costo, provenientes de las esferas *hippies*, de la militancia izquierdista o de la delincuencia común, empiezan a pincharse llegando en pocos meses a un terrible enganche de aspecto irreversible.

La calidad del enganche (y del material) era algo inferior a la de la etapa anterior, pero aún con todo era muy fuerte.

Esta que podríamos llamar segunda generación de Zaragoza tuvo una repercusión pública espectacular, aunque numéricamente no llegara a agrupar a más de doscientos o trescientos yonquis. La presencia de chorizos y las dificultades económicas para obtener las dosis necesarias, problemas prácticamente inapreciables en la década anterior, hicieron que el atraco, la iniciación en la prostitución, el palo al camello y el movimiento de armas de fuego fueran notas constantes durantes esos años. Zaragoza llegó a contar, en su época de «apogeo», con una media de dos atracos a banco diarios (ahora son menos de dos a la semana) y si bien es cierto que muchos eran cometidos por yonquis procedentes de otras ciudades (principalmente de Barcelona y Pamplona) un buen número de ellos eran protagonizados por gente de aquí.

Fue una época de una gran inseguridad en todos los sentidos: palos por todas partes, represión policial por un tubo, amenazas con la cacharra en el cuello, pinchazos de navaja, pisos de camellos desvalijados, tortura sistemática y sin miramientos en M.ª Agustín y Avda. de Cataluña, fuerte presión de una UVE sanguinaria e inmune (en 1981 asesinó a un crío de 16 años)...

Hay un dato muy significativo: el alto número de yonquis de esa generación que ya han muerto.

En esa etapa aparecen los primeros negocios (comunidades o granjas) de desintoxicación en distintos puntos del país, aunque en Zaragoza las únicas posibilidades de iniciar un desenganche estaban en el Clínico y en el Hospital Provincial, aún con dificultades.

En la calle hay una gran variedad en la oferta del producto: heroína de todos los colores, muchos de ellos traídos directamente del «Triángulo de Oro» (entre Tailandia, Laos y Birmania), de Pakistán, la India, Turquía, etc. Con lo que los camellos de la época podían contar con un polvo de primera mano para cortarlo en su término justo, normalmente con glucosa, vendiéndolo con calidad. También el comprado en Amsterdam, sobre todo el blanco tailandés, tenía una calidad más aceptable, siendo el de más difusión en Zaragoza (debidamente cortado, claro está).

Cada vez los medios de comunicación van dedicando más espacio a las «informaciones» infladas sobre la droga; en la TV aparecen continuamente en esos años imágenes

sobrecogedoras de gran impacto social; poderosas instituciones, públicas y privadas, lanzan grandes campañas dirigidas a amplios sectores, desde: «La droga mata», hasta el reciente: «Drogas, ¿para qué? Vive la vida» (campaña que, al haber sido realizada en 1985, se sale obviamente de la etapa de la que hablamos).

Y toda esa intoxicación informativa consigue propagar el aspecto mítico del caballo (el más atractivo) de forma masiva, con lo que se iba abonando un terreno que, por sí solo, ya era lo suficientemente propenso para atraer a miles de jóvenes.

VI 1982-1983

El año podía haber transcurrido como cualquier otro año, allí con nuestra vida tranquila en la parcela de Garrapinillos, con Javi licenciado..., pero tuvimos una visita inesperada: Rafa.

Este y su colega habían hecho un viaje a Amsterdam y traían material, aunque muy poco, unos veinticuatro gramos. Por lo visto, pensaron que lo podían vender en Barcelona, pudiendo sacar pasta, pero en Zaragoza la heroína tenía el precio duplicado, y, claro, conociendo a Luis y a nosotros viviendo aquí... Luis seguía viviendo en casa de sus padres, así que estos tíos necesitaban un sitio donde estar y, por supuesto, nosotros les ofrecimos nuestra casa. Estuvieron aproximadamente un mes, el tiempo justo que duró vender los veinticuatro gramos e ir a por más. Nosotros conocíamos a la gente y ellos ponían el material, además, para nosotros el consumo era gratuito... Bueno, era más barato que para el resto, pero como siempre les debíamos pasta terminaban perdonándonoslo, como «obra de caridad». Nos bajábamos todos los días al mediodía al Parque Pignatelli y allí, al momento, ya estaba un montón de gente, aquí, allí..., esperando nuestros cincuenta gramos que habíamos duplicado gracias al corte que le hacíamos a la heroína.

El consumo para Raquel, Javi y para mí se convirtió en habitual y, cuando se acabó el material, Rafa hizo otro viaje, esta vez trayendo cien gramos y convirtiéndolos en doscientos. Los pasaba sin problemas, en la pasta de dientes o colocándoselos en el asiento, a cualquier pasajero del

autobús en el que venía. Este segundo viaje, al igual que los cuatro o cinco posteriores, los haría él solo, ya que por lo visto debió de tener algún mal rollo con el colega con el que le habíamos conocido.

Aquel año fue tranquilo. Tranquilo en el sentido de que teníamos una buena onda, teníamos clientela, no nos conocía la policía —por lo que podíamos seguir tranquilos— y teníamos material para poder meternos. Nuestro consumo aumentó, aumentó mucho, con uno o dos gramos diarios. Rafa nos pasaba los gramos para nuestro consumo y para la venta, escondiendo en algún sitio de la casa —hecho que nunca nos dio por averiguar— dónde estaba el resto del caballo. Ya ves, éramos demasiado honrados. Por supuesto, él se montó su vida a su aire: se hizo algún amiguete y salía por ahí por la noche en plan de señorito con pasta y todo eso. También le vimos mandar cantidad de pasta a un familiar suyo.

Fue en mayo cuando llegó un colega de Barcelona, procedente de Hamsterdam, con unos 20 gramos de polvo marrón para que se lo puliéramos en exclusiva Jancho y yo.

Pronto me fui habituando a los 4 fijes (picos) diarios, al levantarme, al mediodía, por la tarde y para dormir, aún sin tener gran dependencia física. Sabía que me estaba enganchando pero me daba igual. Si me inyectaba 3, 4, 5 o 6 veces al día era, al principio, porque me gustaba, simplemente, porque me encontraba muy agusto y muy ciego. Cuando que daba ya poco de aquellos 20 gramos, acordamos reducir las dosis, metiéndonos un pico cada 12 horas y después cada 16, lo que supone una reducción muy importante porque por aquel entonces llegaba a pincharme 8 ó 10 veces al día. Ya estábamos enganchados del todo: el cuerpo no solo rechazaba la reducción de dosis, sino que pedía su aumento, por lo que nos resultó muy difícil, o más bien imposible, cumplir aquel acuerdo racionador.

Antes de agotarse los 20, nuestro colega repitió la operación y pronto estuvo de nuevo en Zaragoza con otro cargamento de droga. Después, aún repetiría la movida otra vez.

En esos meses, algo había cambiado: si me pinchaba al despertarme, no era para estar ciego y a gusto, sino porque mi cuerpo lo necesitaba para funcionar, para poder pasar la mañana con normalidad.Me encontraba ya absolutamente intoxicado y con una fuerte dependencia tanto física como psíquica hacia la heroína.

Por casa prácticamente no aparecía, ya que la mayor parte del tiempo la pasaba en la calle, en pisos de yonquis o en la parcela que tenía alquilada Jancho. Mi familia sabía, desde hacia más de un año, que me había metido caballo alguna vez, pero desconocían mi dependencia hasta que un día mi padre me vió haciéndome un «fix» (pico) en el water a las 7 de la mañana. A nadie le resultaría difícil entender que una persona que se está pinchando a esas horas está enganchada.

Mi padre enseguida lo comprendió y, desde luego, no podía haber tenido una actitud mejor: al verme con la jeringa en el brazo, sin que yo me hubiera percatado de su presencia, me dijo: «Pero, hijo mío, ¿te das cuenta de lo que haces?», y me dejó sólo para que terminara con mi trabajo. Cuando salí del water, nos miramos y todo estaba bastante claro; le dije que pensaba dejarlo muy pronto y él me contestó, preocupado y de la forma más amable posible, que podía contar con todo el amor y el apoyo posible por parte de mi familia para dejarlo. Me dijo que, si estaba dispuesto, podíamos ir al doctor Martínez, viejo amigo suyo, para tratarme en una cura de desintoxicación. Me pidió que lo pensara.

A partir de entonces, algunas cosas iban cambiando: los cargamentos de Barcelona dejaron de venir y, no sólo no íbamos sobrados de pasta, y de caballo, sino que Jancho y yo habíamos alcanzado una deuda de más de medio millón con nuestro vendedor; pasábamos medio día de «mono» buscándonos la vida para poder meternos algún pico, que no hacía más que aliviar la ansiedad y las molestias durante unas horas; la Pasma estaba deteniendo a yonquis casi a diario, algunos de ellos, clientes nuestros, con lo que cada vez había más posibilidades de ser detenidos por las informaciones recogidas por la Brigada de Estupefacientes...

En esa situación, desearías poder pasar del caballo y desaparecer de escena durante una temporada. Queríamos dejarlo y hablábamos mucho de cómo hacerlo: pasar el «mono» a pelo, en casa, en el campo, bajo tratamiento médico, en un hospital... Yo pensaba en la propuesta de mi padre y era lo que más me convencía. La idea de pasar el cuadro completo del «mono» me aterrorizaba, ya que, desde que estaba enganchado, no había pasado nunca más de 15 a 18 horas sin inyectarme. Y, sin embargo, la idea de internarme en un hospital y desintoxicarme con fármacos y un tratamiento sustitutivo del caballo, era la única esperanza que veía de desengancharme enterándome lo menos posible del «mono». Por otro lado, veía la necesidad de demostrar a mi familia que iba a dejarlo. Desde que me descubrieron, estaban todos preocupadísimos y, sobre todo, para mí madre fue algo horrible.

Lógicamente, aquella relación y situación fue empeorando, ya que nos dimos cuenta, que le estábamos «haciendo la cama» a aquel tío durante todo el año. Él estaba sacando bastante pasta y nosotros no sacábamos nada, bueno, lo justo para ir tirando, y aún así siempre le debíamos. De todo ello nos dimos cuenta cuando tuvimos que largarnos de allí y no teníamos absolutamente nada, además de que la policía ya nos conocía.

Sí, claro, llegó un momento en que nos dimos cuenta de que había un movimiento extraño de coches rondando cerca del camino. Aquel lugar está cerca del Hospital Psiquiátrico ese...

Entrevistador: El del Carmen.

Sí, ese. Por allí no pasaba nadie, excepto algún interno de aquellos que daban vueltas y cuatro o cinco amigos nuestros que venían a pillar, como mucho. Bueno, también estaba el tío que vivía en la casa de al lado y que también se dedicaba al trapicheo. Supongo que nos verían los vecinos cuando íbamos a comer al restaurante de al lado, el de Madrazo, y también a uno que había más abajo. El hecho de ver a más gente, así como unas cosas y otras..., supongo que irían entrelazando cabos, y como la policía no tenía prisa, estaba esperando el momento más oportuno. Claro, que también nos podían haber seguido desde el parque Pignatelli. No lo sé, me imagino que todo. Ya te digo, veíamos cosas raras. Cuando estás acostumbrado a moverte un poco en la impunidad, siempre estás atento a detectar cosas anormales; no es que hubiéramos llegado a ese punto que tienen algunos de paranoia, al fin y al cabo, nosotros creíamos que nadie nos conocía. Teníamos malas vibraciones, nos entró el mosqueo y en una semana ya estábamos viviendo en Las Fuentes.

Allí nos largamos Raquel, Rafa y yo. Por aquel entonces Javi había sido descubierto por su padre pinchándose en el váter y su familia, que siempre le apoyó, le ofreció la oportunidad de desintoxicarse. Su padre tenía muy buenas relaciones con el doctor Martínez, que era el director del Hospital Provincial (por aquel entonces), así que le ingresaron y fue el doctor Lamota —al que posteriormente nosotros conoceríamos— quien le realizó la desintoxicación.

Ya tenía decidido ir a desengancharme al Hospital Provincial, aunque sin saber qué día, cuando me entró el mono más fuerte que había pasado hasta ese momento en casa. Llevaba 24 horas sin pincharme, no tenía ni un duro y mis colegas andaban mal. Era mediodía, no pude comer y me tiré retorciéndome,

pensando cómo podía conseguir un pico. Fue imposible que mi familia no se diera cuenta de lo que ocurría, y cuando cogí la cazadora, la cucharilla y la chuta para ir desesperadamente a buscar «algo», mis padres me hicieron comprender que no debía esperar más para ir al hospital. El principal motivo para ir fué el pensar que allí me quitarían el «mono» nada más llegar. Me metieron en un taxi y, al poco rato, un enfermero me metía una ampolla de Metasedín —Metadona, deribado del Opio— en la sala de Urgencias del provincial. El «mono» desapareció, me dieron un pijama y me subieron a la habitación que habría de ocupar durante una semana. Por la noche me pondrían otra inyección de Metasedín para poder dormir. A la mañana siguiente me vinieron a visitar el director del Hospital y amigo de mi padre, Ramírez Casado, el doctor Martínez —jefe de la sección donde me encontraba— y el psiquiatra Jorge Lamota. Este me dió a elegir el tipo de tratamiento a llevar: podía seguir con la metadona como opiáceo sustitutivo de la heroína, o podía empezar con una cura a base de pastillas que no crean hábito, convenciéndome de que era mejor optar por éste segundo tratamiento, ya que el Metasedín me podía provocar una nueva dependencia. Pasé toda la semana semi-dormido y atolondrado; las pastillas (Etumina, Luminal y Lepronex) me dificultaban muchísimo el poder vocalizar, leer, fumar o escribir. Por las mañanas tenía breves conversaciones con Jorge Lamota sobre la heroína, el tiempo que llevaba pinchándome, las dosis diarias que me ponía, como me planteaba el futuro, etc.

Jorge es un psiquiatra jóven, experto en casos de yonquis, comprensivo, que rompía la habitual barrera entre médico-paciente, y me cayó bien. Le fuí sincero en todo menos en mi idea de futuro: no sólo no tenía claro el dejar el caballo para siempre, sino que, además, veía muy probable que, en cuanto me ofrecieran una movida interesante, volvería a engancharme. Por falta de confianza y por la relación que él mantenía con mis padres, le aseguraba que tenía clarísimo no volver a la heroína jamás.

Cuando salí del Hospital, una vez superada la dependencia física, me encontraba en una situación de ansiedad, indecisión, depresión y hasta descoordinación muy fuertes. Empecé un suave tratamiento para disminuir la ansiedad durante el día y poder dormir por las noches, acudiendo de vez en cuando a la consulta particular de Lamota, donde hablábamos largamente de mi situación, una vez que le confesé mi verdadera idea del caballo, llegando a un acuerdo para que ésta idea no llegara a mis padres, que tenían la ilusión y esperanza tras mi estancia en el Hospital.

Jancho y Raquel también habían hecho una cura, idéntica a la mía, solo que en su casa, y atendidos también por Lamota.

La primera noche del año 83, escribí esto:

«El caballo y el rito de pincharlo es el vicio mayor que jamás haya conocido. Me acabó de hacer un «fix» y todavía me sigo bombeando. Bombearte mientras haces otra cosa que te guste, es algo de lo más apetitoso. Eres consciente de que te estás jodiendo el corazón,el hígado y el cerebro, y lo notas porque cada vez te dan más «toques». Pero, aún así, vuelves a pincharte y a bombearte con más fuerza aún, si cabe. Desde luego, ésto yo no lo podía comprender si no fuera un yonqui.

Hoy es el 1° de Enero de 1983. Para mí no hay diferencias entre las fechas navideñas y las fechas de cualquier mes del año. La gente espera ansiosa a que llegue la Navidad, porque saben que van a ser unos días llenos de alegría y felicidad; hasta los que no beben ni una gota de alcohol en todo el año, ahora hacen la excepción para brindar con champán, disfrutar de la obligatoria borrachera y practicar las órdenes de paz, alegría, amistad y diversión...

... Y a mí, la verdad, me da igual absolutamente que estemos a 24 de Diciembre o a 25 de Julio. El mismo estado de ánimo, las mismas privaciones, los mismos flipes, los mismos excesos... Nada cambia: ni soy más feliz, ni estoy más alegre, ni nada de nada.

Me estoy quedando dormido. Son las 3´30 de la madrugada, ya del día 2.

TERCERA ETAPA: la despenalización

Entre 1983 y 1984 va a iniciarse una verdadera avalancha, sobre todo de chavales muy jóvenes, que se pegaban todo el día sentados a la puerta de los futbolines o del pub de su barrio, que empiezan a pincharse, muchos sin haber probado un tripi o habiéndose fumado cuatro porros.

Pero en esa avalancha también hay universitarios, trabajadores, gitanos y gente joven de toda clase y condición.

Esto ocurre después de cuatro importantes acontecimientos de 1982 que repercuten muy directamente en el mundo de la droga: la Semana de las Fuerzas Armadas (que ese año se celebraban en Zaragoza, con la presencia del rey), los mundiales de fútbol, el viaje del Papa-Dios a Zaragoza (tres acontecimientos que implican una represión brutal contra camellos y consumidores) y la despenalización de las drogas, más propagandística —pero de grandes efectos públicos— que práctica.

Para los que desconfiamos de determinadas casualidades, estos cuatro sucesos guardarían una estrecha relación entre sí: una fuerte represión «final» con un claro componente de investigación y recopilación de datos que da paso a una liberalización, fuertemente controlada, gracias a los datos recogidos durante esta etapa represiva.

Y fue, precisamente, ese último acontecimiento (la despenalización) el que iba a determinar la transformación radical del mapa completo del caballo. De repente, surge un cambio muy importante respecto a muchas cosas: la forma de engancharse, la calidad del polvo, el carácter de barrio de los nuevos grupos, la propaganda descarada y desmedida hasta el aburrimiento con que se difunden, de manera siempre sensacionalista, los asuntos relacionados con la droga, un día sí y otro también, en prensa, radio, TV, cine... (una propaganda mucho más intensa y agresiva que la descrita en la etapa anterior). Llega a cambiar incluso el mismo significado de la palabra *yonqui*, y de otras como *enganche*, o *mono*. Si un yonqui antes podía necesitar 20.000 ó 40.000 pts. diarias para no tener mono, desde el 83-84 con 2.000 ó 4.000 basta, por lo que se producen a mogollón los

pequeños robos «al descuido». Del típico yonqui atracador armado se pasa al típico yonqui que roba dos botellas de *whisky* en el supermercado para venderlas después en algún bar.

Los centros del caballo se han dispersado ya completamente por toda la ciudad: San José, Delicias, Casetas, Alagón, Picarral, Torrero, Oliver, Las Fuentes, La Química...

Centenares y centenares de jóvenes «se enganchan», sólo que la intensidad del enganche (y la calidad del polvo) ha descendido considerablemente respecto a la etapa que le antecede.

Recuerdo que, en 1979, una amiga que llevaba tres años pinchándose a lo grande comentaba que ella no era yonqui, que solo lo sería si estuviese todo el día en la cama, sin hacer otra cosa que dormir, dar palos y meterse un pico detrás de otro. (Es de destacar que en esa primera generación el libro de Burroughs *Junkie* era una especie de Biblia; por lo que sólo consideraban yonqui al que lo era al estilo Burroughs, es decir, con el mayor enganche posible sin llegar a estar muerto del todo.)

En la que hemos denominado segunda generación (o segunda etapa), el heroinómano asume su condición de yonqui, caracterizada por una dependencia física y psicológica total de la heroína, puesta de manifiesto cuando, al pasar varias horas desde el último pico, aparecía la primera fase del mono. Y se entendía por *mono* al conjunto de fases producidas por la ausencia de caballo, pudiendo llegar en la última de ellas (si el enganche era fuerte) a la pérdida de la conciencia, el estado de coma o incluso a la muerte.

Por contra, desde la tercera generación se entiende por *yonqui* al que se pincha (como en los orígenes de la

palabra), aunque no tenga una dependencia física y psicológica. Y, de la misma forma, se entiende por *mono* a lo que antes considerábamos como su primera fase.

Ahora hay chavales, y no tan chavales, que llaman *mono* a las ganas de meterse un pico, aunque no tengan ni el mas mínimo síntoma del síndrome de abstinencia. Y se creen «enganchados» (con las terribles consecuencias que eso conlleva) por haberse metido cuatro picos de corte con un cuatro por ciento de heroína.

Lo más grave es que estas personas que se creen enganchadas, psicológicamente llegan a estarlo, y si oyen que el enganchado roba, mata, tiene el SIDA y es un problema muy importante para la sociedad (lo que machaconamente se dice desde todas partes), entonces estarán a un solo paso de robar, de matar, de tener el SIDA y de creerse muy importantes. Y sin que hubiera otro motivo más fuerte para ello que la publicidad del caballo y la falsa aureola que le han creado.

De todas formas, hay que destacar de nuevo que, a partir de la supuesta despenalización, no sólo se produce el fenómeno de la mencionada avalancha de jóvenes hacia el caballo, sino que, además, se produce el fenómeno (que supongo no será positivo) de rebajar al máximo la intensidad de los enganches. Se podría decir que, con la despenalización, el «problema de la droga» se ha extendido considerablemente en cantidad, pero se ha reducido aún más en calidad.

Seguimos trapicheando, eso sí, cambiamos las citas, pero en los mismos lugares. Un día de estos llegó el tío este que vivía al lado de nosotros en el camino de la Abeja; por lo visto, le había detenido la policía y le había preguntado por nosotros. Nada más que supimos esto, Rafa se largó.

A ese mismo tío, a el que nos avisó, era para darle una buena paliza, porque luego, al cabo del tiempo, metieron en la cárcel a mi hermano por su culpa. Por lo visto lo pillaron, al tío este, con unas historias de oro y tal,

y dijo que mi hermano se las había dado y, como eran robadas, claro... También vendió a alguno más, por lo que aún lo están buscando, lo han sentenciado a muerte por algo con alguno de estos camellos que son más quinquilleros.

Rafa pilló lo que quedaba de caballo, mandó unos ocho millones a su hermana o algo así y se largó para su pueblo. Fue en este momento cuando iniciamos la primera desintoxicación. Las cosas por aquel entonces iban muy mal: nuestra casa de Las Fuentes —los vecinos— se estaba quemando, Rafa se piraba y nos dejaba colgaos sin caballo para vender ni para nuestro consumo, la policía andaba ya detrás de nosotros, no nos tenía fichados pero sí nos había echao el ojo. Al principio, cuando llegamos a esta casa, ni siquiera nos habíamos planteado dejar la heroína, al fin y al cabo, teníamos suficiente en casa, pero cuando se las piró Rafa...

Nos lo planteó Javi; él se había desintoxicado y nos lo ofreció: «Si yo he salido, vosotros también podéis salir».

Llevamos el mismo tratamiento que Javi durante unas semanas pero en nuestra propia casa. Este tratamiento era seguido por el doctor Lamota, el cual venía a vernos a casa todos los días, tomándonos la tensión y todo eso. También estuvo Javi apoyándonos siempre, haciendo la comida, compañía... Nosotros por aquel entonces estábamos demasiado lelos con los fármacos como para hacer algo. Aquella abstinencia al caballo duró un mes.

Una vez desenganchados tuvimos que volver a buscarnos la vida y, como no teníamos ninguna manera de sacar pelas, comenzamos otra vez a trapichear con heroína. Los contactos surgen y con la gente que conoces siempre hay alguno que va a hacer algún viaje, y entonces te van dejando cinco gramos y cuando los vendes te vuelven a dejar y así. Siempre hay alguno que tiene una onda y te deja algo. Y ya que lo tienes, consumes.

Nos piramos de aquella casa, en la que apenas estuvimos un par de meses, para ir a vivir a una bocacalle de la calle de Don Jaime. Mientras tanto, en este trasiego de ir de un lado para otro, la policía iba detrás de nosotros, cosa que no conocíamos. La nueva casa era muy grande, de ciento cincuenta o doscientos metros y la dueña que nos la alquiló lo hizo por cinco mil pesetas a la semana, la única pega que puso era que su hijo —que era también un drogadicto— tenía una llave y venía a dormir de vez en cuando. A esta casa me traje lo que tenía de instrumentos de joyería,

para intentar ganarme la vida, sin embargo, aquello era poco productivo, a lo sumo, un par de encargos a alguna tiendecilla y a amigos. Por supuesto, el trapicheo debía continuar para ello hacía viajes en el día a Lérida, cogiendo el autobús a las seis de la mañana o así y volviendo a la una del mediodía.

Durante esta época mi relación con Javi se distanció. Él estaba desenganchándose y metido a trabajar en publicidad. Al principio, en un taller con unos amigos, pero luego se piró de allí y montó uno con otros tíos pero ya como socio; aquello no funcionó y comenzó a trabajar él solo de forma reivindicativa.

Inevitablemente íbamos a tener problemas con el hijo de la dueña de la casa. En una de las veces que vino me mangó un par de chupas: una de cuero y otra de ante, así que se lo dijimos a la casera.

—Ah, ¿y yo qué queréis que haga? Eso es cuestión de mi hijo.

Así que decidimos no pagarle los mil duros a la semana que le dábamos. Llegó un momento en que cambió la cerradura y nos fuimos a vivir a la buhardilla de un colega en la calle de Predicadores. Aquello duró unas semanas y Raquel se fue a casa de sus padres en Rentería y yo, a casa de mis viejos. Fue un año de muchos cambios. Antes de mudarnos, cada uno a casa de sus padres, iniciamos otra desintoxicación a cargo de Lamota, pero esta vez con Metasedín. Así que llegamos a casa de los viejos medio desenganchados. Cuando volví a casa fue porque no tenía otra salida: el taller se había quedado en la casa aquella, Javi estaba en su rollo y Raquel se había ido. Ahora pienso que si hubiera tenido un medio para «reinsertarme» —que es como dicen— tal vez lo hubiéramos conseguido, pero al encontrarte sin un duro, ni nada que hacer y con el hueco que deja la heroína..., te tienes que buscar la vida como sea.

En casa de mis padres no tuve que dar ninguna excusa para volver. Por supuesto, ellos no sabían que yo me pinchaba. Volví, me aceptaron y ya está. Luego, más tarde, hubo malos rollos con mi padre, pero eso fue cuando volvió Raquel al cabo del mes o por ahí.

Cuando ella regresó empecé a acudir más tarde a casa y todo eso que pasa; entonces, mi padre, que era muy autoritario, empezó a echarme la bulla. En una de aquellas, que fue una bronca gorda, cogí la puerta y me

fui a vivir con Raquel a casa de una amiga nuestra en la calle Mayor. Sin embargo, Raquel no tenía tantos problemas en casa, de hecho, sus padres estaban deseando que volviera; bueno, al principio su padre, que era muy facha, no quería saber nada de ella, pero sus hermanos, que siempre estaban más o menos preocupados, si que se interesaban. Con estos mantuvimos relación de escribirnos cartas e incluso uno de ellos vino a la parcela de Garrapinillos a ver cómo estábamos y otra vez, a casa de mis viejos, aunque no recuerdo el motivo de esta visita. El hecho es que manteníamos un contacto que al principio no se había producido.

Así que volvíamos a estar juntos y volvíamos a tener que buscarnos la vida. Creo que fue en esta época cuando estuve currando en una campaña electoral, no sé si era por el PAR o por algún otro partido, pegando carteles por las noches. Aquello se nos daba bien por nuestra experiencia política en la Joven, además teníamos controladas las paredes en las que podías pegar doscientos en una hora, y a veinte pelas por cartel..., entre los que pegábamos y los que tirábamos, durante los quince días que nos contrataban sacábamos nuestras pelas. También estuvimos haciendo algún trabajillo de vender libros y rollos de esos, pero, bueno, que duraban dos días y teníamos que volver a los trapicheos de costo, caballo y demás; y una vez que tienes el caballo en casa vuelves a engancharte.

Por aquel momento las zonas de trapicheo iban cambiando. Así como al principio era el parque Pignatelli y alrededores, ahora era la calle, Ram de Viu, en el Chelsea, al lado de la universidad y toda esa zona.

Estábamos otra vez en el rollo del trapicheo chungo cuando me vino un colega para ofrecerme una inversión de pelas y tal..., de caballo concretamente, y para ello había que realizar un viaje a Amsterdam. En aquel momento yo tenía a un tío que me estaba dejando para vender, así que hablé con él sobre el rollo de la inversión:

—Tío, yo tengo unos contactos allí de puta madre —eso me dijo.

Y sin pensarlo dos veces nos metimos en el asunto. Nos pusimos de viaje dirección Amsterdam Raquel, yo, el intermediario, la moza de este, el colega que ponía las pelas y su millón de pesetas. Alquilamos un coche aquí y a partir de ese momento empezó la ruina de viaje, porque entre el

alquiler del coche, las dos noches que pasamos en Amsterdam y la ruta por Lérida para pillar algo de caballo para el viaje, nos costó cerca de las doscientas cincuenta mil pesetas. Nos habíamos ido por la ruta de Port Bou y ya se nos estropeó el coche nada más iniciar el viaje, teniendo que ir a la agencia que nos lo había alquilado para que nos lo cambiara. Una vez hecho el cambio nos dirigimos directamente hasta Holanda. Cuando llegamos a Amsterdam el intermediario se fue a buscar, sus contactos y nos trajo un caballo para probar. Aquella heroína era muy buena, pero ya desde ese momento nos empezó a decir que, aunque era muy buena, también era muy cara y que habría que pagar seis mil pelas el gramo, pero como en Zaragoza lo podíamos vender por ocho o nueve mil, nos salía a cuenta. Así que aceptamos. Yo me fiaba de él porque se movía con soltura y me inspiraba confianza, además, me había estado pasando caballo para vender en Zaragoza, con lo que me había estado ayudando más que otra cosa. Compramos unos setenta gramos de aquel caballo, lo escondimos y pasamos la frontera. Otra vez se nos volvió a estropear el coche, esta vez en Donosti, por lo que otra vez nos volvió la agencia a cambiar el coche. Cuando llegamos a Zaragoza y nos íbamos a ir cada uno por su lado nos dimos cuenta —el colega que había puesto la pasta y yo— que nuestro intermediario nos había hecho la pirula. No sabíamos cómo pero nos había dado la vuelta con el caballo. Aquello era invendible. Bueno, aún así teníamos que pasarlo como fuera y empezó la gente a comentar por ahí que teníamos heroína en abundancia. Creo que sé quién fue el tío que se chivó a la policía, o tal vez fuera esta quien ató los cabos a través de sus métodos, no lo sé, el hecho es que por aquel entonces Raquel y yo vivíamos en una pensión y una noche que yo llegaba, transcurridos tres o cuatro días después del viaje, me estaba esperando en la puerta de abajo de la pensión el Grupo de Estupefacientes. Estos ya habían subido y registrado la habitación, encontrando dos gramos y medio de heroína, yo solía tener entre cinco y diez gramos, que era lo que me pasaba el tío que había puesto las pelas para que yo lo vendiera, pero en aquel momento sólo tenía esos pocos gramos. Me metieron en el coche y me llevaron a comisaría, donde estaría tres días. Por lo que decían, debían saber que había hecho un viaje pero no tenían ni idea de con quién, ni cuándo, ni cuánto había traído, así que intentaban sonsacarme.

—Nos dices quién tiene el mogollón y te vas a la calle con tus dos gramos y medio.

No dije nada, así que me llevaron a la cárcel. Aquel marrón me lo comí yo. A Raquel la interrogaron y la soltaron enseguida. Me querían meter trá-

fico pero, como sólo estaban los dos gramos y medio, me metieron la antigua ley de vagos y maleantes..., la ley de peligrosidad social. Con aquella historia te podían meter tres años por la cara, por no tener trabajo, por ser drogadicto y demás... Cuando llegó el forense me vio las marcas y tal y dedujo que estaba enganchado, hizo un informe sobre mí super chungo, en plan de peligroso social y demás, e incluso mi propio abogado me preguntó:

—¿Qué le has hecho al forense? Parece que le hayas matao a su madre.

Allí no hubo juicio ni nada, ellos me habían encerrao por peligrosidad social así que simplemente se llegaba a un tejemaneje entre mi abogao, que fue un tal Berzosa que pertenece al bufete donde trabaja mi hermana, el juez y el informe del forense. Me metieron un mes en la cárcel, justo el tiempo que le llevó a mi abogado convencer al juez de que la toxicomanía no era un delito en sí y que no por ello tenía que delinquir.

El mes en la cárcel de Torrero lo llevé más o menos bien. Lo peor, sin duda, fue el mono que pasé. Allí sólo te daban unas pastillas superchungas, tipo a las ituminas, por lo que ni siquiera las probé. Fue el primer mono de verdad que tuve: quince días sin dormir, a lo mejor, dormiría unas cinco horas en todos aquellos días. Toda la noche me la pegaba en vela, hecho polvo. En el patio de la cárcel la gente jugaba al frontón o al fútbol, en aquellos cincuenta metros de punta a punta. Yo me sentaba a mirar lo que hacían los demás porque ni siquiera era capaz de atravesar sin asfixiarme aquellos metros de patio. Me introdujeron en el módulo de menos historial y peligrosidad, ya que era la primera vez que entraba. Allí encontré a gente con la que había estado en el calabozo de la comisaría y a algún camellete. Durante aquel tiempo no consumí nada, algún porrillo, pero pincharme, no. En aquel momento la cárcel era distinta a lo que es ahora en aquella época la mayoría de la peña estaba por atracos y gente de esta que va buscando broncas, no como ahora que el ochenta por ciento está por delito de drogas. El único problema que tuve es que mientras mi gente se estaba moviendo por sacarme de allí y llevarme al hospital, alguno del trullo, que sabía que yo pasaba historias en la calle, me empezó a comerme la cabeza para que escribiera a mis colegas pidiéndoles que me mandaran algo. Javi debió de ver desde el principio que aquella carta no que estaba influenciada por otra gente. Incluso a la hora la había escrito yo, de redactarla se podía leer «nosotros» en cuenta de «yo», así que no me mandó nada; además, había mucha gente implicada intentando sacarme

de allí: Javi, su padre, el Martínez, el psiquiatra... Si en aquel momento hubiera habido algún problema habría jodido a todo el mundo.

<u>Jueves, 27-Oct-83.</u>

Hola Jancho.

¡ Qué alegrón me acabo de llevar ahora mismo al leer tu tercera carta !. Es demasiao. Cuando me han dado el sobre, he pensado: « a ver qué cuénta ; ¿habrá alguna nueva petición del JuanMa?, ¿cómo responderá ante lo que ponía en mi anterior carta?...» y cosas así. Aunque esperaba que reaccionaras como lo has hecho (tal vez simplemente por CONFIANZA) no te puedo negar que tenía mis serios temores.

Escribir la otra carta me fué muy difícil, porque te tenía que dar una respuesta rápida a lo que me solicitabas, por supuesto sin consultar con nadie puesto que es un problema tuyo y mío exclusivamente, y veía la posibilidad de que, al no enviarte «nada», sintieras un rechazo hacia mí, interpretando mi actitud como que «paso de tí», que «no me enrollo», que «solo voy a lo mío», u otras Falsedades que, en un momento dado, podrías pensar en una situación de comidas de coco, encerrado tras las rejas, y —sobretodo— oyendo los comentarios que supongo habrían hecho de mí, al ver que el «pegaso» (caballo vía aérea) no llegaba. Comprendo perfectamente que, en esa situación, hayas sentido algún rechazo hacia mí. Y eso lo pensaba yo antes de escribirte, por lo que —como te decía— me resultó cantidad de difícil hacerlo. Pero después de leer lo que me pones ahora, no solo me he tranquilizado cantidad, sino que además me he sentido útil (cosa difícil en mi, aunque cada vez menos) al Desde luego, la tuya me ha servido a mí para mucho; ha sido como un cóctel natural de sensaciones alegres, tranquilizantes, estimulantes y tremendamente vivas. Si tu me das las GRACIAS, yo no voy a ser menos cortés que tú: ¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, GRA-

CIAS, GRACIAS...! ¿Queda así claro lo que te agradezco tu carta, o prefieres que siga poniendo «GRACIAS»?

Chorradas a parte, te aseguro que me ha llegado al corazón.

¿No te resulta curioso que tengamos éste tipo de correspondencia? Es como meternos en el túnel del tiempo, o lo que es mejor, como salir del túnel de las tinieblas. Como despertarnos a la vez de una pesadilla, y ver que nos espera un día guay a los dos.

Hablando de otro tema, yo creía que allí ibas bien de pelas, o por lo menos para tabaco y comida sin problemas. Por eso no te preocupes, que ahora mismo voy a hablar con quien sea para ver en concreto cómo te puedo meter pasta, y ya te voy a empezar a ir metiendo algo, aunque sea de poco en poco, dependiendo de lo que saque. Yo no tengo un duro, pero no tengo mas que pedirlo a la cuadrilla de la Joven y si les digo para qué es, me darán lo que puedan inmediatamente, y no como préstamo sino como «ayuda para la causa».

El tío ese que salió del talego y al que le diste un recado para mí, no sé quien es, no ha llamado y —como suponías— debió de pasar de todo.

La carta te la mando urgente por varios motivos. El primero, que te llegue y la leas pronto, siguiendo gustosamente tu petición. Me gustaría que te llegara antes del Fin de semana y supongo que siendo «urgente» te llegará.

Además, con un poquito de suerte, ésta será la última que te envíe a la Avenida de América. Como ya sabrás, los papeles de tramitación de tu traslado al Hospital Provincial están rodando, con lo que es muy posible que en unos días vayas a unos metros del Corona de Aragón. Supongo que tendrás muy claro lo que sucede, tu situación legal, lo que estamos haciendo y lo que se puede o se debe hacer. De momento, lo más importante es

que salgas de ahí y te lleven al Provincial, dada la situación creada por el informe del médico Forense. Con el Berzosa habrás hablado de ello.

Y una vez en el Hospital, bajo una responsabilidad médica ya Firmada, el salto a la libertad total será algo palpable.

El Lamota ha asumido una gran responsabilidad, ya que —por el escrito de Casado— se deduce que él es el encargado de responder por todo lo que tu hagas allí. hay más responsabilidades en ésto, ya que sin el escrito de Casado no se podría tramitar nada, y sin las gestiones de mi padre no habría existido el escrito de Casado. Pero, sobre todo, sobre quien recae prácticamente toda la responsabilidad es sobre Lamota.

Piensa un poco en lo que te digo porque creo que debes de valorar el compromiso que contraes con Jorge Lamota desde el momento en que él (aun sabiendo los riesgos que corre) ha querido voluntariamente responder por tí para hacer posible tu salida del talego y lo que eso implica: que la pena, reducida a lo mínimo posible, se cumpla sin rejas ni maderos.

Llegó el momento en que me trasladaron al Hospital Provincial para realizar una cura de desintoxicación que duraría dos meses. A la salida de la cárcel me esperaban mi hermana y el abogao; me llevaron a casa de este para que me diera una ducha, comimos y nos fuimos al hospital. Al poco de ingresar en el hospital entró un mozo de Torrero que era muy cachondo, lo habían pillado vendiendo chocolate en la mili y después de eso le dio un ataque de epilepsia por lo que lo trajeron al Provincial; también allí conocí a un chaval italiano que era carrilero y que había ingresado por sarna y un amiguete que ha muerto este año (1998) por hepatitis. También todas las visitas que quisiera, ya que tenía régimen de hospital, entre estas tuve la de Raquel, que una vez que a mí me metieron en la cárcel, mi hermano Vicente la convenció de que aquí no hacía nada, así que volvió una vez más a casa de sus padres en Rentería.

Esta vez sí que se enteraron mis padres de que era toxicómano y eso que les conté una bola de que «no sé qué en San Sebastián y tal...»; pero supongo que era demasiado evidente. Durante aquellos dos meses no hice nada, excepto comer, llegué a engordar quince kilos y pesar sesenta y tantos kilos, hecho que jamás me ha vuelto a pasar, y es que cuando dejas la droga te hinchas, no es que te engordes, te hinchas.

Allí podía ir de un lado para otro, incluso si hubiera querido me podía haber pirao tranquilamente. El tiempo lo empleábamos haciendo chorradas. Cuando me juntaba con alguno de aquellos colegas mandábamos a alguien, que nos comprara una botella del licor que fuera y, aunque allí estaba prohibido beber, nosotros escondíamos en un agujero las botellas, luego, cuando íbamos andando por el pasillo dando vueltas, simplemente, o jugando haber quien tiraba la zapatilla más lejos, nos parábamos donde teníamos el arsenal y nos echábamos un trago. La gente nos veía echarnos risas mientras íbamos de un lado para otro y se preguntaban: «A estos, ¿qué les pasa?». En una de estas, un guardia de seguridad encontró las botellas vacías.

—Oye, ¿vosotros no sabréis nada de estas botellas que han aparecido por ahí?

—No. Nosotros no sabemos nada.

—Si no es por vosotros, sino porque hay mucha gente aquí que es alcohólica.

Aquel tío tenía razón. Recuerdo a un hombre que estaba allí ingresado por alcohólico que se quería largar a toda costa y los médicos y enfermeras le intentaban convencer de que no se fuera: «No se vaya, que, si no, volverá peor». Pero el tío se las piró y al cabo de cinco días volvió con un *delirium tremens*. Recuerdo que venía sentado en una silla de ruedas y, bueno, a cinco metros de distancia te echaba hacia atrás de la olor de haberse cagao, meao y todo eso. Además, tenía la expresión de la cara totalmente descontrolada, con unos ojos muy abiertos, como si no supieran dónde estaban, ni lo que veían. La situación debía de ser muy grave porque incluso los mismos del hospital, para aliviarle el síndrome —me imagino— le iban dando vasicos de vino. Me quedé flipao, o sea, me río de todos los monos de heroína que he visto y que he sufrido comparao con aquel *delirium*.

Al cabo de meses volvió a venir el forense de marras. Me vio y, claro, después de todo lo que me había engordado, me dijo: «Bueno, ahora ya estás bien. Te puedes ir del hospital».

Salí para diciembre de 1983, después de que me mandaran un tratamiento ambulatorio que debía seguir ahí al lado de la Plaza de los Sitios. Tenía que ir todas las semanas un par de veces, pero, como vi que aquello no tenía ninguna importancia, que no me podían meter en la cárcel simplemente por el hecho de no ir, pues pasé de ir.

VII 1984

Enero-febrero de 1984

Cuando salí me fui un par de meses a vivir a casa de mi hermano, pero regresó Raquel a principios del 84 y nos fuimos a vivir a casa de una amiga. Allí, en la calle de San Lorenzo, comenzamos a buscarnos la vidilla. Como ambos estábamos desenganchados, el gasto que teníamos era mínimo y siempre salía algún trabajillo, pero poca cosa. Así que volvimos a trapichear entre la peña. Al principio era hachís, pero luego nos hicimos con una historia de caballo y seguimos con esta, volviéndonos a enganchar. Lo que pasaba era que te levantabas sin un duro, y funcionar todo el día sin pasta; pues...; así que empiezas a trapichear con un poco de costo, pero luego te haces con una onda de caballo —que es, sin duda, una forma más fácil de buscarse la vida— y... terminas enganchándote. El trapicheo de hachís aún podía darnos para vivir, pero lo que ocurre es que te introduces en el mundillo de la gente que está metiéndose..., te tienes que mover por unos determinados círculos donde hay consumo, y encima, tú no tienes claro el porqué de las cosas, no tienes muy bien analizado el por qué haces eso, entonces te vas metiendo sin pensarlo y vuelves una vez más a estar otra vez totalmente enganchado.

En este momento comenzamos un nuevo ritmo de consumo muy diferente al anterior; así como antes nos metíamos unos cuantos gramos dia-

rios, en este momento era muchísimo menor. Antes teníamos la onda de Rafa, disponiendo de todo el caballo, ahora nos daba igual meternos mil pelas que diez mil, nos seguíamos encontrando igual.

Durante este año y siguientes comenzamos un periplo de tiempos enganchados y desintoxicados en decenas de viviendas de todos los lados de Zaragoza.

De la casa de esta amiga nos marchamos al cabo de los dos o tres meses a un nuevo piso, que encontramos por el periódico, en el Barrio de Jesús. En esta época recuerdo que nos vino a pillar algo de material un tío recién salido de la cárcel. El tío aquel se metió no sé cuánto, pero era muy poca cantidad, y empezó a ponerse morao y a quedarse seco, entonces nosotros tratamos de reanimarlo: primero, lo pusimos de pie, para que andara, pero no había manera porque era grandísimo; luego le dimos no sé cuántas hostias, pero nada; le estuvimos dando masajes hasta que se nos ocurrió la idea de meterlo dentro de la ducha con cambios de temperatura, y ya el tío se reanimó, pero: «Joder, macho, por aquí no vuelvas». No sería la última vez que lo haría, más tarde, resucitaría a tres o cuatro más y eso que yo para esto del caballo siempre he sido muy prudente y nunca, en todos estos años, he tenido una sobredosis.

Fue por este tiempo cuando a través de mi hermana Pili conocí a un mozo que había estado enganchado en tiempos y que ahora lo volvía a estar, cuyo padre tenía una joyería en el palacio de Sástago y, por lo visto, necesitaba a alguien que supiera currar en esto; cuando se enteró de que yo había trabajado en el oficio me ofreció el curro. Otra vez volvía a trabajar en algo que no fuera el trapicheo; bueno, aún lo seguíamos manteniendo, creo que por aquella época teníamos una onda de un tío que hacía viajes a Amsterdam y que, por lo visto, se murió el año pasado. En este trabajo yo podía ir a la hora que me diera la gana, pero también es verdad que era el único que trabajaba. Se suponía que el tío que me había contratado tenía que hacer los diseños y tal, pero la verdad es que siempre buscaba a gente para que trabajara por él y luego les mal pagaba, si es que les pagaba. La joyería tuvo que cerrar debido a que se había comprado el edificio y nos tuvimos que llevar los bártulos a un macrotaller que se había montado la peña ocupando un palacete en la calle de Santa Cruz. Allí había gente que pintaba, hacía carpintería... Nosotros todo lo que hacíamos era por encargo de algunas personas y también para alguna tiendecilla de por ahí.

Este año se le pusieron muy mal las cosas a mi hermano Ramón, ya que un tío al que le cambió un par de historias de oro robadas por heroína se chotó a la madera cuando le trincaron con las joyas, diciéndoles que había sido mi hermano quien se las había dado. Por aquel entonces mi hermano vivía en un piso con un par de estudiantes que ni siquiera le conocían, y fue precisamente allí donde la policía le arrestó. Estando ya en los juzgados en frente del tío que se había chotao le dijo: «Mira, si firmas que yo te he vendido el oro robao, yo diré que tú me lo vendiste a cambio de caballo». Si mi hermano decía eso ante el juez, a aquel tío le podían meter tráfico, por lo que terminaría tan jodido como él. Por supuesto, el tío este se retractó, pero aquello no sirvió de nada, ya que había testificado en comisaría otra cosa bien distinta. Además, la policía tenía varias pruebas contra mi hermano: una huella suya en un piso robado, una vieja que le vio saliendo corriendo por el pasillo, una pieza de oro vendida a un prestamista...; total, que le metieron seis u ocho asaltos a casas y doce años de condena. La verdad es que mi hermano se pegó todo un año entrando en pisos.

Nosotros nos enteramos de la detención y de que el juez ponía una fianza de doscientas cincuenta mil pelas y desde ese momento intentamos conseguirlas. Yo la pasta la iba consiguiendo a través del trapicheo, y Raquel cantando. Tenía muy buena voz, así que por medio de un amigo le hicieron una prueba de voz y ya directamente la contrataron. Con aquello sacaba alrededor de ocho o diez mil pelas diarias y como los vicios los llevábamos pagados, y algún par de cosas más, pues íbamos ahorrando algo, pero se pasó el plazo que puso el juez y no habíamos conseguido todo el dinero necesario.

Con la pasta que habíamos reunido nos volvimos a cambiar de piso, yéndonos a un piso en la calle de Boggiero.

A finales del 84 las cosas seguían rodando muy chungas. Mi hermano estaría en la trena durante cuatro años y medio, nosotros estábamos enganchados, el macrotaller había sido desocupado, yo había cortado mi relación laboral con el jeta este y ahora teníamos que cambiar de onda.

El año 85 comenzó con novedades. A través de los contactos de mi hermano Ramón entramos en negociaciones con ondas de gitanos. Estos eran una familia que había venido de fuera —concretamente de Salamanca— y que al principio había llegado un hermano, luego otro y otro, así hasta el resto de la familia. Estos habían comenzado montando un bar que

estaba en la calle de Pignatelli y luego abrieron otro en la misma calle, el cual se hizo famoso porque iba todo el mundo a pillar costo; pero luego se pasaron al caballo viendo que era más rentable. Todo era secreto ya que eran los primeros gitanos que se dedicaban al tráfico de drogas y ni en la Quinta Julieta, ni en La Paz, ni en el barrio Oliver se traficaba. Para los gitanos, los yonquis eran lo más marginal que se podían echar a la cara. Se mantenían lejos, incluso les tenían miedo, ya que decían «que nos estábamos matando» y tal y cual. Tenían un miedo atroz a todo esto del caballo. Así que al principio lo del tráfico entre los gitanos fue en una o dos familias; luego, más tarde, se metieron un montón. Entre ellos no hubo problemas, lo que ocurrió es que no querían que sus hijos se metieran; así que estos no iban a su familia a comprar la heroína pero sí que iban a la de al lado, que sin ningún problema les vendía y eso que intentaban que no se supiese. Luego, la mala higiene que tenían, unido al enganche del caballo, pues... La mayoría de los que comenzaron por aquella época están muertos.

Al principio, cuando empezaron estos a traficar, que sería sobre el 82, solamente lo hacían en el Gancho, pero luego ya se extendió al barrio Oliver y La Paz, comenzando la peña a engancharse y a sirlar por el centro a todo el que podían. Yo recuerdo que cuando íbamos a las graveras, allí había muchas chabolas que vendían, pero tenías que ir en un coche con media docena de tíos y con algún palo que otro porque había muchos gitanos jóvenes dispuestos a darles el palo al que fuese. Así que tenías que ir preparao: entrar en la chabola, comprar y marcharte zumbando. Luego, cuando cerraron la Quinta Julieta y extendieron a todos los gitanos por los distintos barrios, siguieron con la venta pero esta vez por toda Zaragoza. Ahora gran cantidad de esos gitanos tienen su casa, su chalecico o su terreno en Pastriz, Movera, Juslibol o donde sea.., y todo eso —la mayoría— lo ha sacao con el caballo. A mí y a Javi nos tenían vistos de trapichear por ahí, así que cuando nos pillaban a solas nos venían a amenazar, sacándonos la navaja y demás, por lo que teníamos que darles algo o recibir una paliza.

De aquellas épocas me acuerdo de un tío que llamaban «el Pinkie», que iba del mismo palo que los «José-joseses», es decir, un follonero. Este tío subía a las casas de los camellos y les quitaba todo lo que podía a base de navajas, amenazas... Por lo visto, un día entró en casa de un tío que traficaba y le arrancó a la mujer de este una cadena de oro que llevaba el marido, entonces, sacó un escopeta de caza y le metió un tiro en las piernas. «El Pinkie», medio cojo, le dijo: «¡Te voy a matar!», y no sé qué más. Así que volvió a apuntarle, pero esta vez en la cabeza y le disparó. Allí se acabó la vida del «Pinkie».

En los «José-joseses» estaba el padre, que era el típico patriarca gitano, que había sido chulo de putas y tal —muy respetao por la comunidad—; los hijos de este, aprovechando el respeto que le tenía la gente a su padre, iban metiendo palizas a la gente por cualquier chorrada: porque les miraban mal, porque decían ellos que les habías mirado mal o porque les daba la gana y rollos de esos... Al principio, iban de alcohol pero luego empezaron a fumar y a meterse. Pero estos no eran importantes en el rollo del tráfico, tenían la fama de agresivos y ya está. Los que te contaba antes, esos sí que controlaban pasta, tenían caballo y lo dejaban a otros, de tal manera que nunca daban la cara. Con esto sacaban un montón de pasta y la gente empezó a pedirles favores.

También me acuerdo que por esta época había movidas importantes en barrios como Torrero. Por lo visto, por allí debía de funcionar una banda de atracadores que les pilló la policía en medio de los pinares; a uno de ellos —por lo que dicen— le metió un tiro la policía y luego le pasaron el coche cuatro o cinco veces por encima.

Aquella onda de los gitanos era casi una exclusiva mía, ya que ellos sólo pasaban a otro tío y a mí. Por lo visto, estos hacían viajes a Amsterdam o mandaban correos que les traían el caballo y luego nos lo pasaban a nosotros. Más tarde empezaron a pasar a más peña, pero detrás de todos había una mafia total, ya que te ibas a pillar al Arrabal o al barrio Oliver y el polvo era el mismo, más o menos cortao, pero la misma heroína. Es como ahora los árabes y los negratas que llevan la misma onda de hachís si antes la heroína la traían de Holanda, ahora llegan en cargamentos desde Galicia distribuyéndose a toda España, y de aquí para Europa.

Los gitanos

Hasta ese momento (82/83) los calixtos se habían mostrado totalmente reacios e impermeables, en bloque, ante el avance del caballo, incluso los jóvenes más drogatas y delincuentes. Podríamos mencionar muchos ejemplos, pero hay uno que, por sí solo, representa con toda claridad esa actitud monolítica hacia el yonqui y el caballo. En

una bronca en un puticlub de la calle de Jorge Cocci entre yonquis y gitanos (entre ellos, los famosos «José-joseses» hijos) se presentó inmediatamente el gran José José padre y, separando a los calorros de la barrila (cosa extrañísima para quien conociera al José José en aquella época), les recriminó su actitud, gritándoles: «¿Pero qué hacéis?, ¿no veis que son yonquis?». Los gitanos, incluso los más violentos antipayos, respetaban a los yonquis, a quienes consideraban locos suicidas capaces de cualquier barbaridad, renegados de la «raza paya» y perseguidos por ella, endemoniados por el satánico y misterioso caballo. Esa actitiud mantenida en bloque, con alguna extraña excepción, por toda la raza, se manifestaba todavía en el 81 y en el 82 cuando el grupo más violento de paleros de La Paz (encabezados por «el Rubi») se presentaba en el «Gancho» o en el «Utopía» para dar el palo a quienes no pudieran denunciarles: los camellos de nivel bajo. Les quitaban todo lo que llevaran encima, les metían algún golpe y se abrían. Pero si en el cacheo —del más puro estilo policial— aparecían papelinas, aunque fueran veinte mil pelas, dejaban al camello en paz, en muchos casos sin quitarle siquiera el dinero.

Según los datos que tenemos de ciudades como Valencia, Madrid o Barcelona, esa actitud de miedo/respeto no era exclusiva de Zaragoza, sino que ocurría lo mismo en todo el Estado. (Euskadi es otra historia totalmente distinta.)

Pero en 1983 algunos gitanos presos o chorizos, que venían consumiendo costo, anfetas o tripis desde hacía tiempo, empiezan a meterse algún pico y, a juzgar por la rapidéz con que se engancharon, aquello debió de gustarles.

A nosotros nos llamaban, sin mucho sentido, «renegados de la raza paya», pero lo que no admite dudas es que

el calixto enganchado no sólo es un renegado total de su raza, sino que, además, es un auténtico peligro amenazante para la continuidad de los valores más sagrados de esta gente tan retrógrada: tradición, Dios y familia.

Por eso, «el problema de la droga» es infinitamente mayor para la raza gitana que para la «raza paya», al margen de la proporción de enganchados en una u otra.

Hoy son muchos los gitanos adictos y también muchos los grupos de traficantes compuestos, en muchos casos, por familias enteras. Una buena parte de los grupos de camellos que podrían ser considerados como semi-mafiosos, aprendices de gángsters, en Zaragoza, son grupos familiares de gitanos.

Saliendo de Zaragoza, es curioso también el dato de que, en Euskadi, la red de distribución de caballo montada por la Guardia Civil se sustenta precisamente en clanes de gitanos, procedentes de Andalucía, Madrid o Extremadura, lo que —unido a la actitud archiparlante de muchos calixtos detenidos— deja por los suelos el viejo mito (antes real) del enfrentamiento irreconciliable entre calorros y picoletos.

En ciudades como León o Valladolid, los Consejos de Ancianos (auténticos órganos del poder gitano) han organizado patrullas para-policiales que reprimen, golpean e incluso destierran a los yonquis de su comunidad, aportando datos a los grupos de estupefacientes del CNP en una estrecha colaboración que, probablemente, sentará precedente, dado el interés mostrado por las autoridades de ambos. El gitano gana «quitándose de encima» el problema que más amenaza a su sagrada continuidad; y el payo gana un cuerpo policial gratis. Una colaboración, por tanto, muy provechosa.

De la calle de Boggiero volvimos a trasladarnos, en este mismo año, a otra casa situada en la calle de San Pablo. Este era un piso mucho mejor que el anterior, con agua caliente, un dormitorio, un salón...; bueno, era más grande, pero, como estaba situado en aquella localización, era mucho más difícil de alquilar para el propietario. Tanto esta casa de la calle de San Pablo como la de la calle de Boggiero eran del mismo dueño, un tío que se tiró el rollo muchísimo con nosotros ya que si había algún mes que no pagábamos no pasaba nada. La historia de cambiar de casa fue por que el dueño nos planteó la posibilidad de ir a aquel piso que no podía alquilar y que para nosotros era mucho mejor, más grande, con más comodidades y además más barato. Aceptamos.

El trapicheo lo seguíamos manteniendo pero ahora lo simultaneábamos con una pirula que Raquel había aprendido en San Sebastián: nosotros llegábamos a un bar o a un salón recreativo, de estos que tienen máquinas tragaperras, nos poníamos en una máquina que no fuera muy visible y le metíamos una moneda que iba pegada a un hilo, esperábamos a que cayera y probábamos hasta que cogíamos el punto del muelle, así marcábamos jugadas, siempre con la misma moneda, hasta que salía premio. Por supuesto, el par de meses que estuvimos haciéndolo lo hicimos con mucho cuidado y muy disimuladamente, viendo qué sitio era mejor, yendo a cambiar monedas... Nunca nos cogieron.

Ya llevábamos casi un año entero en estos dos últimos pisos y se acercaban las navidades del 85; fue en esta fecha cuando Raquel pensó irse, un par de días o alguna semana, a ver a sus padres a Rentería. No volvería.

Aquel piso lo estuve manteniendo un tiempo más, pero viendo que Raquel no regresaba y ni daba avisos de estar viva, volví, una vez más, a casa de mis viejos.

A principios del 86, estando en casa de mis padres conseguí reanudar el rollo de la joyería, siempre con el mismo tío; sin embargo, esta vez iría a trabajar a una tienda que había montado en la Plaza de los Sitios. Se llamaba Free-market y vendíamos no solamente lo que yo hacía, sino también artesanía, camisas exclusivas que eran pintadas por un artista y cosas de estas por el estilo. El trabajo era formal, en el sentido de que establecimos un horario que cumplir y todo eso. Por aquel momento me salió otra historia. Recuerdo que tenía un amigo que trabajaba en una peluquería y tenía rollos de estos de moda y tal; al parecer, varias de estas peluquerías

iban a hacer un desfile, en no sé qué hotel, y necesitaban a alguien que hiciera la bisutería y demás cosas. Me eligieron a mí. De las cincuenta mil pelas que me habían hablado apenas saqué algo más de treinta mil.

Con este trabajo de la tienda empecé a consumir más. Supongo que es el vacío que te deja, algo muy común incluso en gente que ahora no consume. Es el hecho de apoyarse en algo, como pueden ser los «contugesines» o cualquier otra cosa. Yo me metía caballo porque me encontraba mal permanentemente, así que con un poco de basura de esa que venden, con el poco tanto por ciento de heroína que contiene, me quitaba el mal rollo. Es estar constantemente con esa historia en la cabeza.

La estancia en casa de mis padres no llegaría al par de meses, ya que conocí en el barrio a una chica con la que me enrollé. Esta vivía con una amiga, así que empecé a no ir a dormir a casa y todo eso que conlleva una relación, así que comenzó una nueva bronca con mi padre, que terminó de un portazo y buscándome un lugar donde vivir. Fue mi hermana Pili quien me ofreció su casa. Había venido de Menorca con un enganchón muy fuerte de caballo, así que cuando llegó se fue a pasar el mono a casa de otra hermana nuestra —la que trabaja en el bufete de los abogados—, y lo pasó entero allí. Luego volvió a trabajar de auxiliar en el Clínico, pero, ya sabes, empezó a ganar pelas y no sabes lo que hacer con ellas, así que un día pruebas un poco y otro día más...; en fin, que volvió a engancharse. Desde su vuelta de Menorca todos esos años fueron enganches, desenganches, bajas en el trabajo... Una de las veces que llegó enganchada a casa de mis padres, a finales del 85, la llevaron a la comunidad terapeútica de Argos. Aquí se enrolló con un chaval de Navarra que era muy depresivo y que tenía tendencias suicidas. Salieron de allí en forma de pareja y ella volvió a trabajar en el Clínico. Los dos salieron muy bien, en plan pareja, desenganchados, con curro y tal. Fue en ese momento cuando yo me encontraba sin sitio a donde ir y cuando me ofrecieron ambos su casa, pero a los cuatro días empezaron a tontear, a meterse un pico y tal; yo ya veía que aquello se desmadraba y antes de que llegara a más, me desmarqué totalmente de ellos. Yo no pintaba nada allí y me podía comer, en cualquier momento, un lío gordo. Y así fue fue, en ese momento les vino una onda de cincuenta o cien gramos de cocaína, entonces comenzó una autodestrucción superrápida que acabó con el intento de suicidio de los dos. Por lo visto lo intentaron tomándose todo lo que pillaron por el medio y enchufándose una botella de butano. Los dueños de la casa que habían alquilado vivían

debajo de ellos, así que cuando olieron el gas llamaron a los bomberos inmediatamente cuando estos llegaron la botella estaba prácticamente vacía y con riesgo de explotar en cualquier momento. De esta salieron, pero al cabo de unos pocos días volvieron a reunirse y desaparecieron durante unos pocos días. Se habían metido en una pensión y aquel chaval volvió a intentar suicidarse metiéndose rohipnoles y demás. Mi hermano, que había ido a verles, porque al final supo dónde estaban, vio al chaval todo hecho polvo y se lo llevó a Urgencias, luego ya no supimos nada de él.

Yo me había quedado colgado, sin sitio a donde ir, así que me fui de ocupa. El haber estado trabajando en el macrotaller de la calle de Santa Cruz me ayudó a conocer una buhardilla en el mismo edificio. Aquello era un palacete, que hoy en día está rehabilitado, pero que en aquel momento estaba hecho polvo. Tenía unas habitaciones increíbles, con buhardillas, puertas inmensas... En definitiva, era una casa de estas de principios de siglo que aun mantenía el agua y todo eso; así que me las arreglé para llevar una cama y varias cosas. Allí estuve varios meses, aunque también me iba de vez en cuando a la casa de la tía con la que estaba enrollao y la casa de la calle de San Pablo que aún estaba manteniendo.

Cuando llegó el verano del 86 y la tía con la que estaba enrollado me hizo el ofrecimiento de irnos un par de semanas a El Escorial, ya que ella tenía una casa, no me lo pensé más y acepté. En el taller no hubo problemas para coger las vacaciones e incluso el tío este que me había ofrecido el trabajo aprovechó para irse también con su novio —era homosexual— a la playa a vender las camisas.

Volvimos de El Escorial a finales de agosto y, cuando me dirigía a la tienda, me encontré con la persiana echada. Yo no sabía lo que pasaba, así que me dirigí a hablar con la otra socia de la tienda (la tienda iba a medias entre el tío este y una chica), que me dijo que el colega se había gastado todas las pelas y todas las camisas con el amigo suyo, que ella ya pasaba de todo y que no estaba dispuesta a seguir trabajando para otro. El tío este se había aprovechado de todos y luego se había comido toda la pasta. No era la primera vez que lo hacía, ya que por lo visto sus padres le habían montado veinte negocios y siempre se los había pulido. Lo peor para mí no era solamente que se cerrara el local, sino que también todas las herramientas se habían quedado allí dentro, dejándome todo colgao. Pero aún siguió coleando esta historia ya que una noche entraron a robar, llevándose todos los modelos que había hecho yo, la ropa de ellos y demás cosas y, cómo no, ¿a quién le echaron la culpa?, pues a mí.

Por estas fechas, que debían de ser días de octubre, dejé de salir con esta chica. Un día cogió y se fue del piso que compartía con la otra chica y pasó de las drogas y todas esas historias comenzando a trabajar en el Sepu.

Esta vez pasé de todo y me fui a pasar una temporada a un pueblo. En Iglesuela del Cid, que era el pueblo al que me fui, tenía un amigo que trabajaba de médico; yo estaba muy chungo, así que le pedí, si no le importaba, que me dejara vivir con él durante un tiempo. Aceptó. Allí estuve alrededor de un mes, ayundándole con los pacientes de su consulta, yendo al monte a coger setas y de marcha —a mi colega le gustaba mucho la juerga— por los otros pueblos. En todo este mes no consumí nada.

Cuando pasó el mes volví a Zaragoza, donde conocí a un mozo que estaba viviendo, solo, en una bocacalle de la calle de San Jorge, en un piso que sus padres pagaban. Le sobraban habitaciones, ya que la casa era muy grande, y le faltaba compañía, así que me quedé con él durante un par de meses hasta que ingresó en no sé qué centro para desintoxicarse. Durante estos meses me busqué la vida como pude. De todas maneras, conociendo a tanta gente como conozco, y moviéndome —como lo hacía— por las calles, siempre encontraba alguna historieta y, si no, pues robaba almacenes y demás.

A principios del 87 estaba sin curro, sin casa, sin Raquel...; fue una época muy chunga. Por aquel momento mi hermana Pili estaba trabajando, otra vez, en el Hospital Clínico... Bueno, más o menos, lo digo porque cogía la baja repetidamente. Una de las veces en que estuvo ingresada en el mismo Hospital quiso que le diesen el alta e irse del trabajo, así le daban el finiquito y esa pasta que tenía. Pero, en cuenta de eso, los del Hospital llamaron a mi hermana la mayor para que la convenciera, pero Pili, erre que erre, que no daba su mano a torcer, así que llamaron a la policía para que atestiguara que en aquellas condiciones Pili no podía firmar nada. Por esta historia Pili se mosqueó un montón con mi hermana la mayor, pero luego el resto de su vida estuvo cobrando la pensión que evitó mi hermana mayor que perdiera.

Bueno, como te contaba, por aquel mes de octubre nos planteamos mi hermana Pili y yo irnos a vivir juntos a una pensión en el Tubo. La idea era la de compartir la habitación pero cada uno haría su vida por separado. Ella entre altas y bajas del hospital se sacaba su vida adelante y yo, pues me busqué la vida robando ropa y comida. En esta historia me introduje a

través de una amiga de mi hermana que vivía con su novio, justo en la habitación de arriba de nuestra pensión. Esta parejilla se juntó a los catorce años; ella era gallega y el cordobés, se dedicaban —desde hacía tiempo— a robar por las tiendas. Fueron de los primeros que se dedicaron a esto. Eran capaces de llevarse en un solo día cuatro o cinco vídeos, de estos que están expuestos, claro que me refiero a la época en la que aún no habían puesto cadenas (a veces creo que fue por ellos por quien los pusieron). El caso es que yo me junté a robar con esta chica cuando su novio se comió el marrón de un vídeo robado y le ingresaron en prisión. Cada uno tenía sus historias y nosotros sólo nos juntábamos para mangar. La historia para elllos acabó muy mal, ya que cuando el novio salió de la cárcel debieron de tener una bronca increíble, no sé el motivo por el que tuvieron la bronca, pero el hecho es que él le metió tres o cuatro puñaladas a ella y la mató. Al novio le detuvieron en la estación de trenes cuando iba a tirarse a las vías para matarse.

Lo de mangar tenía su historia. Generalmente por las mañanas hacíamos comida, cogiendo lo más caro: latas de espárragos grandes, botellas de *whisky*, latas de atún del bueno, y cosas así; luego todo eso lo revendíamos a poco más de la mitad de precio en pensiones, bares y sitios donde, seguro, sabías que te lo iban a comprar. De esta faena sacábamos unas ocho o diez mil pelas; luego, ya por la tarde, hacíamos ropa. Íbamos a las tiendas y, según cómo eran, utilizábamos un método u otro, por ejemplo, ponernos varias prendas superpuestas o las metíamos en bolsas de la propia tienda. Por lo general, lo revendíamos por el mundo de la prostitución o bien, como ocurría algunas veces, a aquellas personas que nos habían encargao ropa: «Oye, quiero unos vaqueros, o unos zapatos de tacón azules...». En las tiendas grandes era más fácil robar, de todas maneras, estas ya tienen un porcentaje de robo que amplía el precio de los productos. De todas maneras para ellos, en algunos casos, les era más caro denunciarte e ir a juicio, así que lo que solían hacer era amenazarte o darte alguna hostia:

—¡Te vas a la calle y no vuelvas más!

En este aspecto Galerías Primero es quien se llevaba la palma; debe de ser por la agencia..., no sé. Yo, la única paliza que me he llevado ha sido allí. Un día entré en un Galerías, ese que está en el Paseo de las Damas, pillando un taladro y, en vez de salir por la puerta principal, salí por otra que hay en cafetería, quedándose el guardia con mi cara. Cuando cerraron e hicieron recuento se dieron cuenta que faltaba el taladro y el guardia debió de pensar que había sido yo. El hecho es que al cabo de tres o cuatro días volví a entrar en otro Galerías, pero esta vez en uno del barrio de San José, coincidiendo casualmente, con el mismo guardia del otro lado que por lo visto lo habían trasladado.

—Me puedes acompañar un momento —me dijo el guardia.

Yo en aquel momento pensé que no iba a tener problemas ya que no llevaba nada, bueno, tenía pero no encima sino en la moto que estaba llena de cosas que había mangao en otras tiendas. Así que podía estar tranquilo, pero nada más que llegué a un cuarto cogió el tío y me empotró contra una caja de metal.

—¿Dónde está el taladro que te llevaste el otro día?

—Pero, ¿qué dices?

Me dio un par de hostias y me largó de allí. Si aquel tío hubiera sido un poco más tranquilo, igual me hubiera cogido con algo. Luego, algún conocido me ha contado que le han metido palizas y demás, le hayan cogido o no con algo. Pero, por lo demás, no pasaba nada. A mí me han pillao muchísimas veces y tuve al menos ocho o diez juicios de esos de faltas, son delitos menores que no tienen riesgo de cárcel y, a no ser que topes con algún guardia jurado cabrón o algún encargao que te meta mucho más de lo que has robao, no pasa nada. En algunos sitios, como El Corte Inglés, me tenían más visto que el tebeo —e igual que me pasaba a mí le pasaba a mucha gente—, así que simplemente no me dejaban entrar y ya está.

A mí por estas historias me metieron dos o tres veces en la cárcel. Una fue por una tiparraca, que me vino con una medalla de oro que se la había dao o quitao a su abuela y que si conseguía venderla iríamos a medias. Yo, muy ingenuo, se lo vendí a un prestamista y lo que suele ocurrir con todas estas historias de préstamo o compra de oro es que todo, todo, todo pasa por la policía. Así que en una detención de estas, que solían hacerme en alguna tienda, salió que aquella medalla la había vendido yo y que estaba denunciada como robo. Me comí tres días en el trullo, ya que en la revisión de la causa se supo que la medalla pertenecía a un tío que se había ido de putas y, mientras la tía se lo estaba follando, le robó la medalla y yo, por supuesto, no tenía nada que ver. Otra de estas fue que estando en el Tubo vendiendo costo rondaba por allí un policía (que, casualmente, ahora, es vecino mío) que me tenía ganas, se fijó en cómo en un portal les estaba vendiendo costo a unos militares y entonces se vino cagando leches, me dio tiempo a tirar el paquetón a un buzón, sin que lo viera, pero me quedó alguna barra en el bolsillo. Detuvo a los chavales y a mí me cacheó,

encontrando el hachís, pero, como aquello era muy poco, empezó a acojonar a los militares para que me acusaran de venta de hachís. Por aquello estuve otros tres días en la cárcel, y a la calle.

En aquel momento mi consumo era variable, cuanto más sacaba más consumía y cuanto menos pues..., lo que tocaba. Luego estaban las buenas ondas, ocasionales, de algún colega que llegaba con diez gramos para vender y sacábamos un poco más.

Estaríamos en aquella pensión mi hermana y yo alrededor de tres o cuatro meses y luego nos trasladamos los dos a una casa en la calle de Las Armas. Aquí estuvimos muy poco porque tuvimos un follón con el casero. Al parecer, este tenía un armario en el piso que nos alquiló que lo tenía de trastero, por lo cual tenía una copia de la llave de casa y en una de estas, mientras mi hermana se duchaba, el viejo verde este, se le quedó mirando así que tuvimos una bronca con él y acabamos largándonos de allí cogiendo todo lo que pudimos y yéndonos a una nueva casa en la calle de Conde de Aranda. En este momento sí que mi hermana y yo vivimos un poco más juntos, en el sentido de ir a mangar juntos, pasar o pilllar algo. También, en ese momento, un colega mío se hizo con una llave de las que abren las máquinas tragaperras y tuvimos un chollazo durante cuatro o cinco meses. Nos lo montábamos de la siguiente manera: llegábamos y mirábamos el paisaje, entrábamos, tomábamos algo y nos poníamos con la máquina; mientras uno tapaba, el otro jugaba y abría con la llave la caja de las perras. De vez en cuando cambiábamos algún billete y tal. Cuando vives así, se te agudiza la inteligencia de una forma increíble y te atreves a hacer muchas cosas que en este momento sería incapaz. Pero un día se jodió la historia. Nos pillaron por abusar, por no tener dos dedos de frente. Había un bar en la plaza del Carbón con el cual nos pasábamos mucho, yendo a diario, prácticamente, a recolectar; así que un día que estábamos allí tomando una copa y cogiendo lo de la máquina, se dieron la vuelta dos tíos que estaban en la barra y que resultaron ser de la policía; yo me intenté tragar la llave pero no pude porque me la pillaron. En el cuartelillo a mí me soltaron enseguida, pero al mozo con el que iba se tendría que comer dos meses de marrón porque estaba en busca y captura por un rollo muy raro: le había cogido el coche a su ex-mujer, una moza con la que había estado mucho tiempo y que esta había terminado denunciándole después de muchas putadas que había sufrido por él. También tenía no sé qué rollos con un pasaporte que no era suyo.

Al cabo de estar unos cinco o seis meses en esta calle nos tuvimos que largar a otro piso por un problema gordo: nosotros teníamos un bar donde pasábamos y en ese mismo sitio se llevaron una chupa de cuero de una «lumi», entonces empezaron a decir que había sido yo, así que el chulo de aquella tía empezó a buscarme diciendo por ahí que me iba a matar. Todos sabían dónde vivía y tuvimos que pirarnos de allí, esta vez a la calle de la Reconquista. Aquí tampoco estuvimos mucho tiempo ya que no le pagábamos al casero, por lo que nos desatornilló la puerta y se la llevó al piso de arriba. Cuando volvimos y vimos lo que había hecho subimos a por la puerta y la atornillamos de nuevo, pero la volvió a desatornillar y esta vez nos levantaron todo: vajilla, ropa, etc. De vuelta otra vez a casa de los viejos. Claro que estas idas y venidas sacaban a mi padre de quicio, pero mi madre estaba encantada de que fuéramos; de hecho, cuando estuvimos viviendo en la pensión del Tubo, para las Navidades, sin que lo supiera mi padre, nos traía comida especial.

VIII 1989-1992

Nada más llegar a casa de mis padres, sería a principios del 89, me ofrecieron la posibilidad de trabajar montando estanterías. Por fin tenía un trabajo «normal», después de todas las historias pasadas. Era toda una tranquilidad encontrar algo como aquello; además, empecé un tratamiento de mantenimiento con Buprex a través de Lamota. El trabajo era montar estanterías industriales, para lo cual no era necesario ninguna cualificación y cómo las estanterías ya estaban prefabricadas, lo único que había que hacer era montarlas y ya estaban. Este trabajo no solamente lo hacíamos en la ciudad, sino que también lo llevábamos a pueblos de alrededor e incluso llegábamos a ciudades de otras comunidades: Navarra, La Rioja, Cataluña... Así que un día podías estar en los polígonos de las afueras de Zaragoza como montando unas estanterías en Barcelona. Y precisamente fue en Barcelona donde fui a montar unas estanterías en el verano del 89. Allí estuve unos cuatro o cinco meses montando una de las estanterías más grandes que había para una casa farmaceútica, Esteve, que era la misma que hacía los Buprex que yo me estaba comiendo. Allí conocí a una estudiante que estaba trabajando de *au-pair* cuidando al hijo de unos yuppies. El hecho es que la casa donde vivía esta familia quedaba en las afueras de Barcelona, así que la chica no podía desplazarse a la ciudad para ir a estudiar, ni nada de nada, ¿no? También coincidió que cuando yo la conocí la familia se había ido de vacaciones o algo así, por lo que yo aproveché para ir a dormir allí en cuenta de ir a la pensión donde estabamos los que trabajábamos allí. Aquello duró tres o cuatro meses, hasta que la chica se can-

só de estar allí sin hacer nada; además, ya sabía el suficiente español, por lo que allí ya no pintaba nada.

Como te decía, a la vez que comencé a trabajar en esto empecé un tratamiento de mantenimiento con Buprex; al principio, seguido por el doctor Lamota y luego por mí mismo. Yo ya pasaba de pincharme y toda la historia, así que me puse en contacto con Jorge —que ya me había desintoxicado otras veces— y le dije que pensaba dejarlo. Él aceptó y me puso en tratamiento con recetas, seguimientos y todo ese rollo. Hombre, claro que me podía haber buscado la vida por mí mismo, en la calle había —y sigue habiendo— Buprex y todo tipo de recetas falsas, a través de las cuales puedes conseguir todo lo que quieras, pero yo ya no estaba por esa labor, pretendía pasar de todo eso, de buscarme, un día tras otro, la vida por ahí, siempre con marrones por un lado y por otro... Por otra parte, también es verdad que me jodía estar abusando de Jorge, yendo a pedirle que me volviera a tratar..., y, además, que él cobraba por consulta pero a mí nunca me quiso cobrar un duro. Comenzó controlándome las recetas cada semana o cada quince días —en los casos en que yo me iba a trabajar fuera de Zaragoza— estando así alrededor del año y medio. Y fue en una de estas idas y venidas a trabajar fuera —precisamente recién venidos de Barcelona— cuando un colega de estos que trabajaban conmigo que conocía a Raquel me dijo que la había visto allí y que ella le había pedido el teléfono mío para ponerse en contacto. El socio este le dio el de un bar al que solía ir, pero al que en aquel momento no iba tanto; así que dejó un número en el bar para que cuando fuera la llamara. Un día la llamé y quedamos en que iría a verla. Salí un viernes, en moto, desde aquí teniendo que estropearse la moto en el camino, en Bujaraloz o por ahí; al final llegué el sábado por la mañana y estuvimos juntos muy bien, charrando y tal.

Cuando se largó a San Sebastián, años antes, siguió una temporada con el mismo rollo de siempre. Se había juntado con una amiga que también se pinchaba y que ejercía la prostitución para sacarse las pelas y se quedó a vivir con ella en su casa. En una de estas escapadas que yo solía realizar a Donosti y que sería alrededor de medio año después de haberse marchado de Zaragoza me la encontré allí, enganchada hasta las cejas y puteando. Joder, me acuerdo que me fui a la casa donde vivían ella y su amiga y estas llegaban a meterse picos de medio gramo. Yo pasaba de estar allí y mucho menos de vivir del puteo de otra persona. Me jodía ver a Raquel así, pero era su elección. Cuando su familia se enteró de lo que pasaba la cogieron y la metieron en El Patriarca, pero estando allí se escapó, encontrándola al poco tiempo y le volvieron a insistir para que regresara al centro. Aceptó.

Bueno, como te decía, la siguiente vez que la vi ella era la responsable del piso de acogida de El Patriarca, allí en Barcelona, donde había seis u ocho personas más. Llevaba, ya, mucho tiempo, más de dos años, y se notaba la influencia de este sitio. Siendo ella tan joven y habiendo comenzado tan pronto con estas historias... Me quedé allí a dormir y justo por la mañana le llaman de dirección diciéndole que vaya urgentemente. Le dijeron que se tenía que ir a Granollers. Yo, inmediatamente, me di cuenta de que era porque yo estaba allí y no me consideraban buena compañía.

—No, no. No tiene nada que ver contigo —me dijo Raquel.

Pero yo pensaba: «qué casualidad. Llego yo el día anterior y al siguiente la mandan a otro lado».

Allí, en la casa, había unos que se dedicaban al abastecimiento, yendo a la Nestle y a otras fábricas a por comida y tal... En este tema estaban totalmente abastecidos, porque entre lo que les daba una fábrica y otra y los campos de veinte mil cosas, tenían de todo. Y mientras unos se pasaban por las fábricas, otros hacían la tarea de calle, vendiendo la revista que hacían ellos o simplemente pedían pasta al que pillaban. Yo a los que estaban allí los veía que estaban porque tenían que estar; luego, por otra gente, me he enterado de las palizas que les han pegao para que no se fueran y tal... También veía que había unos despistes de movida. Bastaba que se pusieran dos de acuerdo en una mesa para que cogieran dinero y se fueran a buscarse la vida por ahí y se metieran caña. Yo a Raquel la veía bastante inocente, como si se creyera toda la historia, por ejemplo, cuando le dijeron que se tenía que ir estaba claro que lo decían por mí y, sin embargo, para ella no tenía nada que ver. Ese cambio de personalidad era lógico. Cuando estás enganchao no te preocupas de nada más, no tienes ningún problema más que ese; entonces, si a los trece años, estás enganchada y es lo único que conoces, de repente te presentan otra cosa, pues si quieres salir del caballo te agarras a lo otro. Al no conocer, al no tener un sentido crítico vas aceptando las cosas tal y como te las presentan.

Luego supe que nada más llegar yo al piso Raquel llamó a su madre para decirle que yo estaba allí y que ella estaba bien y tal y cual, entonces su madre debió de llamar a los otros diciéndoles lo que pasaba. Al día siguiente, a la hora de comer, ya se había ido. Luego me mandó una car-

ta diciéndome que lamentaba la despedida que habíamos tenido, tan brusca y tal..., un poco como intentando mantener la relación, ¿no? Yo le contesté a la carta y se la mandé a Granollers pero de allí me la devolvieron diciéndome que Raquel no estaba allí; entonces llamé por teléfono, poniéndose una amiga suya que me dijo:

—Pues se ha ido hace un mes a Sevilla.

—Anda, ¿y eso? —le dije.

Esta chica que me atendió —que me conocía por Raquel— se tiró el rollo dándome los datos donde estaba ella en Sevilla, entonces le escribí varias cartas pero ya no me contestaron.

Mientras, el trabajo iba funcionando. Lo que sacábamos currando era para vivir y a mí en particular me quedaba más, ya que no pagaba los impuestos; bueno, la seguridad social la tuve que terminar pagando para que me dieran la invalidez, pero lo que era cada mes el IVA y las declaraciones trimestrales, no las pagaba. En aquel negocio estábamos unas diez o doce personas que trabajábamos en parejas y si tenías que pagar el coche, los impuestos, los materiales, etc, etc., nos quedábamos sin nada; además, no teníamos derecho a paro ni vacaciones y, si caías enfermo, no cobrabas hasta pasar quince días... Así que montamos una especie de comuna entre las cuatro parejas, de tal manera que lo que sacábamos al mes lo repartíamos entre todos a partes iguales (por supuesto, todos íbamos a trabajar lo mismo), así podíamos coger quince días de vacaciones cada uno, aunque, claro, cobrando un poco menos. Y todo similar en este plan.

Durante los tres años que estuve trabajando en esta historia, llevé una vida tranquila en comparación con los años anteriores, sin nigún sobresalto, a excepción de un rollo muy chungo que me pasó. Me había enrollado con una moza, o, mejor dicho, ella se había enrollado conmigo. Era viuda, con un hijo, y la había conocido, precisamente, por medio de su marido muerto. Mientras los padres de ella se ocupaban de su hijo, ella se dedicaba al trapicheo. Cuando la conocí alquiló un piso por Casta Álvarez o Las Armas, donde me dirigía después de haber terminado de trabajar y donde ella aprovechaba para trapichear con otro colega suyo; así que cuando llegaba me encontraba la escalera llena de gente dispuesta a pillar. Por supuesto, esto trajo problemas, ya que por lo visto al lado vivía un viejo —de esos cotillas— que se pegaba todo el día mirando a través de la mirilla y veía entrar y salir gente de la casa de al lado constantemente, por lo que un día

se mosqueó y llamó a la policía; pero esta simplemente vino, dio un toque y nada más. Entonces visto esto, el viejo volvió a llamar, pero esta vez a la Guardia Civil y estos sí que se lo tomaron en serio. Empezaron a hacer un seguimiento, a vigilar durante alguna semana a los que entraban y salían y todo eso... De tal manera que un día que yo iba a casa de esta chica llamé a la puerta y me abren; cuando subí, me encontré allí a un par de tíos que iban a comprar y mogollón de policía.

—¡Hombre!, ¡ya era hora! Mira quién ha venido.

—Te estábamos esperando.

—¿Qué pasa, pues? —les dije.

—Ya te vas a enterar, ya.

Por lo visto, me habían estado vigilando durante algún tiempo y me habían visto entrar por las tardes con una bolsa (donde llevaba la ropa y las herramientas) y donde ellos creían que traía la mercancía, viéndome luego salir por las mañanas. ¡Claro, joder. Me iba a trabajar! Total, que se creían que era una especie de capo o algo así por el estilo. Así que me llevaron a la comisaría del paseo de M.ª Agustín y con una orden de registro entraron en casa de mis padres a mirarlo todo, y eso que en principio lo legal era sólo mi habitación. Claro está, no encontraron nada. Allí, en comisaría, me dijeron: «Ya sabemos que tu padre está muy viejo y que está enfermo, pero...». Por lo visto habían intervenido el teléfono de mis padres. Cuando se dieron cuenta de todo me soltaron al cabo de dos o tres horas, diciéndome: «Venga. Ya te puedes marchar». A la moza esta la cogieron con dos gramos y le metieron cuatro o cinco meses en la trena.

A raíz de esto se cortó (bueno, no lo he vuelto a ver) mi relación con Jorge Lamota. El rollo fue porque él había estado tratando a la viuda y, cuando la detuvieron, lo llamé para que testificara como que él la había tenido en tratamiento. Él me explicó que había sido muy poco tiempo y que él mucho no podía hacer y que, además, estaba perdiendo todo un día de atención a sus pacientes. Yo le dije que por el dinero no se preocupara, que yo le pagaría las cuarenta mil pelas de aquel día. Él fue a testificar y yo quedé con el compromiso de pagarle. Mientras esta chica estuvo en la cárcel, yo le fui guardando el dinero que ella recibía por la viudedad y por el hijo, así que el día que salió, me dijo que le debía tanto dinero, a lo que yo le dije que sí, que, por supuesto, lo tenía, pero que con aquello debía de pagar a Lamota, a lo que ella me respondió: «Trae, trae. Que ya le pagaré yo». Por lo que sé aún debe de estar esperándola. Así que después de

todo lo que hizo por mí y por la tía esta, pues..., siento una vergüenza ajena, por todo.

Sobre julio del 90 cambié de trabajo, ya que apareció un anuncio en el periódico en el que necesitaban un joyero. Me presenté, me hicieron una prueba y me contrataron. Yo prefería este trabajo al anterior porque era mucho mejor, más tranquilo, más seguro y todo eso y además tenía todas las ventajas: vacaciones, baja si estás enfermo, paro... Molaba más, era más tranquilo y más seguro.

A finales del 90, en noviembre, conocí a una chica muy maja, de la movida *punk,* que se llamaba Dori. Ella en aquel momento tendría alrededor de unos veinte años y ya hacía algunos años que vivía con una amiga en un piso de Zaragoza, ya que sus padres eran de un pueblo de Teruel. Esta vivía de una pensión que le habían dado por un accidente que tuvo. Por lo visto, estaba trabajando en un restaurante de Daroca y un día que cruzaba una calle un camión la atropelló dándole un golpe que la lanzó a quince metros. Por esto estuvo ingresada una porrada de tiempo y se quedó con alguna clavícula jodida. Luego buscó que le dieran una pensión y lo consiguió; no era mucho, unas cincuenta o sesenta mil pelas, pero con eso podía vivir.

Dori empezó a tener problemas con su compañera y en enero-febrero del 91 nos fuimos juntos a vivir a una casa, primero por aquí, cerca de la calle de Las Armas, luego a Maestro Estremiana. Esta última era un bajo con dos habitaciones, con una ducha y sin agua caliente. Así que allí estábamos, ella con su pensión, yo con mi trabajo en la joyería y siguiendo tomando Buprex, con el cual pasaba totalmente de la heroína. Paralelamente a que te estás metiendo Buprex no tienes que buscarte la vida y todo eso. Como las cajas te duran varios días y tal, ¿no?, entonces te permite hacer más cosas: acampada contra la Guerra del Golfo —en el parque Pignatelli—, luego las movidas de la Casa de la Paz, con todas las hostias que hubo —de ahí algunos nos conocemos bastante bien—, y demás rollos durante los años siguientes.

Bueno, como te cuento, nos fuimos juntos a vivir a la casa de la calle de Maestro Estremiana, en la que estaríamos alrededor de dos años. Allí no teníamos, al principio, ni un puto mueble, ni colchón, ni nada de nada. Me acuerdo que los primeros días estuvimos durmiendo en el suelo, menos mal que en aquel momento ya empezaba a hacer algo de calor; luego, con el tiempo conseguimos un colchón y demás cosas. En invierno, con un par de estufas eléctricas —teníamos enganchada la luz— se calentaba enseguida aquel sitio. Sin embargo, el trabajo estaba mucho mejor. Mi jornada empezaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 2 del mediodía y me pagaban a destajo por cada cosa que hacía; por ejemplo, por soldar una cadena, me pagaban cien pesetas, por soldar un anillo, unas trescientas, y lo demás así..., cada cosa tenía su precio, entonces me metía mucha marcha para sacar más pelas. Iba rápido y salía bien; bueno, demasiado bien para sus cálculos, porque al principio me dijeron que me lo metían todo en la nómina y luego, al cabo de un año más o menos, me dijeron que no me lo podían meter todo porque, según la declaración que estaban haciendo en la renta, debería cobrar yo el doble que ellos, ¿no?, entonces aquello hubiera sido inexplicable para Hacienda, ya ves, «un currante cobrando el doble que su jefe». Entonces, en el cheque sólo me ponían una parte, más o menos lo que rondaba el sueldo base. Solía sacar unas treinta y cinco mil pelas a la semana o cosa así; claro, todo esto cuando había trabajo, porque también llegaron temporadas con poco trabajo y donde cojeó un poquillo la cosa. Allí en el trabajo nunca tuve problemas. Al principio estábamos cuatro, pero el más mayor se jubiló y nos quedamos los dos jefes y yo. Uno de ellos era homosexual y el otro, padre de familia con tres o cuatro hijos. Como te digo, nunca tuve problemas y nunca se enteraron de si consumía o no y, sólo al final, cuando les dije que era seropositivo, es cuando llegaron los problemas, pero, mientras tanto, todo siguió normal: con nuestros encargos para joyerías, para algún conocido, cliente habitual, etc.

Durante todo este año y los siguientes mi relación con Dori fue sufriendo altibajos. Nos estuvimos metiendo algún piquillo..., pero muy poco; alguna tarde que íbamos a pillar algo, pero eso... También estábamos metidos en varias historietas con diversos colectivos, como la plataforma antifascista, contra el Quinto Centenario... Al principio, los diversos colectivos nos reuníamos en la federación de barrios, hasta que se pasó la policía por allí. Nosotros habíamos sacado unos cuadernos de debate sobre la guerra contra el Estado y tal, dejándolos allí, y el día que se presentó la policía preguntando por algunos de nosotros —esto era normal, ya que todos estábamos muy vistos y nos conocen—, los de la federación les dieron los cuadernos que habíamos hecho. A partir de entonces pasamos de los de la federación —al fin y al cabo, lo único que hacían era dejarnos el espacio—

y nos alquilamos, aquí en la calle de Alcalá, un local, que es donde se encuentra el Entropía. Aquí tenemos una distribuidora de libros, discos, fanzines y tal —de esos que no se encuentran en una biblioteca— y montamos conciertos, charlas, nuestro bar... También colaboramos con otros colectivos, como la asociación de apoyo a presos, por ejemplo. La idea era que entre varios colectivos estuviésemos coordinados en el momento en que hubiera alguna movida.

Con Dori la cosa seguía igual. El problema empezó desde el principio, porque cuando comencé a salir con ella yo no me estaba metiendo nada, el Buprex y ya está, y ella, en teoría, no consumía nada. Había estado casada, muy poco tiempo, con un tío que se pasaba mogollón con ella; por lo visto, vivían en el barrio del Gancho y el tío este era el típico que se dedicaba a reventar tiendas, bares y cosas de estas, ¿no?; por ello, estuvo un montón de veces en la cárcel y tal..., así que llegó un momento en que Dori se cansó y se largó. Al mes de estar yo con ella, pues..., no sé, pero me di cuenta de que se estaba metiendo; no sé si me lo dijo o me di cuenta, entonces le dije: «Oye, si quieres nos vamos unos días fuera». Yo podía aprovechar unas vacaciones y así ella podía pasar de la historia. Nos fuimos a San Sebastián unos cuatro o cinco días, pero ya de allí volvimos con mal rollo porque ella se encontraba mal. Entonces comenzaron las discusiones con el caballo. A mí no me apetecía, pero con el rollo de ayudarle y tal, pues empecé a meterme yo; eso sí, con dosis muy bajas, tan bajas que me tenía que tomar un par de contugesines para ir a trabajar las ocho horas y allí nadie se enteraba. Así que ya te puedes imaginar el nivel tan bajo de enganche que tenía. Lo pillábamos por la tarde, íbamos, cogíamos y ya está, nada de rollos de trapicheos como anteriormente. Con lo que yo cobraba y con su paguilla ya teníamos suficiente, pero ya había comenzado a surgir algún roce.



IX 1992-1995

En el 92 todo seguía igual con nuestra cosa, algún pico por la tarde y las broncas que íbamos teniendo. Por supuesto, seguíamos manteniendo nuestra colaboración con las diversas movidas que había y en especial ese año contra el Quinto Centenario, donde casualmente una de las que dirigieron todo el cotarro fue una antigua dirigiente de la Joven Guardia Roja.

Pero, sin duda alguna, el 92 fue el año de mi hermano Ramón. La última vez que le habían pillado, que había sido en el 84, le habían condenado a catorce años, pero a los cuatro años y medio salió en libertad condicional. Los follones a mi hermano le empezaron muy joven por su afiliación política y por las detenciones derivadas de estas ideas. Cuando le tocó hacer la mili le mandaron a Chafarinas, que era por lo visto el sitio donde mandaban a todos aquellos que tuvieran algún asunto policial. Allí debió de conocer de todo: gente que estaba en circunstancias como él, etarras, delincuentes..., y fue allí donde comenzó con el hachís y todo eso... Luego, cuando volvió, se empezó a desentender del partido y esas historias; además, era la época del desencanto político y de la pseudodemocracia, donde había cuatro partidos políticos: el PSOE, el PC y los otros. Ya no me acuerdo de lo que hizo después, pero creo que fue a la Universidad e hizo un par de cursos de Magisterio o Filosofía..., no sé; lo que si recuerdo es que cuando yo hice mi primer viaje a Menorca, él ya vivía solo en una buhardilla en la calle de San Pablo y se mantenía por medio de sus trapicheos y de los robos que hacía entrando en los pisos —por esto llegó a salir

en el periódico, donde le llamaban «el Spiderman»— y a partir de allí todo le fue rodao. Después de salir del trullo, que sería el 89 ó 90, le llevaron a la comunidad terapeútica de El Frago como proyecto piloto...; era el primero que cumplía condena fuera de la cárcel e ingresaba en una comunidad terapeútica. Allí en El Frago estuvo alrededor de un año e incluso me acuerdo de que una vez fui a verlo. Cuando salió recuperado de allí, hizo un cursillo de estos del INEM y luego ya directamente se puso a currar en los colchones Relax mientras vivía en casa de mis viejos, pero cuando llegaron las vacaciones le dio por irse con una colega a Marruecos. Aquel país le gustaba, había estado ya antes y conocía a la gente y todo eso... Cuando volvió empezó otra vez a desmadrarse y a los dos o tres meses, en seguida, ya lo había pillao la policía. Esta vez fue por robar en unas casas. Por lo visto, lo cogieron estando en una azotea de una casa del barrio de San José, en la que había entrado con otro chaval; algún vecino los vio, resultando ser, precisamente, un policía de estos que ya lo habían detenido anteriormente. Mi hermano en aquel momento llevaba la pierna escayolada, así que cuando llegó la policía se pusieron a correr los dos, pudiendo escaparse el otro tío, y, como era lógico, pillando a mi hermano. Aquello era una mala historia, ya que él estaba en condicional, y aunque no le pudieron acusar de robo, sí que le metieron allanamiento de morada. Con una acusación así se iba todo a la mierda, por lo que empezó a pensarse si le resultaba presentarse o lo mejor era darse a la fuga. El abogao, Paco Santiso, le aconsejó que lo mejor que podía hacer era presentarse y que ya intentarían sacarlo. Creo que por aquello no pasó nada, siguió trabajando y tal, pero ya le tenía la policía muy mirao. Tan mirao que al poco tiempo le volvieron a coger mangando. Le mandaron a la cárcel de Torrero (sobre el 91) y allí estuvo poco menos de un año. Estando mi hermano en la cárcel coincidí con él un par de veces, de estas en que estaba unos días, y allí vi que se dedicaba a estar en la biblioteca haciendo solicitudes a los jueces de vigilancia y tal, ya que mucha gente, por ignorancia pura —gitanos de estos que casi no saben leer y tal—, tenían que estar en la calle y ya sea por la propia dejadez del juez o por lo que fuera, pues no lo estaban; de hecho, luego, me he encontrado a alguno de estos a los que ayudó mi hermano que me ha dicho que salió gracias a lo que hizo él. Recuerdo que íbamos a verlo a la cárcel y cada vez lo veíamos más demacrao y tal; pero que, en parte, es normal, mucha gente que está en la trena está malo por las circunstancias y todo lo demás. ¿Lo del SIDA?, no sé exactamente cuándo supo que era seropositivo, pero supongo que más o menos a la vez

que yo, enseguida. Sería de los primeros. En esa época no se sabía nada. Yo me enteré por unos análisis en el 88 u 89, pero Ramón en aquel momento estaba en la cárcel y no es lo mismo. Pero, por lógica, ya lo debía de suponer —manchas en la piel que te salen, por la debilidad que tienes—, ¿no? De todas maneras, mi hermano cuando salió de la cárcel fue a una consulta y allí se lo debieron de decir. Allí en la trena tenía de compañero a Pablo Serrano. Este es un chaval que está allí por haberse cargao a un asesor fiscal..., creo. El Pablo este debía de ser un sindicalista de toda la vida, un anarquista y tal, que estaba siendo puteado por el asesor —él y muchos más—; por lo visto, el muerto hacía chanchullos para despedir a doscientos tíos en una empresa, cien en otra..., todo eso en función de argumentos falsos y pruebas falsas y cosas de esas. Así, que le tenían en el punto de mira y por lo visto le tocó a Serrano ser el quien le diera el tiro. Mi hermano y este chico tenían en común que eran políticamente afines —aunque este chaval no tenía nada, ni quería ver, con las drogas— pero, como te digo, como políticamente eran similares pues se llevaban más o menos bien.

Las últimas veces que vimos a mi hermano en Torrero, en el año 92, ya estaba muy mal, no se encontraba muy bien y había pedido unos análisis; pero, de pronto, sin el menor aviso, lo trasladaron a la cárcel de Huesca, ¿los motivos?, ni idea. Allí en la cárcel llevan la política que quieren, así que te pueden llevar de un sitio a otro. Yo supongo que los de Torrero le verían muy mal y para no poner un muerto más en la estadística lo mandaron a Huesca. Si no hubiera pedido los análisis no se hubieran dado cuenta de cómo estaba y se habría muerto en Zaragoza. Allí en Huesca, según el parte médico de entrada, ponía que había llegado deshidratado, con poquísimos kilos y demás cosas. Nosotros, que en aquel momento teníamos un amigo que trabajaba en la prisión de allí, cuando vio el estado en el que se encontraba mi hermano, nos llamó diciendo que fuéramos lo más rápido que pudiésemos porque él lo veía muy mal. Cuando llegamos y pedimos comunicar, mi hermano no quería salir, pero la verdad es que no podía, así que lo sacaron cogiéndolo por los hombros varios de sus compañeros, pero ya en ese momento ni coordinaba ni se enteraba de nada; se cagaba, se meaba encima y veinte mil cosas de estas. Allí en la cárcel sólo estuvo una semana ya que le enviaron al Hospital de San Jorge. Es increíble que estando en el hospital le metieran en una habitación cuyas ventanas tenían rejas e, incluso, le pusieron un par de policías en la puerta de la habitación. ¿Qué se creían?, ¿qué se iba a escapar? Si mi her-

mano pesaría en aquel momento unos treinta kilos, cuando su peso normal eran los sesenta. Llegó un momento en que ya ni siquiera podía hablar, así que se expresaba a través de la cara y, a la semana, más o menos, de estar en el hospital, en el mes de mayo, nos aconsejaron llevarlo al Hospital Provincial de Zaragoza, donde aguantó una semana y murió. Lógicamente después de ocurrir toda esta situación, presentamos una denuncia ante los médicos de la cárcel de Torrero y la de Huesca. Las denuncias las pusimos por medio de ASAPA y lo que tuvimos que hacer fue firmar un papeleo todos los hermanos y mi madre; luego, ya se encargaba una abogada de la asociación. De aquello no queríamos ni un duro, de hecho, dijimos que si se sacaba algo, queríamos que fuera dirigida a ASAPA o algún sitio de estos; lo que verdaderamente nos importaba era que alguien asumiera la responsabilidad de todo lo ocurrido. Pero después de firmarlo y todo eso, se traspapeló, como otras muchas denuncias. Pero no todo terminó aquí; esta gente no dejó tranquilo a mi hermano ni muerto, porque al cabo de unos meses de su muerte, vino una factura de la policía pidiendo que se le pagara un cristal que había roto cuando una vez intentó fugarse. Eso es algo injustificable, que no respeten a alguien después de que lo habían asesinado, porque para mí fue un asesinato. Eso para mí no tiene nombre. En absoluto.

A partir del 92, vendrían más muertes de gente de mi alrededor.

Durante el año 92 y el siguiente, mi relación con Dori siguió como siempre. Ahora aprovechábamos los días de vacaciones para irnos al pueblo donde vivía su familia, al lado de Utrillas, para desengancharnos, rebajar o cuando estábamos asfixiados de aquí. En aquel pueblo, el padre de Dori tenía una constructora y siempre estaba haciendo alguna obra, reformando o haciendo alguna cosa, así que por hacer algo me ponía a currar con ellos, por pasar el rato.

En mi curro me iban renovando cada seis meses sin ningún problema, pero cuando cumplí los tres años, que era cuando me tenían que hacer fijo por ley, no lo hicieron y me echaron, no sé, dos, tres días o una semana al paro y me volvieron a admitir. En aquel momento yo tenía confianza con ellos, así que les dije que era seropositivo. Yo pensaba que aquello no importaría, además, siendo uno de ellos homosexual..., creía que sería más comprensivo, ¿no? Sin embargo, cuando llegó finales del 93 no me renovaron el contrato con el rollo de que había poco trabajo y eso... Es cierto que en aquel momento había poco, pero, luego se demostró que me habían echado por ser seropositivo. Al año siguiente volví por allí para coger algo del taller —me dijeron que en el momento en que necesitara alguna herramienta que fuera, que tenía las puertas abiertas—. No recuerdo el qué, no sé si era algo para fundir..., no sé, pero el hecho es que cuando llegué un día para pedirles algo, me vi a otro tío trabajando en mi lugar, entonces, me dije a mí mismo: «Joder, si me echaron a mí porque no había trabajo y ahora han cogido a otro, no es porque no hubiera trabajo, ha sido por otra cosa». Era por ser seropositivo.

Fuera del curro comencé a gestionarme los dieciocho meses de baja que me correspondían. Durante todo este tiempo de baja nos trasladamos a vivir a Las Fuentes. Ahora teníamos todo el tiempo del mundo, así que íbamos al pueblo diez, quince días e, incluso, una vez estuvimos un mes. Luego estaban las movidas con la gente. Pero llegó el momento en que se terminó la baja y pedí la pensión por ser seropositivo —eso sería a mediados del 94—. No estaba muy seguro de que me la concedieran; entonces, por si acaso no me la daban o sólo me daban la parcial con un cuarenta y cinco o cincuenta y cinco por ciento del sueldo, me puse a buscar curros, encontrando uno de reparto en moto para un restaurante chino que está en la avenida de Madrid. Empecé a trabajar los fines de semana, pero, luego, como estaba muchas veces esperando sentado sin hacer nada o leyendo un libro, pues les echaba una mano en el restaurante poniendo y quitando mesas. Fue en ese momento —llevaría un mes de repartidor— cuando uno de los chinos se fue a China unos meses y me propusieron quedarme todos los días en cuenta de sólo los fines de semana. Aquello suponía más pasta y, como lo de la pensión no era seguro, les dije que sí, claro. Así estuve dos meses más, hasta que un día que me pasé por la antigua casa en la que vivíamos, en la de Maestro Estremiana —lo hacía para recoger la correspondencia e historias de estas— me encuentro con que la carta de respuesta a la petición de la pensión estaba allí y me comunicaban que tenía que presentarme, ante el tribunal médico, en una fecha que ya se había pasado; así que me fui al Ramón y Cajal para contarles el rollo de que me había cambiado de piso y todo lo demás....

—¡Bufff! Pues tu expediente debe de estar ya en otra oficina. Ahora ya no puedes hacer nada.

En aquel momento, con ser simplemente seropositivo durante algunos años te daban la invalidez; no es como ahora, que es mucho más difícil, ya

que tienes que estar muy deteriorado para que te la concedan. Y, de pronto, un día cualquiera me empezaron a mandar la pensión, sin tribunal médico ni ninguna otra leche. Tan pronto como me concedieron la paga les dije a los chinos «adiós muy buenas», porque, aparte de lo poco que cobraba en el restaurante, estaba yendo en la moto de un lado para otro de la ciudad arriesgándome a que me pasara algo y que por eso se enteraran los del INSALUD y me retiraran la paga.

En el momento en que me concedieron la pensión, las cosas con Dori se fueron deteriorando más y más. Sería a finales del 95 cuando esta relación llegó a su fin. Un día nos mosqueamos tanto que yo me fui a la otra habitación a vivir y comenzamos a hacer nuestra vida por separado y cada uno con sus historias. Así estaríamos unos tres meses hasta que ella se fue a vivir fuera y yo volví a casa de mi madre. Aquella ruptura la achaco a la diferencia de edad, ya que le llevaba yo unos diez años o más; también porque ella con el rollo *punkie* tenía ganas de marcha y actividad, yéndose de juerga todas la noches por ahí. Yo, en cambio, lo que quería era todo lo contrario, tranquilidad, meterme poquiño pero meterme.

Con Dori todo fue paradójico, ya que ella empezó tonteando con el caballo cuando comenzamos a salir, resultando que el que se volvió a enganchar fui yo; luego, soy yo quien sigue tonteando — esta fue la razón por la que cortamos— y ella empieza a pasar; nos separamos, yo entro en tratamiento con la metadona y ella se engancha. Todo esto me lleva a pensar en una frase que decía Lamota: «El problema de los toxicómanos se solucionaría teniendo una televisión llena de heroína y con eso no habría ningún problema con ellos».

Cuando Dori se largó me quedé solo en el piso un par de meses. El último mes, que sería diciembre del 95, estuve allí sin hacer nada: me organizaba mis cosas, pillaba poquillo... Ese mismo mes salió de la cárcel un colega al que conocía desde hacía veinte años, de la época del Picolos, el lumpen y demás; este, cuando le metieron en la cárcel, tenía su piso en Las Fuentes, donde estuvieron viviendo sus hijos mientras estuvo en la maco, pero estos no pagaban el piso; así que les cortaron el agua, la luz... hasta que los echaron. Cuando el colega este llegó con la bolsa, se encontró con que estaba en la puta calle. Le pasé el piso y me largué a vivir con mi madre, ya que mi hermana Pili murió.

¿Mi hermana? Ella hizo lo que le dio la gana hasta el final. Cuando estaba muy deteriorada por la infección y tal, ella se seguía metiendo caña sin ningún reparo ni cuidado, se metía todo lo que podía... Ella decidió seguir ese camino hasta el final, hasta que ya no pudo ni andar. Me acuerdo que llegó un momento en que le dije que pasaba de llevarle en la moto por miedo a que se cayera. Si es que de lo débil que estaba, apenas pesaba cuarenta kilos, iba dando tumbos por el medio de la calle. Estuvo así hasta que llegó un momento en que ya no podía ni levantarse de la cama, que fue cuando la volvió a recoger, una vez más, mi madre. Pero mi madre, en el estado en que estaba mi hermana, que había que ayudarle hasta para llevarla al baño, no podía hacerse cargo de ella. Estuvo alrededor de un mes en casa hasta que mi hermano encontró una plaza en la residencia para enfermos terminales de SIDA. Allí, en las «Casitas», estaría apenas un mes y murió.

Pili puteó a mi madre un montón, ya que cuando llegaba a casa de mi madre permanecía tranquila durante un tiempo hasta que empezaba a desmadrarse del todo, se largaba y entonces era cuando la volvían a ingresar porque estaba hecha polvo. En cuanto salía del hospital, porque le habían dado el alta, se encontraba sin un duro, con la ropa que se la había dejado en cualquier sitio; entonces era cuando llamaba a mi vieja para que le diera cuartel. Luego se volvía a enganchar, la ingresaban, se volvía a casa y no tardaba en volverse a enganchar y en hacerle alguna putada a mi madre; entonces, mi madre llegaba un momento en que se mosqueaba y la echaba o ella misma se largaba. De las últimas veces ya no quiso que se quedara en casa, ya que le había hecho un roto muy gordo al reventarle la caja fuerte que ella tenía. Fue una de esas veces que mi hermana se había pirao de casa de mi madre hacía poco, yéndose a vivir con un mozo, pero aún guardaba las llaves de casa de mi madre y, aprovechando que ella no estaba, entró y rompió la caja fuerte a martillazos. Cuando llegó mi madre y se dio cuenta de todo, se fue a donde vivía Pili y le montó la bulla y tal. Volvió a desaparecer por una temporada hasta que la volvieron a ingresar otra vez, volviendo a llamar a mi madre, pero esta vez le dijo que no la quería tener en casa.



Al llegar a casa de mi vieja ingresé en el hospital con González. El tratamiento era de una semana o quince días, pero por unos rollos me marché antes de terminar el tratamiento. La historia fue que en aquel momento estábamos seis en tratamiento y a dos de ellos, por la cara, los echaron. Había un tío mayor, de unos cincuenta años, que no se tomaba toda la medicación; entonces, un día le registraron y le encontraron un par de cápsulas y con esa excusa lo echaron. También pensaban, y era verdad, que tenía costo. Luego había una gente muy impertinente que no hacía más que buscar bronca y tal y cual. Cuando llegó el día en que los expulsaron, nos mosqueamos tres y nos largamos. A los pocos días me apunté al programa de metadona y al par de meses, cuando me llamaron, empecé.

Yo en aquel momento ya me había planteado en serio meterme en un programa para desengancharme. Yo no veía ninguna manera y sabía que solo no podía y debía de buscar alguna salida. Cuando me fui de González, mi familia se mosqueó por haber dejado el tratamiento y no haberlo seguido hasta el final..., pero aquello ahí se quedó, ya que ellos siempre me han dado su opinión pero nunca me han impuesto nada. En el programa de la metadona estuve desde principios del 96 hasta marzo o abril del 97. Durante este año estuve con las movidas de aquí: con la ocupación de San Agustín, la asamblea de ocupas, los rollos antifascistas. Estaba más en contacto con estas cosas porque tenía más tiempo y lo podía dedicar mucho mejor a este tipo de temas. Pero a finales del 96, al igual que en años ante-

riores, volvería a comerme otra agonía y otra muerte, pero esta fue más significativa para mí, ya que se trató de la de Javi.

La agonía de mi hermano la viví más o menos con el rollo de la cárcel y demás; luego, la de mi hermana, cuando entró en las «Casitas» ya no me dejaron entrar, pero sí que anteriormente la iba viendo; pero la de Javi la viví día a día. Durante todos los años anteriores Javi había evolucionado más o menos como yo, desenganchándose y volviendo a enganchar a temporadas. Cuando yo salí del hospital en el año 83, él había comenzado a trabajar en publicidad estando alrededor del año y medio en un estudio con otro colega en la calle de Alfonso; luego se piró a otro estudio porque no le convencía la forma en que funcionaba y comenzó a trabajar el solo de forma reinvindicativa. Durante este tipo de desenganches y recaídas se mantenía a través de la pasta de su trabajo, pero, luego, cuando no la había se la daban. Por lo visto, su padre le debía de decir a su madre:

—Oye, si te pide dos mil pesetas o mil duros, dáselos. Que es mejor que se las des a que no haga ninguna tontería por ahí y se busque una ruina y vaya a parar a la cárcel o algo así.

Durante todos estos años guardamos nuestra amistad, aunque en alguna época nos distanciamos más. Recuerdo algunos años en que no nos vimos y que luego me enteré, por el propio Javi, de que mi hermano mayor se lo encontró por ahí y le dijo que lo mejor para cada uno de nosotros era no encontrarnos, ya que nos perjudicábamos el uno al otro con el rollo del caballo, y así estuvimos durante algunos años; pero, aun así, siempre intentamos mantener la comunicación. Todas estas movidas sobre las plataformas antifascistas, las movidas contra el Quinto Centenario, los comités antisida, etc., en todas ellas Javi participó.

Sí, es verdad que a Javi le afectó mucho el saber que era seropositivo. Él, al igual que todos los demás, se enteró sobre el 88-89. La historia fue que todos estábamos en el asunto del caballo y ya nos lo veíamos venir, así que uno comenzó haciéndose las pruebas:

—¡Hostia, pues me ha dado que sí!

Yo, antes de hacérmela, lo tenía asumido, pero, como no tenía ninguna enfermedad oportunista, pues tampoco le di importancia. Claro que, también, te preocupas, ¿no?; al fin ya al cabo, más del cincuenta por ciento de la gente que yo conocía ha muerto y siguen hoy en día cayendo. En aquel momento había peña que pensaba: «Como me voy a morir en cuatro días, paso de todo, me voy a poner hasta el culo de todo y que le den morcilla». Y es que pensabas: «Cualquier día me puede tocar a mí», porque ha habido gente que en dos años, con caídas y recaídas, se ha muerto, aunque también es verdad que otros llevan mucho tiempo y ahí siguen. De todas modos, desde que salió la terapia combinada, esta visión ha cambiado totalmente.

En aquel momento, como te digo, había peña que pasaba totalmente, como, por ejemplo, mi hermana Pili; sin embargo, Javi era distinto. En el momento en que se supo que era seropotivo empezó a cuidarse, dejó la heroína, metiéndose en el año 90 en el programa de metadona de González, pero siguiendo la actividad e incluso hasta finales del año en que moriría, cuando ya no tenía fuerzas.

Un año y medio antes de morirse influyó mucho en su bajón físico el hecho de que le partieran la mandíbula. Lo que le pasó es que había una calle de por aquí, del Casco Viejo, que era peatonal y para ello pusieron una valla, pero un día un gitano del barrio la quitó y pasó con el coche, entonces un montón de gente que estaba por allí le dijo: «Oye, pon la valla, por lo menos». Pero Javi, que era muy echado para adelante, se levantó para abroncarle y el gitano le metió un puñetazo que le rompió la mandíbula. A raíz de esto tuvo que tener la boca cosida durante ochenta días, aunque lo normal hubieran sido cuarenta, pero, como esto ocurrió en verano y por cuestión de vacaciones de médicos y tal, tuvo que estar el doble de tiempo.

En el último año, en el 96, fue a un hospital, al lado de Barcelona, donde la medicación estaba más avanzada, pero tuvo que volverse porque le dijeron que la medicación llegaba hasta el 120 y él tenía el 140, por lo que no le iba a llegar. Así que llegó a Zaragoza, vino superdesmoralizado, pero justo en aquel momento le mandaron una carta del hospital diciéndole que la medicación que esperaba había llegado y que sólo tenía que ir a buscarla. Pero en aquel momento ya estaba muy deteriorado y con aquello no tenía salida. Ese mismo año estaría hasta cuatro veces en el hospital, pero anteriormente había estado mogollón de veces, ¿no?, entrando y saliendo del hospital, en casa sin poder moverse, siempre con fiebre, tomando mogollón de medicamentos, hecho polvo, sin ganas de nada... Para una persona hiperactiva como era él, aquello le dejaba sin ganas ni fuerzas para nada. Los últimos internamientos fueron por enfermedades oportunistas. Creo que la última fue un citomegalovirus, lo que se lo llevó. Recuerdo que la última vez que estuve en el hospital, durante dos horas, no habló, ni conmigo ni con nadie.

Murió en noviembre de 1996. Llegó un momento en que los médicos dijeron que si no orinaba en un plazo de tiempo, moriría, y así ocurrió. Incluso le intentaron revivir tres veces, pero, por lo que me contó su madre, Javi con las manos —ya que no podía ni hablar— les dijo que le dejaran morir.

Él ya veía el final tan claro que le dijo a su familia —que siempre estuvo con él— que no quería que estuviesen. Su seguridad sobre su inminente muerte fue tal que dejó una nota que decía: «Mi vieja energía está con vosotros, disfrutad de todo lo que tenéis. Os quiere. Javi».

El año 97 empezó igual, con menos gente, pero en lo que respecta a mí todo igual. Pero este año fui a ver Raquel. Durante los ocho años que no supe de Raquel le envié alrededor de una docena de cartas de las cuales no obtuve respuesta, a excepción de una en la que me decían que Raquel ya no estaba en Sevilla. No sé de qué manera me enteré de que estaba en Valencia y que a lo largo de estos ocho o nueve años se había casao con un chaval que luego murió y que en este momento llevaba una vida muy distinta a la de antes, que estaba enrollada con otro tío y que este, al ser muy celoso, cada vez que oía algo de mí se ponía de muy mala hostia. Había tenido noticias suyas en el año 96 y sabiendo que estaba en Valencia me decidí ir a verla. Me dirigí a Montserrat, que era el pueblo donde estaba, pero era muy difícil de encontrar el sitio exacto y eso que preguntaba a la gente de allí, pero no me decían nada; por lo visto nadie quería decirme dónde estaba la finca. Cuando la encontré estuve dos días llamándola pero me decían: «Ah, pues, tiene que venir esta noche». Así que les daba un número de teléfono para que ella me llamara cuando volviera. Al día siguiente hacía lo mismo y me volvían a decir: «Ah, que no volverá hasta mañana». Volvía a llamar al día siguiente y resultaba que estaba en Bilbao. Ya me di cuenta de que aquello no cuadraba y que estaban evitando el encuentro entonces le mandé una carta diciéndole lo que pasaba, a lo que ella me respondió con una llamada por teléfono y toda mosqueada me preguntó que ¿qué pasaba?, que ¿por qué había ido allí?

—Quería verte. Te estuve llamando.

—Ya te dije que iría yo por allí. Pues, entonces, ya iré, ¿no?

Sí, es verdad que una vez me llamó por teléfono y estuvimos de charrada diciéndome que vendría a verme.

—Bueno, pero eso lo dijiste hace un año y... tiempo has tenido.

Así que quedamos medio mosqueaos y a mí me jodió, sobre todo, que viniera en ese plan.

—No te preocupes que no volverá a ocurrir, y, si un día te apetece venir, me llamas.

Yo se lo había dejado bien claro en todas las cartas, que lo único que no quería era inmiscuirme en su vida o forzarla a tomar una decisión. Si ella estaba bien allí, pues de puta madre, que quería estar un tiempo por aquí y ver cómo funcionaba ahora, pues mejor. Yo jamás le he dicho que eso de El Patriarca es una secta donde te están comiendo la cabeza, si ella no se da cuenta por sí misma no le voy yo a abrir los ojos. Yo entiendo que ella no conozca ninguna otra historia. Ahora, todo lo que conoce y tiene funciona en torno a El Patriarca y, encima, con sus padres apoyándole para que esté allí encerrada.

Yo supongo que ella era seropositiva cuando estaba en El Patriarca. Recuerdo una vez que estuve leyendo una revista que sacaba El Patriarca sobre el SIDA, en la cual hablaban de un centro que tenían para gente terminal —en la portada salía la foto de un tío en fase terminal diciendo: «Extenuados, nos obligan a cerrar»— que tenían que cerrar porque les retiraban fondos. Por lo visto, llegó un momento en que todas las subvenciones comenzaron a mirarse con lupa y viendo que estos tenían un patrimonio del copón y que no era normal, eso... Entonces empezaron a decir que si aquello era una secta, que si tal, que si cual. De hecho, hoy en día, ya no se ven tanto y se han pirao para Hispanoamérica. Yo he conocido a gente que ha salido de allí y me ha contado que jefes y responsables que llevan un montón de años se montaban sus fiestas en los pisos y demás.

Después de todo, yo a Raquel la sigo queriendo mogollón y me encantaría volver a verla. Yo no le guardo ningún rencor, ni odio, ni nada de nada, al contrario, me encantaría verla como una amiga más y, si está enrollada con otro tío, no me importa en absoluto. Pero, más que nada, por tener contacto con ella. Sigo acordándome y siempre he deseado que me contara cómo le va y decirle cómo me ha ido a mí.

Seguía estando en el programa de metadona, pero cuando llegó marzo-abril, decidí irme al campo durante dos meses. Me fui porque tenía el riesgo muy claro de recaer estando en la ciudad. Aunque estés ocupao en

otras cosas, siempre que vas por la calle ves historias, te ofrecen y tal y cual ¿no?; y es muy fácil que un día te pille de bajón y te empieces otra vez a meterte. Me fui al Pirineo, a Bergua, donde vive allí una pareja de amigos, con su hijo y también me moví por el pueblo ocupado de Sasé y en Aineto, donde también conozco gente. Todo este tiempo lo pasé sin metadona ni nada; de hecho, me recetaron una caja pequeña de contugesic pero ni siquiera me la llegué a tomar. No, no tomé nada, y más que nada porque cambié totalmente de hábitos y de historias... Pero llegó un momento en que empecé a pasarlo mal. Había comenzado a tomar la medicación, esta de la terapia combinada del SIDA, y los efectos del principio me afectaron mucho. Además, también volví porque quería hacer otras cosas y eso que llegué a plantearme el hecho de ir a vivir al campo, pero me di cuenta de que mis condiciones físicas y dependiendo todo el día de la medicación pues...; además que, en invierno, con el frío y toda la historia, se hace durísima la vida allí.

Al volver empecé a meterme, no sé cuánto tardaría en hacerlo, una semana o dos, y es que empiezas un día y luego otro y ya todos los demás... Lo que pasa es que llevas mucho tiempo metido en el caballo y este te deja un hueco muy gordo a todos los niveles entonces, cuando lo dejas es muy difícil de llenarlo y lo único que lo hace es el propio caballo. Es la manera más sencilla de sentirte bien, de llenar el hueco y no tener ningún tipo de problema. Claro, por supuesto, también está el contexto, ya que sales por ahí y te encuentras a dieciséis vendiendo y, si es un día de estos que te pillan un poco flojo, pues ya empiezas a caer, te metes, sin darle importancia, pero al cabo de cuatro días otra vez y al cabo de seis, pues otra vez lo mismo y luego ya es todos los días. Siempre los yonquis nos engañamos en esta cuestión, en decir: «Buagh. No pasa nada por un piquillo. Si yo lo controlo», pero eso no es verdad. Bueno, eso es un poco lo que pasa, ¿no? Durante aquellos días no tenía un baremo fijo, me daba igual meterme mil que cinco mil. Me di cuenta de lo que me volvía a ocurrir y fue cuando volví al programa de metadona, les dije: «Oye, que estoy empezando otra vez». Me apuntaron directamente sin hacerme esperar ni un día. Y hasta hoy sigo en el programa de la metadona y con un par de proyectos e ideas que me dan vueltas por la cabeza.

Oye, por cierto, esto, ¿de qué va?

Noviembre de 1997

EPÍLOGO

En diciembre de 1997 se marcha junto con otros amigos a Chiapas (México) en el momento de la revuelta de la población de esta región contra el gobierno de México. Vuelve al cabo de tres meses, con un notable deterioro en su estado de salud que supera con un ingreso hospitalario de un mes. En la actualidad, Jancho sigue constante en el programa de metadona, y activo y participativo en los diversos movimientos reinvindicativos de la ciudad.

APÉNDICE

Ácido. Apócope de la dietilamida del ácido d-lisérgico.

Anfetas. Abreviatura de anfetaminas.

ASAPA. Asociación de ayuda a presos.

Bombearse. Forma parte del rito del pinchazo y consiste en, una vez inyectada la/s sustancia/s, volver a sacar sangre y presionar el émbolo, todo ello sin quitar la aguja de la vena, repitiéndose varias veces. Con ello se revoluciona el circuito sanguíneo.

Buprex. Agonista de los opiáceos utilizado también en los procesos de desintoxicación.

Business. Negocios, en lengua inglesa.

Caballo. Heroína, pero además se conoce como dama blanca, jamarro, jaco...

Calixtos. Gitanos.

Camello. Argot clásico con el que se designa al traficante de drogas.

Carrillero. Nombre con el que se designa a los transeúntes.

Chocolate. Término con el que se designa al hachís, procedente del color de la resina de esta sustancia.

Chotarse. Chivarse.

Chungo. Dícese en relación a lo que no funciona, connotación de algo malo, «un rollo chungo», una situación problemática.

Chuta. Jeringuilla.

Chutarse. Acción de inyectarse drogas.

Coca. Cocaína.

Contugesines. Hace referencia a un fármaco cuyo nombre comercial es Contugesic y se suele utilizar como agonista de los opiáceos en los procesos de desintoxicación.

Costo. Otro término con el que se designa al hachís.

Empetao. Una de las formas tradicionales de esconder y transportar el hachís u otras sustancias, que consiste en envolver la sustancia con un material aislante e introducirlo posteriormente por el recto.

Enganchón. Enganche, dependencia a una o varias sustancias.

LSD. Nomenclatura de la dietilamida del ácido d-lisérgico.

Lumi. Prostituta.

Madera. Policía.

María. Término con el que se denomina a la marihuana.

Micropuntos. Presentación condensada de LSD en forma de mina de lapicero.

Mono. Término con el que se designa al síndrome de abstinencia.

Onda, hacerse una. Expresión utilizada para designar el contacto con un proveedor de droga.

Palos. Se denomina palo a la acción en la que alguien realiza un acto contra otra u otras personas; también el término *putada* puede ser entendido en este sentido.

Papela. Hace referencia a la dosis de cocaína, heroína o combinado del mismo lista para venderse.

Pasma. Polícía.

Pico. Resultado del preparado de droga o drogas con otros elementos y dispuesto para ser suministrado por medio de una jeringuilla.

Polvo marrón. Hace referencia a la heroína de procedencia afgana que presenta este color frente a la blanca del sudeste asiático.

Porros. Cigarrillo resultante de la mezcla de hachís con tabaco.

Priva. Término concerniente al alcohol.

Rohipnoles. Hipnótico utilizado cuando surgen transtornos del sueño, muy frecuentes en las desintoxicaciones.

Trapicheos. Acción de realizar negocios a pequeña escala con drogas ilegales.

Tripis. Nombre común con el que se designa al resultante de verter ácido lisérgico sobre un cartón secante, el cual es posteriormente introducido en la lengua manteniéndose hasta que se disuelva el papel.

Trullo. Cárcel; se utilizan otros términos, como la maco, talego, trena, etc.